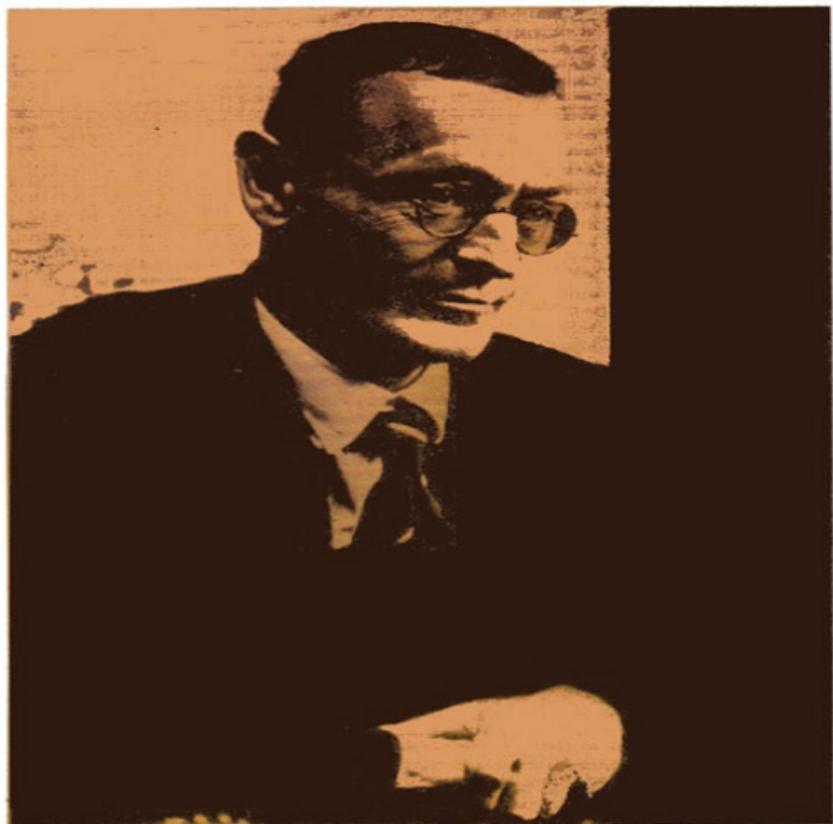


Hermann Hesse

Mi credo



se

El credo al que me refiero no es fácil explicarlo con palabras. Podría explicarlo así: creo que, a pesar de su aparente absurdo, la vida tiene sentido; y aunque reconozco que este sentido último no lo puedo captar con la razón, estoy dispuesto a seguirlo, aun cuando signifique sacrificarme a mí mismo. Su voz la oigo en mi interior siempre que estoy realmente vivo y despierto. En tales momentos, intentaré realizar todo cuanto la vida exija de mi, incluso cuando vaya contra las costumbres y leyes establecidas.

Este credo no obedece órdenes ni se puede llegar a él por la fuerza. Solo es posible sentirlo.



Hermann Hesse

Mi credo

ePub r1.0

JeSsE 14.07.14

Título original: *Mein Glaube*

Hermann Hesse, 1971

Traducción: Pilar Giralt

Retoque de cubierta: JeSsE

Editor digital: JeSsE

ePub base r1.1



El credo al que me refiero no es fácil explicarlo con palabras. Podría explicarlo así: creo que, a pesar de su aparente absurdo, la vida tiene sentido; y aunque reconozco que este sentido último no lo puedo captar con la razón, estoy dispuesto a seguirlo, aun cuando signifique sacrificarme a mí mismo. Su voz la oigo en mi interior siempre que estoy realmente vivo y despierto. En tales momentos, intentaré realizar todo cuanto la vida exija de mí, incluso cuando vaya contra las costumbres y leyes establecidas. Este credo no obedece órdenes ni se puede llegar a él por la fuerza. Solo es posible sentirlo.

INTRODUCCIÓN

«No se consigue nada —escribió Hermann Hesse en el año 1931— afirmando que la guerra, el capitalismo y el nacionalismo son malos: es preciso sustituir los ídolos por un credo». Hesse escribió un credo, no el credo, como tampoco exclusivamente la fe en una religión y menos aún, en una iglesia determinada. «El credo al que me refiero —explicó en una carta— persigue otro fin: “creo en los hombres”. “Creo en las leyes de la humanidad, que

son milenarias”. “Creo que, pese a su aparente absurdo, la vida tiene un sentido...”. Oigo la voz de ese sentido en mi interior... Intentaré realizar cuanto la vida exija de mí en tales momentos incluso aunque vaya contra las modas y leyes establecidas».

Esto sirve de fondo a esta recopilación, el libro *Mi credo* no contiene ninguna teología, ninguna definición lógica de la fe, el alma, la religión, Dios. Hesse tomó literalmente el axioma bíblico: «no te formarás ninguna imagen de Dios» y aceptó textualmente la frase de Tomás de Aquino: «conocer a Dios significa

precisamente no conocerle». Hesse sacó su propia consecuencia. Reconocía que él era un hombre creyente, religioso, piadoso, y estaba siempre dispuesto a corregir sus opiniones; pero esto ocurría en sus poemas y en su prosa poética, y no tanto en sus textos teóricos. Consideraba a *Siddharta* como el libro de su fe, y su faceta hindú no era casual. Leemos otras variantes de su confesión en *El Lobo Estepario*, en *Narciso y Bocadoero*, en *Viaje a Oriente*, en *Juego de abalorios* y en los *Misterios* de su prosa tardía. Las manifestaciones más claras y directas están contenidas en sus cartas. La carta de un lector

buscando consejo en su desamparo, o insultándole, o formulando preguntas acuciantes, le provocaban a responder. Sin embargo, no incluyó estas numerosas manifestaciones en sus libros, que contenían textos contemplativos. Solo dió para su publicación, en forma de libro, y en 1957, dos textos escritos en los años 1931 y 1932, como complemento del capítulo *Reflexiones* en la recopilación de sus obras: *Un poco de teología*, un juego de ideas que relacionaba dos de sus conceptos preferidos, el de los tres grados de la evolución humana y el de los dos tipos fundamentales del hombre, y *Mi credo*,

una descripción del desarrollo de sus propios conceptos religiosos. Pero incluso estas dos consideraciones fundamentales fueron reacciones a sendas preguntas. *Mi credo* nació a raíz de una pregunta de la redacción de *Eckart* en marzo de 1931; Hesse se sintió provocado cuando la redacción le escribió que había evitado conscientemente pronunciarse en sus libros sobre sus «antecedentes ideológicos». *Un poco de teología* fue enviado a algunos amigos en edición particular. Una serie de manifestaciones más importantes sobre el tema de la fe las debemos a su discusión en tono al

poema «Reflexión». Peter Suhrkamp lo publicó en el número de febrero de 1934 del *Neue Rundschau*; un número interesante, que contenía «Inmemorial Jacob Wassermann» escrito por Suhrkamp; Wassermann había fallecido el mes anterior; el número contenía asimismo su última conferencia pública, *La humanidad y el problema de la fe*. Hesse publicó su poema «Reflexión» muy consciente del momento por el que pasaba Alemania; debía ser un testigo de las incipientes persecuciones de la época nazi, «en medio de la lucha actual». ¿Cómo debieron leer el poema los lectores de 1934? Hesse intentó en

él fundar y exponer su fe logocéntricamente, y ello no obstante, había en el poema líneas casi inéditas en 1934, según las cuales el espíritu, el paternal, tiene una misión decisiva: «anula la inocencia y nos despierta a la lucha y a la consciencia». Hesse volvió una y otra vez a trabajar en este poema, y ya había introducido ligeros cambios en el texto cuando apareció en la *Insel-Bücherei*, en 1934, *Del árbol de la vida*, y más tarde, la primera edición de *Antología poética* en 1942. Aquí hemos adaptado la versión del *Neue Rundschau*. En las respuestas de Hesse se refleja la influencia de este poema en

el lector de 1934, la fuerza de esta reacción queda demostrada por la firmeza de la actitud de Hesse; no envió la carta publicada aquí, dirigida a un vicario, porque su respuesta a las «inquisitivas y autoritarias preguntas» del vicario que le «hablaba en tono imperioso» sobre la existencia de una sola Iglesia y su negativa a creer en ningún cristianismo personal, le pareció excesivamente brusca.

De todas estas manifestaciones surgidas en los más diversos momentos y circunstancias, resultó este mosaico sobre el tema de *Mi credo*. En él, se funda el carácter fragmentario, tanto en

la forma como en la esencia, de esta recopilación. No aspira a ser completa, solo quiere documentar. No intenta, aunque ordene sus textos cronológicamente y no siempre por su contenido, dar a los pensamientos de Hesse la forma de un sistema de ideas espirituales. Tampoco oculta las contradicciones. «No soy representante de ninguna doctrina establecida. Soy un hombre en estado de evolución y de cambios». Hesse se ha reservado durante toda su vida este derecho. Vivió al margen de iglesia y comunidades; hubo épocas en que simpatizó más con el budismo que con el cristianismo; pero

siempre, protestando más o menos, aceptó su procedencia cristiana; no de la Iglesia Protestante, que a menudo le hacía desesperar, sino de la iglesia romana con una «nostalgia protestante», pero incluso ésta, desde cierta distancia: «en cuanto me acerco a ella, huele, como toda configuración humana, a sangre, violencia, política, vulgaridad». Lo único importante para él eran los conocimientos que no contradecían su propia experiencia. Sólo aceptaba teorías ajenas cuando resistían esta prueba. Siempre desconfió de los teólogos y demás «especialistas en el enigma del universo» cuando hacían de

su doctrina religiosa o política una «fe infantil en la verdad exclusiva». Nunca desistió de creer que una religión es tan buena como cualquier otra, pues «si algo es cierto, también puede ser cierto lo contrario». Los pensamientos sobre las cuestiones finales eran «sagrados» para él, y sin embargo también sufrieron cambios en el curso de su vida. «Pero tampoco yo veo una Iglesia, sino la conciencia personal como última instancia», escribió en Mayo de 1933. Pero más tarde, en 1955: «nuestra conciencia es una instancia elevada, pero dudo de que sea siempre la voz de Dios; y es ciertamente afortunado que

otra instancia se oponga a ella: el simple instinto de vivir». En *Un poco de teología* expone su esquema de «la piedad o la razón», y presenta en contraposición los dos tipos fundamentales del hombre, el piadoso y el racional; entre los piadosos se cuenta a sí mismo, su vida está bajo el «signo de una tentación de entrega y de religión»; entre los racionales incluye a los pensadores de la realidad social, Hegel, Marx, Lenin (y, en fin de cuentas, incluso Trotski). En el primero y segundo grado de la evolución humana combaten piadosos y racionales; de esta hostilidad surgen las guerra religiosas,

el odio entre las razas, el nacionalismo, las vilezas humanas. Pero tampoco aquí hay que confundir a Hesse con un hombre que renuncia a la razón. Poco antes de su muerte discutía el concepto de la fe de Romano Guardini: «la aceptación de lo que Guardini llama “fe” es imposible sin el sacrificio de la razón. Para mí, este sacrificio significa renunciar al don máspreciado que nos ha hecho Dios». Así pues, el objetivo sería éste: una alianza entre la fe y la razón. Nos indica ésta utopía en su tercer grado de la evolución humana; aquí los combatientes empiezan intuir sus similitudes. «A partir de aquí, el

camino conduce a las posibilidades de la humanidad, cuya realización aún no ha sido contemplada por ojos humanos». Pero muy pocos alcanzan este grado, y las enseñanzas sirven de escasa ayuda, «la verdadera sabiduría y las verdaderas posibilidades de liberación —escribió en una carta inédita en noviembre de 1903— no pueden aprenderse ni enseñarse; son únicamente para aquéllos que están a punto de ahogarse».

Estos textos, que contienen el concepto religioso de Hermann Hesse, sorprenderán, por su misma

concentración, a todos aquéllos que aún no habían leído a fondo a Hesse. Sus ideas religiosas fueron relevantes para sus ideas políticas, del mismo modo que éstas influyeron en las religiosas. Por esta razón, los textos de *Mi credo* pueden leerse como complemento de la nueva recopilación de las *Consideraciones políticas*^[1]. Como todo hombre religioso, sea cual sea su religión, Hesse reclama la paz. Siempre que en tiempos de crisis y guerra, fallan las directrices y las leyes, surge un escepticismo, hacia dogmas e ideologías, hacia autoridades e instituciones, hacia la Iglesia y el

estado. «De acuerdo con mi experiencia, el peor enemigo y corruptor de los hombres es la pereza mental y el ansia de tranquilidad que les conduce a lo colectivo, a las comunidades de dogmática fijamente establecida, ya sean religiosas o políticas». Bajo este veredicto se halla también el Estado. Ni los Estados ni la fuerza han determinado el proceso de humanización que debe ser continuamente sostenido para que el hombre alcance su madurez y cada vez sea menos necesaria la dominación del hombre por el Estado. Hesse no negó jamás la influencia humanizadora del cristianismo en el curso de la historia,

pero también vio siempre el cristianismo fanático como la causa del odio y la guerra. Solamente el budismo consiguió en la historia del Tíbet convertirse en una nación asiática, de pasado turbulento y cruel, en una de las más pacífica, religiosas y tolerantes.

Sobre este punto, el protestante Hesse nunca dejó de atacar al protestantismo. «Lo que no me gusta de los teólogos protestantes —escribió en mayo de 1933— es que no tienen nada que enseñar, nada que dar a la gente, y para ello se ponen, sin crítica ni resistencia, a disposición del poder material del Estado, de los príncipes, de

los financieros, de los generales; siempre lo han hecho y continúan haciéndolo... Se aspira a la más alta espiritualidad y se termina ante los cañones... para lanzarse de cabeza a todos los infiernos, contra los cuales se debería poner la firmeza de una roca». Tal fue asimismo el problema de Hesse con Lutero. «Lutero —escribió en 1960— fue un gran hombre, pero consideró infortunado su papel en la historia... Si hubiera sido sencillamente un protestante, un rebelde contra la Iglesia y el Estado, no diría ni una sola palabra contra él. Pero fundó otra Iglesia, en nada mejor que las antiguas, ayudó al

Estado a la los príncipes, abandonó a los campesinos». De tales comienzos surgió la «teología germano-protestante, que en la Universidad habla de libertad, personalidad, dinámica, y que después, en la práctica, hace del pastor y de la Iglesia un complaciente instrumento del Estado, el capitalismo y la guerra».

Lutero no podía ser un modelo para él. Entre los «racionales» lo fue Gandhi; Gandhi reconocía la violencia como lo malo y la no violencia como el camino de los que han despertado. Lo «cautivador» de este dirigente residía, según Hesse, en que servía

incondicionalmente a su ideal, le guardaba fidelidad hasta el sacrificio y no pedía a los demás sacrificios ni obediencia. Lo que Gandhi predicaba era una cualidad utópica de sus principios; a diario hablaba a los trabajadores bajo el famoso árbol de babul, junto a la puerta medieval de Shaspur; les exhortaba a no seguir las promesas de los «poderosos»; pero intentaba, una y otra vez transformar al individuo en «la vida *interior* del pueblo; cuando los trabajadores flaqueaban en la lucha, Gandhi anunciaba sus ayunos. No hay más que comparar su persona y su vida con

cualquiera de nuestros políticos y propagandistas para observar la diferencia entra la codicia del poder y el don auténtico y ejemplar de un caudillo nato».

Hesse se incluye a sí mismo en la «fuerza del individuo». Quiere proteger al hombre que camina solo, amarle o hacerle resistente contra dogmas, recetas y programas; intenta agudizar su conciencia y consolidar sus fuerzas espirituales. La frase central de *Juego de abalorios* fue siempre el artículo de fe de Hermann Hesse: «no debes desear una doctrina perfecta, sino el

perfeccionamiento de ti mismo. La divinidad está en ti, no en conceptos y libros». Para él los principios talmúdicos, cristianos, islámicos, hinduistas y budistas son equivalentes. Los numerosos métodos que ofrecen las religiones —plegaria, meditación, contemplación, concentración, renuncia de uno mismo, examen de conciencia, paciencia, serenidad— sólo le demostraron que la acción y el cambio ocurren exclusivamente en el individuo, y no puede tener lugar con ayuda de teoremas, sino mediante la propia experiencia. Esto es lo que siempre atrajo a Hesse hacia la fe budista; entre

todas las religiones del mundo, el budismo es la que no ha profanado el concepto de Dios. Buda era, para Hesse, el símbolo del hombre perfecto, que ha tomado conciencia de lo divino que hay en él y trata de realizarlo.

La propia realización es lo que Hesse intentó durante toda su vida, «incluso contra los métodos y leyes vigentes» en esto consistía su fe en los hombres. «Ama a tu prójimo como a ti mismo» fue un mandamiento para él. Se puede vivir con la fe en «lo que Siddharta llama amor».

Sí, basándose en las *Consideraciones políticas* de Hesse, se

puede afirma que su opinión política no vació en el curso de los decenios, que nunca cayó en el mimetismo, que su adaptación fue el resultado de sus propias ideas y de su propia conciencia, lo mismo puede afirmarse de su opiniones religiosas. Su piedad no es el culto de sentimientos solemnes, «sino el respeto del individuo por la totalidad del mundo, por la naturaleza, por el prójimo; el sentimiento de solidaridad y responsabilidad mutuas».

La obra de Hesse ha alcanzado siempre su máxima influencia en las épocas de crisis: después de la Primera

Guerra Mundial; en la crisis económica mundial; después de 1945; siempre que la juventud se hallaba envuelta en el caos y buscaba una orientación; su influencia actual en Estados Unidos tampoco se debe a la casualidad. Independientemente de cómo pueda ser juzgado en el futuro, ni siquiera sus adversarios ideológicos negarán el respeto a la categoría moral de Hesse y a su documentación en los puntos de vista políticos y religiosos.

Sería un error y no haría justicia a su intención considerar sus puntos de vista como un programa fijo. Las

exhortaciones de Hesse para que el individuo respete la totalidad del mundo y sus esfuerzos intelectuales y religiosos no pueden terminar «ante los cañones»; el individuo no puede ser «un instrumento complaciente» en manos del Estado, capitalismo y guerra, sino que ha de sentirse responsable en unión con la sociedad. Estas exhortaciones ponen siempre de relieve el reflejo de la totalidad en lo individual. Un repaso de todos los ofrecimientos del tiempo en que vivimos, pero sobre todo, una llamada a la disposición del individuo para seguir los métodos de afirmación del Yo, de la propia toma de conciencia

y de la propia realización a favor de todos cuantos nos rodean. Actualmente ignoramos la dirección que tomará nuestra sociedad industrializada. Estamos «en el camino hacia una sociedad huérfana», pero ¿cuál será el nuevo objeto de identificación? Lo único seguro es que debemos sostener firmemente las riendas de los procesos económicos, científico-técnicos y políticos que hemos puesto en marcha, si queremos que la historia del hombre siga su curso. Es preciso intentar la integración de una actitud individual e inteligente de esta sociedad nuestra dirigida de modo inevitablemente cada

vez más social y técnicamente.

Nuestra recopilación documentará los conceptos espirituales de Hesse. Hemos renunciado conscientemente a extractos de su prosa que nos parecen fuera de lugar en este contexto. La primera parte contiene textos de los años veinte, y consideraciones relativas al Lejano Oriente. La segunda abarca las producciones de los años 1931 hasta 1935, en los que Hesse se ocupó con mayor intensidad de los problemas de la fe. La tercera parte ofrece un mosaico aforístico de cartas y reflexiones desde 1910 hasta 1961, y el texto en prosa de

Misterios, escrito en 1947, en el que Hesse vuelve a referirse a la cuestión del sentido de la vida. Agradezco a Volker Michels su colaboración en la selección y realización de este tomo.

Agosto de 1971. SIEGFRIED UNSELD

I

DEL ALMA

La mirada de la voluntad es impura y ardiente. El alma de las cosas, la belleza solo se nos revela cuando no codiciamos nada, cuando nuestra mirada es pura contemplación. Si miro a un bosque que pretendo comprar, arrendar, talar, usar como coto de caza o gravar con una hipoteca, no es el bosque lo que veo, sino solamente su relación con mi voluntad, con mis planes y mis preocupaciones, con mi bolsillo. En ese caso el bosque es madera, es joven o es

viejo, está sano o enfermo. Por el contrario, si no quiero nada de él, contemplo su verde espesura con «la mente en blanco», y entonces sí que es un bosque, naturaleza y vegetación; y hermoso.

Lo mismo ocurre con los hombres y sus semblantes. El hombre al que contemplo con temor, con esperanza, con codicia, con propósitos, con exigencias, no es un hombre, es solo un turbio reflejo de mi voluntad. Le miro consciente o inconscientemente, con sonoras preguntas que le disminuyen y falsean ¿Es accesible, o es orgulloso? ¿Me respeta? ¿Puedo influir en él?

¿Sabe algo de arte? Los hombres con quien tratamos, los vemos a través de mil preguntas semejantes a éstas y creemos conocer al ser humano y ser buenos psicólogos cuando conseguimos descubrir en su aspecto, en su actitud y conducta aquello que sirve o perjudica a nuestros propósitos. Pero esta convicción carece de valor, y el campesino, el buhonero o el abogado de oficio son superiores, en esta clase de psicología, a la mayor parte de los políticos o científicos.

En el momento en que la voluntad descansa y surge la contemplación, el simple ver y entregarse, todo cambia. El

hombre deja de ser útil o peligroso, interesante o aburrido, amable o grosero, fuerte o débil. Se convierte en naturaleza; es hermoso y notable como todas las cosas sobre las que se detiene la contemplación pura. Porque contemplación no es examen ni crítica, solo es amor. Es el estado más alto y deseable de nuestra alma: el amor desinteresado.

Cuando hemos alcanzado ese estado, ya sea durante minutos, horas o días (conservarlo siempre sería la total buenaventura), vemos a los hombres de modo diferente. Ya no son reflejos o caricaturas de nuestra voluntad; han

vuelto a ser naturaleza. Hermoso y feo, joven y viejo, bueno y malo, franco y reticente, duro y blando ya no son antónimos, no son medidas. Todos son hermosos, todos son notables, ninguno puede ser despreciado, odiado o incomprendido.

Del mismo modo que, desde el punto de vista de la contemplación pura, todo en la naturaleza no es más que un conjunto de formas diversas de la vida inmortal, eternamente procreadora, así el papel y la misión del hombre han de designarse como su alma. ¡Es inútil discutir si el «alma» es algo humano, si no existe también en los animales y las

plantas! Ciertamente el alma está por doquier, es posible en todas partes y en todas partes se intuye y se desea. Pero así como en la piedra no vemos clase alguna de movimiento, ya que es prerrogativa del animal (aunque también en la piedra haya movimiento, vida, estructura, decadencia y vibración), es en el hombre donde todos buscamos el alma. La buscamos donde es más visible, donde sufre y actúa. Y el hombre se nos revela como el centro del mundo, la provincia especial cuya misión es desarrollar el alma como en un principio fue su misión caminar erguido, desechar la piel de las fieras,

inventar herramientas de trabajo y descubrir el fuego.

Así pues, la humanidad entera se nos aparece como una representación del alma. Del mismo modo que en las montañas y las rocas veo y admiro la fuerza de la naturaleza y el movimiento y la libertad de los animales, así, en el hombre (que también representa lo ya citado) veo ante todo aquella forma y posibilidad de expresión de la vida que llamamos «alma» y que los hombres no solo apreciamos como una fuerza vital entre otras muchas, sino como algo extraordinario, escogido, altamente desarrollado, como una meta final.

Porque, ya pensemos en términos materialistas, idealistas o como fuere, ya pensemos en el «alma» como algo divino o como materia perecedera, todos la conocemos y le atribuimos un gran valor; para cada uno de nosotros, la inspiración, el arte, la fuerza creadora son la cumbre más alta, más joven, más valiosa y la culminación de toda la vida orgánica.

Así, el prójimo es, para nosotros, el objeto de contemplación más noble, elevado y valioso. No todos llegamos a esta evidente valoración de modo natural y espontáneo lo sé por mi mismo. Durante mi juventud mantuve relaciones

más íntimas y profundas con paisajes y obras de arte que con los hombres; sí, soñé durante años con una poesía en la que no aparecía ningún ser humano, solo aire, tierra, agua, árboles, montañas y animales. Veía al hombre tan apartado del alma, tan dominado por los apetitos, tan entregado de forma cruda y salvaje a metas primitivas y simiescas, tan ávido de fruslerías y baratijas, que por un tiempo me dominó el craso error de que tal vez el hombre ya no era capaz de mostrarme el camino del alma y había que buscar un manantial en otro lugar de la naturaleza.

Cuando se contempla a dos hombres

modernos, que acaban de conocerse por casualidad y no desean nada material el uno del otro, cuando se observa su conducta, se tiene una sensación casi física de la atmósfera densa, de la costra de protección y de la actitud defensiva que rodea a los hombres, una red tejida con renunciadas del alma, con propósitos, con temores y deseos dirigidos todos ellos hacia fines baladíes que los apartan de sus semejantes. En como si lo principal consistiera en no dejar que el alma hable, como si fuese preciso rodearlo de una valla muy alta, la valla del miedo y la vergüenza. Esta red solo puede ser perforada por el amor

desinteresado. Y dondequiera que haya sido perforada, el alma nos contempla.

Me siento en el tren o observo a dos jóvenes que se saludan porque la casualidad los ha reunido para un breve espacio de tiempo. Su saludo es, realmente, casi una tragedia. Estos dos seres inofensivos parecen saludarse desde los hielos de dos polos opuestos, no hablo, naturalmente, de malayos o chinos, sino de europeos modernos; dan la impresión de estar encerrados en una fortaleza de orgullo, de orgullo en peligro, de recelo y frialdad. Lo que hablan, si bien se observa, es una insensatez total, es un jeroglífico helado

en el mundo sin alma donde vivimos constantemente y cuyas estalactitas penden siempre sobre nosotros. Muy raro, extremadamente raro, es el hombre que en la conversación cotidiana manifiesta su alma. Son más que poetas, son casi santos. Ciertamente, el «pueblo primitivo» también tiene alma, el malayo y el negro, y en su saludo y presentación muestra más su alma que el hombre corriente de nuestras latitudes. Pero su alma no es la que nosotros buscamos y queremos, aunque también ella nos estima y es como la nuestra. El alma del hombre primitivo, que aún no conoce la alineación y las fatigas de un

mundo ateo y mecanizado, es un alma colectiva, sencilla e infantil, algo hermoso y dulce, pero ahora no nos ocupamos de ella. Nuestros dos jóvenes europeos del tren son muy diferentes. Dan pocas muestras, o ninguna, de poseer un alma; parecen constituidos por una voluntad organizada, una razón, propósito y planes. Han perdido el alma en el mundo del dinero, de las máquinas, de la desconfianza. Han de volver a encontrarla, y si esto les supone un esfuerzo, enfermarán y sufrirán. Pero lo que recuperarán ya no será el alma infantil perdida, sino otra más sutil, mucho más personal, mucho más libre y

responsable. No queremos volver a ser niños, hombres primitivos, sino seguir adelante, hacia la personalidad, la responsabilidad, la libertad.

Aquí aún no se perciben esas metas; ni siquiera se intuyen. Los dos jóvenes no son ni primitivos ni santos. Emplean un lenguaje cotidiano, un lenguaje tan impropio para las metas del alma como una piel de gorila, pero podemos liberarnos de él a fuerza de lentas y repetidas tentativas.

—Ese lenguaje rudo, primitivo y tartamudeante suena más o menos así:

—Buenas —dice uno.

—Buenos días —dice el otro.

—¿Permite? —el primero.

—Claro —el segundo.

Con esto se ha dicho lo que quería decirse. Las palabras no tienen ningún significado, son puras formulas adornadas del hombre primitivo, y su objeto y su valor son los mismos del anillo que un negro se cuelga de la nariz.

Pero el tono en que se pronuncian las palabras rituales es extraordinariamente raro. Son palabras de cortesía y, sin embargo, el tono es breve, cortante, frío, por no decir, hostil. No hay ningún motivo de disputa, bien al contrario, y ninguno de lo dos piensa nada malo. Pero la expresión y el tono

son fríos, medidos, secos, casi ofensivos. El rubio frunce el ceño al decir «Claro» con una expresión que raya el desprecio. Sin embargo, no lo siente. Ha pronunciado una fórmula que en decenios de trato entre los hombres ha degenerado en fórmula de protección. Su propósito es ocultar su yo más íntimo, su alma; no sabe que ésta sólo se perfecciona con la entrega. Está orgulloso, es una personalidad, no un simple salvaje. Pero su orgullo es lastimosamente inseguro, y debe protegerse tras unos muros de indiferencia y frialdad. Ese orgullo quedaría destruido si le arrancaran una

sonrisa. Y toda esa frialdad, ese tono hostil, nervioso, altivo e inseguro del trato entre «personas civilizadas» es un síntoma de enfermedad, la enfermedad necesaria y esperanzadora del alma, que ante la violación no sabe defenderse de otro modo que mediante esos signos. ¡Qué tímida y débil es el alma, qué joven y poco feliz se siente en la tierra! ¡Cómo se esconde, cuanto miedo tiene!

Si ahora uno de los dos jóvenes hiciera lo que realmente quiere y siente, alargaría la mano a su compañero o le daría una palmada en el hombro y diría algo así: «¡Dios mío, que mañana tan hermosa, todo brilla como el oro y yo

estoy de vacaciones! ¿Verdad qué es bonita mi nueva corbata? Oye, tengo manzanas en la maleta, ¿quieres una?».

Si hablase así, el otro experimentaría un raro gozo, una emoción, algo parecido a una risa y un sollozo al mismo tiempo, porque sabría perfectamente que lo que había hablado era el alma del compañero de viaje, que no se trataba de las manzanas ni de la corbata ni de otra cosa, sino de la irrupción de algo hacia la luz, su ambiente natural, algo que todos mantenemos oculto por culpa de un compromiso, ¡sí, de un compromiso cuyas fuerzas aún sigue vigente y cuyo

fracaso futuro ya presentimos!

Experimentaría todo esto, pero no lo expresaría. Se agarraría a una respuesta convencional, pronunciaría una frase sin sentido, una de nuestras mil frases huera. Murmuraría algo parecido a: «Si... ejem... muy bonito», y desviaría la mirada con un movimiento de cabeza lleno de mortificada paciencia. Jugaría con la cadena del reloj, miraría por la ventana y por medio de mil recursos semejantes daría a entender que no estaba en absoluto dispuesto a exteriorizar su alegría y que no demostraría ni confesaría nada, como no fuese cierta compasión hacia un hombre

tan inoportuno.

Pero no ocurre nada de esto. El joven moreno tiene efectivamente manzanas en la maleta y siente de verdad la gran alegría que le causan la mañana espléndida y sus vacaciones, su corbata y sus zapatos recién estrenados. Pero cuando el rubio empieza diciendo: «Mal asunto éste de la moneda extranjera», el moreno no cede al deseo de su alma, no grita: «¡Sintámonos contentos! Al fin y al cabo ¿qué nos importa ahora la moneda?», sino que dice, con un suspiro y expresión preocupada: «¡Sí, es terrible!».

Resulta tremendo presenciarlo: a

estos dos señores (como a todos nosotros) no les cuesta, al parecer, ningún trabajo comportarse así, realizar un esfuerzo tan inaudito. Pueden suspirar mientras su corazón ríe, y fingir frialdad o indiferencia mientras su alma está sedienta de comunicación.

Pero sigamos observando. Si el alma no está en las palabras, ni en los semblantes, ni en el tono de la voz, debe estar en alguna parte. Y vemos lo siguiente: ahora el joven rubio se ha olvidado de sí mismo, cree que nadie le observa, y cuando mira por la ventanilla del vagón hacia los bosques lejanos, su mirada es libre, sincera y está llena de

juventud, de nostalgia, de sueños ingenuos y apasionados. Ha cambiado totalmente de aspecto: ahora es más joven, más sencillo, más inofensivo, y sobre todo, más hermoso. El otro joven, igualmente intachable e inasequible, se levanta y toca su maleta, que está sobre la red. Lo hace como si quisiera comprobar que sigue ahí, o evitar que se caiga; pero no, la maleta está bien colocada y no corre ningún peligro. En realidad, el joven no quiere sujetarla, sino solamente tocarla, asegurarse de su existencia, acariciarla, porque en el interior de la elegante maleta de piel, además de las manzanas y una muda, hay

algo más importante, algo sagrado, un regalo para su colección, un perrito de porcelana o quizá de mazapán, cualquier cosa, pero algo que en esos momentos acapara su atención y representa lo que sus sueños anhelan y divinizan, lo que quisiera tener continuamente en sus manos para acariciarlo y admirarlo.

Durante una hora hemos observado en el tren únicamente a dos jóvenes de mediana educación, del montón, como quien dice. Se han dicho unas palabras, han intercambiado un saludo, algunas opiniones, han meneado la cabeza, han hecho mil cosas intrascendentes, se han movido, pero en nada de todo esto ha

tomado parte su alma: en ninguna palabra, en ninguna mirada; todo ha sido una máscara, todo ha sido mecánico, salvo una mirada por la ventana hacia el lejano bosque de reflejos azulados y un gesto breve e impreciso en busca de la maleta de piel.

Y pensamos: «¡Oh, tímidas almas! ¿Osareis mostraros alguna vez?, ¿tal vez hermosa y amistosamente en una experiencia liberadora, en compañía de una novia, en la lucha por un credo, en un acto de heroísmo, tal vez en un ímpetu repentino y desesperado del albedrío del corazón por tanto tiempo dominado, oculto, sometido, o en una

salvaje acusación, en un crimen, en un acto delictivo?». Y yo y todos nosotros, ¿cómo salvaremos nuestra alma en nuestro paso por el mundo? ¿Lograremos ayudarla con justicia, introducirla en nuestros actos y palabras? ¿O nos resignaremos, obedeciendo a la multitud y a la indolencia, y seguiremos colgándonos anillos de la nariz?

Y sentimos: dondequiera que han sido desechados los anillos de la nariz y las pieles de gorila, aparece el alma, de no ponerle trabas, hablaríamos entre nosotros como los personajes de Goethe, y cada aspiración nos parecería

un himno. ¡Pobre y magnífica alma! Donde tú estás hay revolución, hay lucha contra la maldad, hay una vida nueva, está Dios. El alma es amor, el alma es futuro, y todo lo demás es solamente materia, impedimento, un desperdicio de nuestras facultades divinas.

Y seguimos pensando: ¿No vivimos en un tiempo que con voz estentórea se autocalifica de nuevo, en que los antiguos conceptos de la humanidad sufren una transformación total y la fuerza se impone en una proporción alarmante, donde la muerte violenta es algo cotidiano e impera la desesperación? ¿No estará el alma

detrás de estos acontecimientos?

¡Pregunta a tu alma! ¡Pregúntale a ella, que es el futuro y cuyo nombre es amor! ¡No preguntes a tu razón, no busque en la historia del mundo! Tu alma no te reprochará que te hayas ocupado poco de política, trabajado poco, odiado poco a los enemigos, fortificado poco las fronteras. Pero tal vez te reproche que hayas retrocedido demasiado a menudo ante sus exigencias, que te hayas inhibido y que nunca hayas encontrado tiempo para entregarte a ella, tu más joven y hermoso retoño, para jugar con ella y escuchar sus cánticos; en tu ansia de lucro, la has

vendido y traicionado con demasiada frecuencia. Y por este motivo, dondequiera que mires, sólo verás rostros atormentados, nerviosos, malignos; los hombres han dedicado su tiempo a lo más inútil, a la bolsa a al sanatorio, y esta terrible situación no es más que un grito de alarma, un aviso sangriento. «Si te olvidas de mí, estarás nervioso y odiarás la vida —dice el alma—, y así continuarás y conseguirás tu propia destrucción a no ser que te vuelvas hacia mí con renovado amor y diligencia». No son en modo alguno los débiles, los insignificantes, quienes enferman con el tiempo y pierden la

facultad de ser felices. Son casi siempre los buenos, los gérmenes del futuro; son ellos los que descuidan su alma y se resisten a luchar contra un falso orden del mundo, aunque tal vez mañana se decidan a ello.

Contemplada desde aquí, Europa semeja una durmiente que lucha contra las pesadillas y se hiere a sí misma.

Sí, ahora lo recuerdas: un profesor te dijo hace tiempo algo parecido, que el mundo sufre a causa del materialismo y del intelectualismo. Ese hombre tiene razón, pero no podrá ser tu médico, como tampoco curarse a sí mismo. La inteligencia hablará en él hasta su propia

destrucción. No se salvará.

Cualquiera que sea el rumbo del mundo, no encontrarás médico ni ayuda, no hallarás futuro ni impulso nuevo más que en ti mismo, en tu pobre alma maltratada e indestructible. Carece de sabiduría, crítica y programa. Solo es fuerza motriz, sólo futuro, solo sentimiento, los que la han seguido son los santos y los predicadores, los héroes y los estoicos, los grandes generales y los conquistadores, los magos y los artistas, que iniciaron su camino desde abajo y lo culminaron en las cumbres de la bienaventuranza. El camino del millonario es otro, y termina en el

sanatorio.

Las hormigas también libran guerras, las abejas también organizan Estados, las marmotas también acumulan riquezas. Tu alma busca otros caminos, y cuando no los encuentra tú cosechas éxitos a su costa, no sientes ninguna felicidad. Y es porque la «felicidad» solo puede sentirla el alma, no la razón, ni el vientre, ni la cabeza, ni la bolsa.

Por otra parte, no se puede hablar ni pensar mucho a este respecto sin caer en la cuenta de que estos pensamientos ya han sido expresados hace mucho tiempo. La frase que los contiene es una de las pocas frases eternas: «¿De qué te sirve

ganar el mundo entero, si pierdes tu alma?».

(1917)

SOBRE LA UNIDAD

Nada en el mundo me inspira una fe tan profunda, ningún concepto es para mí tan sagrado como el de la unidad, el concepto de que el mundo entero y todo cuanto éste contiene es una unidad divina, y de que todo el sufrimiento y todo lo malo proviene de que los individuos ya no nos sentimos partes indisolubles del Todo y damos excesiva importancia al Yo. He sufrido mucho en mi vida, he obrado mal muchas veces, he hecho muchas cosas inútiles y

cruelles, pero siempre he conseguido liberarme, entregarme y olvidar mi Yo, sentir la unidad, reconocer que la discrepancia entre lo interno y lo externo, entre el Yo y el mundo es una ilusión, e incorporarme a la unidad voluntariamente y con los ojos cerrados. Nunca me ha resultado fácil, nadie puede tener menos inclinación a la santidad que yo; pero a pesar de ello he reconocido una y otra vez aquel milagro que los teólogos cristianos designan con el hermoso nombre de «gracia», aquella divina experiencia de la reconciliación, de la sumisión, de la entrega voluntaria, que no es otra cosa que el abandono

cristiano del Yo o el reconocimiento hindú de la unidad, ¡ah!, pero después volvía a encontrarme totalmente alejado de esta unidad, volvía a ser un Yo individual, doliente, resentido, hostil. Ciertamente es que había muchos otros en mi misma situación; no estaba solo, a mi alrededor abundaban los hombres cuya vida entera era una lucha, una violenta afirmación del Yo contra el mundo circundante; para ellos la idea de unidad, del amor, de la armonía resultaba extraña y absurda, porque toda la religión práctica del hombre consistía en una exaltación del Yo y de su lucha. Pero solamente los ingenuos, los seres

fuerzas e indómitos podían sentir bienestar en esta lucha; a los curtidos por el sufrimiento, a los diferenciados por el dolor les estaba prohibido encontrar la felicidad de esa disensión y sólo concebían la dicha en la entrega del Yo en la experiencia de la unidad.

La clase de unidad que venero no es una unidad aburrida, gris, imaginaria y teórica. Por el contrario, es la vida misma, llena de acción, de dolor, de risas. Está representada por la danza del dios Shiva, que baila sobre el mundo hecho pedazos y por muchas otras imágenes, pero se resiste a ser representada, comparada. Es posible

entrar en ella en cualquier momento, nos pertenece siempre que carecemos de tiempo, espacio, conocimiento, ignorancia, siempre que desechamos los convencionalismos, siempre que nos entregamos con amor a todos los dioses, a todos los hombres, a todos los mundos, a todas las épocas.

Para mí, la vida consiste sólo en una fluctuación entre dos polos, en el ir y venir de un pilar del mundo a otro. Desearía subrayar continuamente y con entusiasmo la bendita diversidad del mundo, y recordar siempre que esta diversidad se basa en una unidad;

querría poner continuamente de relieve que belleza y fealdad, oscuridad y luz, santidad y pecado sólo son cosas opuestas durante un momento y que siempre acaban fundiéndose entre sí. Para mí, las palabras más elevadas de la humanidad son las que señalan esta duplicidad con signos mágicos, aquellas sentencias y comparaciones, pocas y misteriosas, que señalan las grandes contradicciones del mundo como necesidad e ilusión a la vez. El chino Lao-Tsé ha formulado varias de estas sentencias en las cuales ambos polos de la vida parecen tocarse durante una fracción de segundo. Más noble y

sencillamente, con mayor claridad, se produce el mismo milagro en muchas palabras de Jesús. No conozco nada más emocionante en el mundo que el hecho de que una religión, una doctrina, una enseñanza espiritual propague durante milenios, cada vez con mayor sutileza y precisión, la lección del bien y del mal, de la justicia y la injusticia, que formule sentencias cada vez más elevadas sobre la equidad y la obediencia, y finalmente culmine con el mágico reconocimiento de que ante Dios valen menos noventa y nueve justos que un pecador en el instante del arrepentimiento.

Pero tal vez sea un grave error por

mi parte, incluso un pecado, creer que deba dedicarme a anunciar estos sublimes pensamientos. Tal vez la desgracia de nuestro mundo actual resida precisamente en que esta altísimo sabiduría se ofrezca en todas las esquinas; que en todas las iglesias del Estado se predique, junto a la fe en la autoridad, el dinero y el orgullo nacional, la fe en el milagro de Jesús; que el Nuevo Testamento, portador de la más valiosa y peligrosa sabiduría, sea vendido en cualquier tienda y propagado inútilmente por los misioneros. Tal vez sea conveniente ocultar y proteger con murallas los increíbles, audaces y hasta

aterradores mensajes y profecías contenidos en muchos de los mensajes de Jesús. Tal vez fuera bueno y deseable que el hombre, para enterarse de ellos, tuviese que sacrificar años de su vida y arriesgar su vida misma, como ha de hacerlo por otras cosas valiosas. De ser así (y muchas veces creo que lo es), el último de los novelistas obra mejor y más justamente que aquel que se esfuerza en expresar las verdades eternas.

Éste es mi dilema y mi problema. Se puede hablar mucho acerca de ellos, pero es imposible hallar la solución. Jamás conseguiré unir los dos polos de

la vida, escribir sobre el papel los dos tonos de su melodía. Por ellos seguiré la oscura voz de mando de mi interior, y me dedicaré a intentarlo una y otra vez. Ésta es la pluma que impulsa mi insignificante reloj.

(1923)

Como se sabe, una parte de las antiguas doctrinas y religiones orientales se basa en la inmemorial idea de la unidad. La gran diversidad del mundo, el rico y variado juego de la vida, con sus múltiples formas, está incluido en la

unidad divina, a la cual se remonta. La totalidad de las formas del mundo aparente son consideradas, no como existentes por sí mismas y necesarias, sino como un juego, un efímero juego de imágenes que proceden del aliento de Dios y dan la impresión de formar el mundo, pero que, en realidad, todas ellas, tu y yo, amigo y enemigo, hombre y animal, son meras manifestaciones momentáneas, partes encarnadas de la Unidad original, a la cual tienen que volver.

A este concepto de unidad, que permite al creyente y al sabio considerar el sufrimiento del mundo como algo

pasajero e insignificante y liberarse de él mientras va en pos de dicha unidad, se pone como antítesis la siguiente idea: que pese a la unidad original, en esta vida sólo podemos percibir sus formas limitadas y aisladas. Una vez adoptado este punto de vista, el hombre, a pesar de la unidad, es un hombre y no un animal, unos son buenos y otros son malos, y la diversa y múltiple realidad es un hecho innegable.

Los pensadores asiáticos, que son maestros de la síntesis, se ejercitan de modo periódico y cultivan hasta la perfección el juego intelectual de las consideraciones opuestas, ambas

afirmativas, ambas concordantes.

(1926)

NOSTALGIA DE NUESTRO TIEMPO POR UNA IDEOLOGÍA

La total transformación de la superficie de la Tierra en cuestión de pocos decenios, los inauditos cambios sufridos por las ciudades y paisajes del mundo a causa de la industrialización, se corresponden con una revolución similar en las almas y en el pensamiento de los hombres. Los años posteriores a la

guerra mundial aceleraron esta evolución, de modo que puede anunciarse sin exageración la muerte y desaparición de la cultura en que fuimos educados los hombres ya maduros y que de niños nos parecía eterna e indestructible. Aún suponiendo que el hombre no hubiese cambiado (lo cual es tan imposible para él en el transcurso de dos generaciones como para cualquier especie animal), los ideales y ficciones, los deseos y sueños, las mitologías y teorías que dominan nuestra vida espiritual sí han sufrido un cambio completo. Lo insustituible se ha perdido para siempre, y se sueña en cosas

inauditas para reemplazarlo. Ante todo, parte del mundo civilizado ha perdido los dos cimientos básicos de la vida: cultura y moralidad. En nuestra vida falta la moral, un convenio tradicional, consagrado y tácito sobre lo que debe ser la convivencia entre los hombres.

Un corto viaje es suficiente para observar un ejemplo vivo de la decadencia de la moral. Dondequiera que la industrialización esté en sus comienzos y la tradición campesina y provinciana sea más fuerte que las nuevas formas de vida y de trabajo, la influencia y el poder de las Iglesias son considerablemente mayores, y en todos

estos lugares aún podemos encontrar más o menos modificado lo que anteriormente se llamaba moral. En tales ambientes «atrasados» aún se conservan las formas de trato, de saludo, de convivencia, de categorías sociales, de fiestas y de juegos que la vida moderna ha perdido hace tiempo. Como triste sustitución de las costumbres perdidas, el hombre medio moderno tiene la moda. La moda le proporciona, al renovarse con cada estación, las normas indispensables para la vida social, los bailes, expresiones, consignas y melodías de actualidad, lo cual es mejor que nada, aunque sean valores

pasajeros. Ya no hay juegos populares, solo las distracciones de la moda de cada estación. Tampoco hay canciones populares, solo los éxitos musicales del momento.

Mientras que para las formas externas de la vida las costumbres significan una agradable y cómoda guía a través de su tradición y sus convencionalismos, la religión y la filosofía atienden a las necesidades humanas más profundas. El hombre no necesita solamente ser guiado en sus costumbres, modo de vestir, deportes y conversación por medio de una fórmula aceptada o algún ideal —aunque sólo

sea el efímero ideal de la moda—. En el fondo de su ser siente también la necesidad de dar un sentido a sus actos e impulsos, a su vida y a su muerte. Esta necesidad religiosa o metafísica tan antigua e importante como la necesidad de comer, de amar y de cobijarse, se ve satisfecha, en tiempos de paz y culturalmente asegurados, por las Iglesias y los sistemas de los principales pensadores. En épocas como la actual existe una impaciencia y un desencanto generales tanto en lo referente a las enseñanzas religiosas tradicionales como a las filosofías de los científicos; es asombrosamente grande la demanda

de nuevas fórmulas, nuevos significados, nuevos símbolos, nuevas argumentaciones. La vida espiritual de nuestro tiempo se desarrolla bajo este signo: debilitamiento de los sistemas establecidos, búsqueda desesperada de nuevos sentidos de la vida humana, aparición de numerosos profetas, sociedades y sectas, y proliferación de las más absurdas supersticiones. Porque incluso el hombre materialista y superficial y poco dado a pensar siente la primitiva necesidad de conocer el sentido de la vida, y cuando no lo consigue, la moral decae y la vida privada se sume en el más salvaje

egoísmo y terror ante la muerte. Todos estos signos de la época son evidentes, para quien quiera verlos, en todos los sanatorios, manicomios y en el material recogido a diario por cualquier psicoanalista.

Pero nuestra vida es una sucesión interminable de altibajos, de fracasos y resurgimientos, de decadencia y resurrección, y a las sombrías y lamentables épocas de decadencia de nuestra civilización suceden otros signos que indican un nuevo despertar de la necesidad metafísica, una nueva espiritualidad y un esfuerzo apasionado por dar un nuevo sentido a nuestra vida.

La poesía moderna rebosa de estos signos y el arte moderno no le va a la zaga. Pero sobre todo resalta la necesidad de una sustitución para los valores de la civilización pasada, de unas nuevas formas de religiosidad y convivencia. Es evidente que en estos esfuerzos no faltan las proposiciones de mal gusto e incluso peligrosas. Videntes y fundadores, charlatanes y curanderos sustituyen a los santos; la vanidad y la codicia invaden este campo nuevo y prometedor, pero estas manifestaciones tristes o risibles no deben engañarnos. En esencia, este despertar del alma, esta aparición de una nueva nostalgia de

Dios, esta fiebre ardiente surgida de la guerra y las privaciones es un fenómeno de maravilloso empuje que no debemos menospreciar. El hecho de que junto a esta poderosa nostalgia que invade a todos los pueblos acecha una multitud de emprendedores comerciantes que negocian con la religión, no debe hacernos dudar de la grandeza, dignidad e importancia de este movimiento. En millares de formas y graduaciones, desde el ingenuo espiritismo hasta la auténtica especulación filosófica, desde la primitiva pseudoreligión de las ferias hasta el presentimiento de significados verdaderamente nuevos,

esta corriente gigantesca abarca todo la tierra: incluye la *Christian Science* americana y la teosofía inglesa, al mazdeísmo y al Nuevo sofismo, la antroposofía de Stein y los cientos de confesiones similares, conduce al conde Keyserling y sus experimentos de Darmstadt alrededor de la Tierra y le asocia a un colaborador tan serio e importante como Richard Wilhelm, y permite la existencia de todo un ejército de nigromantes, engañabobos y bromistas.

No me atrevo a trazar la frontera entre lo discutible y lo totalmente grotesco. Pero junto a los dudosos

fundadores de modernas órdenes secretas, logias y hermandades, las audaces frivolidades de las religiones de moda americanas, y las ingenuidades de los tenaces espiritistas existen otras manifestaciones muy elevadas, existen otras maravillosas traducciones de Neumann de los textos sagrados^[2] budistas y su propagación, las traducciones de los grandes chinos por Richard Wilhelm; existe el magnífico hecho del repentino resurgimiento de Lao-Tsé, desconocido en Europa durante siglos y que en el plazo de tres decenios ha aparecido en innumerables traducciones a casi todas las lenguas

européas y se ha adueñado del pensamiento europeo. Del mismo modo que entre el caos y la violencia de la tan noble revolución alemana han surgido figuras nobles e inolvidables como Landauer y Rosa Luxemburg, así se encuentran en medio de la salvaje y turbia corriente de los intentos religiosos una serie de personajes nobles y puros, teólogos como el pastor suizo Ragaz, figuras como Frederik van Eeden, convertido al catolicismo en su vejez, hombres como el excepcional alemán Hugo Ball, dramaturgo y principal fundador del dadaísmo, después valiente detractor de la guerra y

crítico de la mentalidad bélica alemana, más tarde ermitaño y autor del maravilloso libro *Cristianismo bizantino*, y, para no olvidar a los judíos, Martin Buber, que señala profundos objetivos al judaísmo moderno y nos regala en sus libros la piedad de los Casidim, una de las flores más exquisitas del jardín de las religiones.

«Vamos a ver —se preguntarán muchos lectores—, ¿adónde conduce todo esto? ¿Cuál será el resultado, el objetivo final? ¿Qué podemos esperar de todo ello? ¿Tiene alguna de las nuevas sectas posibilidad de convertirse

en una nueva religión? ¿Será alguno de los nuevos pensadores capaz de crear una filosofía diferente?».

En muchos círculos se respondería hoy afirmativamente a esta pregunta. Muchos partidarios de la nueva doctrina, especialmente los jóvenes, sienten la gozosa y segura convicción de que nuestra época está destinada a dar a luz al Salvador, a ofrecer al mundo nuevas certidumbres, nuevas orientaciones morales y una nueva fe para un nuevo período de civilización. La sombría actitud pesimista de muchos críticos maduros y desengañados constituye el polo opuesto de esta joven

creencia de los recién convertidos. Y las voces de estos jóvenes son siempre más agradables que las agriadas de los viejos. Sin embargo, podrían estar equivocados.

Es conveniente enfrentarse con respecto a esta actitud de nuestra época, a esta búsqueda insistente, a estos experimentos en parte ciegamente apasionados y en parte de una osadía consciente. Aunque todos estuvieran condenados al fracaso, constituyen un serio esfuerzo por alcanzar las metas más elevadas, y aunque ninguno de ellos perdurase más allá de nuestra época, actualmente cumplen una misión

insustituible. Todas estas facciones, todas estas ideas sobre religión, todas estas doctrinas nuevas ayudan a los hombres a vivir, les ayudan no solo a soportar la difícil y dudosa existencia, sino a valorarla y santificarla, y aunque no fueran más que un estimulante o un dulce narcótico, ya serían de no poca utilidad. Pero son más que eso, inconmensurablemente más. Son las escuelas por las que debe pasar la élite espiritual de nuestro tiempo, porque toda espiritualidad y civilización tiene dos misiones: dar seguridad e impulso a la mayoría, consolarles, proporcionar un sentido a la vida —y después la segunda

misión, más misteriosa y no menos importante—: facilitar el desarrollo de los pocos grandes intelectos de mañana y pasado mañana, proteger y cuidar sus comienzos y ofrecerles aire para respirar.

La espiritualidad de nuestro tiempo es totalmente distinta de la que heredamos nosotros, los hombres maduros. Es más turbulenta, más salvaje, más pobre en tradición, menos educada y tiene menos método; pero, en conjunto, la espiritualidad de hoy, con su fuerte inclinación hacia el misticismo, no es ciertamente peor que la espiritualidad mejor educada, más

científica, más rica en tradición, pero no más fuerte, de la época en que imperaban el ya anticuado liberalismo y el joven monismo. Debo confesar que a mí personalmente, la espiritualidad de las principales corrientes actuales, desde Steiner hasta Keyserling, me parece un poco demasiado racional, poco atrevida, poco dispuesta a introducirse en el caos, en los infiernos, y escuchar allí de labios de las «madres» de Fausto la ansiada doctrina secreta de la nueva humanidad. Ninguno de los dirigentes actuales, por inteligentes o apasionados que sean, poseen el alcance y la significación de

Nietzsche, cuya verdadera herencia aún no hemos sabido llevar a la práctica. Pero las mil voces y los mil caminos encontrados de nuestro tiempo tienen en común una valiosa cualidad: una nostalgia tensa, una voluntad nacida del dolor hacia un acto de entrega. Y éstas condiciones son las condiciones previas de todas las cosas grandes

(1926)

UNA MIRADA AL LEJANO ORIENTE

LAS PLÁTICAS DE BUDA

La oleada espiritual que cien años atrás llegó de la India y recorrió Europa, especialmente Alemania, es todavía hoy claramente perceptible; sea cual sea nuestra opinión sobre Tagore y Keyserling, la nostalgia de Europa por la cultura espiritual del antiguo Oriente es incuestionable.

Expresado psicológicamente:

Europa está empezando a advertir en múltiples síntomas de decadencia que el exagerado doctrinarismo de su cultura espiritual (evidente sobre todo en las disciplinas científicas) necesita una corrección, una renovación procedente del polo opuesto. La nostalgia general no busca una nueva ética o un nuevo modo de pensar, sino un cultivo de aquellas funciones psíquicas a las que nuestra espiritualidad intelectual no rinde justicia. La nostalgia general no busca tanto a Buda o Lao-Tsé como al yoga. Hemos aprendido que el hombre puede cultivar su intelecto hasta un grado asombroso sin obtener con ello el

dominio de su alma.

Los literatos alemanes se burlan a veces de las traducciones de Neumann a causa de su fidelidad a las repeticiones aparentemente interminables. Las prolongadas y monótonas consideraciones les recuerdan un rosario de preces uniformes. Esta crítica, por muy ingeniosa que sea, parte de un criterio incapaz de enjuiciar el tema. En realidad, las pláticas de Buda no son compendios de una doctrina, sino ejemplos de meditaciones, y es precisamente la meditación lo que podemos aprender en ellas. Es ociosa la pregunta si la meditación puede

conducir a otros resultados más valiosos que el pensamiento científico. El objeto y el resultado de la meditación no es un reconocimiento en el sentido de nuestra espiritualidad occidental, sino una renuncia del estado consciente, una técnica cuyo más alto objetivo es una armonía pura, una colaboración regular y simultánea del pensamiento lógico y el intuitivo. No sabemos si ese objetivo ideal será asequible, pues somos principiantes en esta técnica. Sin embargo, no existe camino más directo para practicarla que el estudio de las pláticas de Buda.

Hay muchos nerviosos profesores

alemanes que temen algo así como una invasión budista, una desaparición del Occidente espiritual. Pero Occidente no perecerá, y Europa nunca será budista. El que lee a Buda y su lectura le convierte al budismo, habrá encontrado en ello un consuelo y elegido así una solución de emergencia en lugar del camino que tal vez Buda puede señalarnos.

La dama elegante que coloca junto al Buda de bronce de Ceilán o Siam los tres tomos de las pláticas de Buda, está tan lejos de encontrar ese camino como el asceta que, desengañado de la esterilidad cotidiana, se refugia en el

opio de un budista dogmático. Cuando los occidentales hayamos aprendido a meditar, obtendremos unos resultados muy diferentes de los hindúes. No se convertirá en opio, sino en una conciencia más profunda de nosotros mismos, tal como fue planteada como la primera y más sagrada condición a los discípulos de los sabios griegos.

(1921)

Resultaría tan inútil hablar hoy sobre la «religión del futuro» como es inútil y provechoso que los hombres de la

actualidad se comparen con los pocos grandes ideales del pasado. Esta comparación termina inevitablemente en un terrible fracaso. En cuanto nuestra época y nuestra civilización son comparadas con los tiempos de auténtica religiosidad, salen de ello lamentablemente malparadas. Sabemos mucho, y nuestra nostalgia es auténtica, como lo es también nuestra resolución de considerar insignificante lo que sabemos y empezar espiritualmente desde el principio. Pero carecemos de tradición, educación y técnica. Nuestros conocimientos sobre vida interior, dominio de los instintos y medios de

cuidar el alma son casi nulos.

Éste es el punto que haríamos bien en aprender de los héroes de tiempos pasados, de Jesús y los santos cristianos, de los chinos, de Buda. La más mínima regla de la orden monástica más modesta de la Edad Media puede enseñarnos más —ya que en esto somos totalmente ignorantes— sobre el cultivo y el cuidado del alma que toda la pedagogía de nuestro tiempo.

A este respecto, las pláticas de Buda son un manantial de riqueza y profundidad incalculables. En cuanto dejamos de considerar las enseñanzas de Buda de un modo puramente

intelectual, y nos contentamos con sentir cierta simpatía hacia las antiguas ideas orientales sobre la unidad; en cuanto permitimos a Buda que nos hable como persona, como imagen, como el Sagaz y el Iluminado, encontramos en él, casi independientemente del contenido filosófico y la raíz dogmática de su doctrina, uno de los más grandes modelos de la humanidad. Quien lee con atención sólo unas pocas de las innumerables pláticas de Buda, se siente pronto invadido por una armonía, una serenidad anímica, una sonrisa y una placidez, una firmeza inquebrantable, pero también una bondad inflexible, una

benevolencia sin límites. Y para hallar los caminos y los medios de alcanzar esta bendita serenidad del alma, las pláticas están llenas de consejos, preceptos y advertencias.

El ideario de la doctrina budista constituye sólo la mitad de la obra de Buda; la otra mitad es su vida, sus experiencias vividas, su trabajo realizado, sus actos. En ella se practica y se enseña un cuidado del alma de cuya esmerada solicitud no tienen la menor idea los ignorantes que hablan del «quietismo» y las «fantasías hindúes» al referirse a Buda, negándole esa virtud cardinal de Occidente: la actividad. Por

el contrario, en Buda y sus discípulos vemos la ejecución de un trabajo, la práctica de una disciplina y la persecución de un fin por las cuales incluso los auténticos héroes europeos deberían sentir respeto. Difícilmente podemos encontrar en Buda mucho sobre el «contenido» de aquella nueva religión o religiosidad que intuimos próxima o sólo deseamos, pues el «volumen» de su doctrina ya ha llegado a nosotros por caminos filosóficos, aunque solo sea un atajo no muy puro, a través de Schopenhauer. Además, en esta «nueva religión», el contenido de ideas sería menos importante que unos

símbolos nuevos y vivos de religiones muy antiguas. Las religiones pueden, hasta cierto punto, pasar por nosotros sin dejar rastro. De nosotros depende cuidar la disposición y mantener encendidas las «lámparas».

Parte integrante de esta disposición ha de ser la capacidad de sentir respeto. Si concedemos a Buda el respeto debido a los santos, su voz la oiremos con agradecimiento. Verdaderamente no comprendo qué mal puede haber en ello; las advertencias contra el peligroso «Oriente» que con tanta frecuencia escuchamos, provienen todas de grupos partidista que desean proteger un dogma,

una secta, una receta.

(1922)

EL HINDUISMO

Las religiones de carácter protestante-puritano tienen en su conjunto, según parece, una menor plasticidad y capacidad de adaptación que la católica. Por este mismo motivo, el budismo, después de sustituir durante siglos casi enteramente a la antigua religión brahmánica, desapareció hace mucho tiempo casi por completo

reemplazado por el «hinduismo», es decir, la religión popular de antiguas raíces brahmánicas. El hinduismo no tiene dogmas y sería imposible definirlos, pues esta religión de la India, el pueblo más religioso del mundo, es de hecho de una plasticidad, de una capacidad de adaptación, de una flexibilidad y eterna floración que no tiene parangón en ninguna parte. Hay «hinduistas» que sólo veneran a un dios espiritual, y otros que adoran a multitud de dioses e ídolos; hinduistas que creen en espíritus y hechizos y practican el culto de tumbas y demonios, y otros cuyo credo está lleno de reminiscencias

islámicas y cristianas.

El hinduismo no es un sistema, no se basa en conceptos determinados, no posee ningún canon dogmático, y, sin embargo, no ha desaparecido a pesar de los siglos, sino que con proteica creatividad ha contraído mil nuevos compromisos, hallado siempre nuevas formas y asimilando elementos extraños con infinita tolerancia y amplitud de criterio. Al igual que los dioses hindúes, de múltiples rostros y brazos, esta religión tiene miles de rostros, primitivos y refinados, infantiles y viriles, dulces y crueles.

Glaserapp^[3] nos ofrece un examen

asombrosamente rico de la historia y el contenido del hinduismo; no intenta definir lo indefinible, sino que reconoce la unidad misteriosa, invisible desde fuera, que alimenta y mantiene intacta a esta religión no es otra cosa que la propia estructura del alma hindú, y que los cimientos y el núcleo del hinduismo no están en ninguno de los muchos cultos, ni en los Vedas ni en el sacerdocio, sino en la vida hindú, en la vida práctica y cotidiana de los pueblos hindúes, con sus estratos sociales bien definidos, las llamadas castas.

Así como el budismo y las

consideraciones de los Vedas son bien conocidos y casi populares entre nosotros, la religión principal de los hindúes, llamada hinduismo, es casi desconocida y soslayada tanto por eruditos como por religiosos. Es aquella religión cuyos ídolos de muchos brazos y cabezas de elefante impulsaron a Goethe, en un momento de mal humor y contra su profunda intuición, a pronunciarse contra ella, pero estos dioses e ídolos han vuelto; volvieron hace diez años por el camino del arte, pues de improvviso Occidente se di cuenta de que si las mercancías japonesas eran buenas, las indias debían

ser baratas, y así fue descubierto el arte hindú. Y ahora llega el mundo de los dioses hindúes, con sus ídolos de múltiples brazos, con sus diosas de senos pletóricos, con sus divinidades y santos esculpidos en piedra; llegan ininterrumpidamente, por el camino del coleccionista de piezas raras y objetos de arte, por el camino de la ciencia.

Hasta ahora, al pueblo más religiosamente genial de la tierra sólo lo veíamos a través de lentes filosóficas; y apenas conocíamos de él más que los sistemas y teorías de la antigua India que los interrogantes religiosos intentan solucionar intelectualmente. Hasta ahora

no hemos empezado a adivinar toda la grandeza y magnificencia de esta religión del pueblo, el hinduismo, la religión más genial y de inigualable plasticidad.

El problema que menos comprende el occidental y cuya solución se le escapa, el hecho de que para los hindúes Dios sea a la vez trascendente e inmanente, es el auténtico corazón de la religión hindú. Para el hindú, tan genial por su sentimiento religioso como por su pensamiento abstracto, este problema no es tal; para él está claro desde el principio que la razón y la comprensión humana sólo pueden percibir las cosas

del mundo, y que a lo divino únicamente podemos llegar a través de la entrega, la meditación, la veneración y la plegaria. Y así el hinduismo, que desde hace tres mil años es la religión principal de la India alberga en una paz paradisiaca las contradicciones más diversas, las formulaciones más opuestas, los dogmas más discrepantes, ritos, mitos, y cultos, lo más exquisito junto a lo más grosero, lo más espiritual junto a la más desnuda sensualidad, lo más bondadoso junto a lo más salvaje y cruel.

La verdad, lo eterno no está en estas manifestaciones, ni siquiera en las mejores y más nobles; la verdad está

muy por encima de ellas. Por eso el brahmán puede estudiar teología, el voluptuoso puede amar al sensual Krishna, el ingenuo adorar una caricatura untada de estiércol de vaca, ante Dios todo es lo mismo, se trata sólo de una diversidad aparente, las contradicciones no lo son más que en apariencia.

(1923)

EL ESPÍRITU CHINO

El sabio chino más conocido desde

la antigüedad es Confucio, y con razón, ya que, de todos los pensadores, él es quien ha ejercido mayor influencia sobre la vida y la historia de su país. Nos lo imaginamos, pues, con toda exactitud cuando pensamos en él como totalmente «chino», es decir, formal hasta la pedantería, pero no hacemos justicia a los chinos cuando, basándonos en este juicio, consideramos el espíritu chino en general rígido y poco filosófico en apariencia, opinión errónea contra la cual el propio Confucio ha dejado suficientes pruebas. Todavía es poco conocido el hecho de que en China ha habido grandes filósofos y moralistas

cuya sabiduría no es menos valiosa para nosotros que la de los griegos, Buda y Jesús. En realidad, el más grande sabio de China no fue nunca verdaderamente popular en su propia patria, y siempre estuvo a la sombra de Confucio, contemporáneo suyo y algo más joven. Habló de Lao-Tsé, cuyas enseñanzas han llegado hasta nosotros contenidas en el libro *Tao-te-king*. Su doctrina de Tao, el origen de toda vida, podría resultarnos indiferente como sistema filosófico o ganar interesados adeptos, si no contuviera una ética tan grande, hermosa y de tan enorme fuerza personal, que su último adaptador alemán, un profesor de

teología, coloca a Lao-Tsé a la misma altura que Jesús. Sobre nosotros los profanos, este chino no podrá ejercer una influencia tan poderosa, pues su obra se expresa en un lenguaje difícil y extraño cuya comprensión incluso superficial requiere mucha aplicación y un auténtico esfuerzo. No se trata aquí de una curiosidad, de una rareza literario-etimológica, sino de uno de los libros más serios y profundos de la antigüedad.

A Confucio podemos comprenderle en las *Conversaciones*. De los pensadores chinos posteriores disponemos en alemán de una selección

muy original y por añadidura, muy clara: *Reden und Gleichnisse des Tschuang-Tsé (Pláticas y alegorías de Chuang-Tsé)*.

Chuang-Tsé vivió trescientos años después de Lao-Tsé, y su relación con éste se ha comparado a la de Platón con Sócrates. No es de mi competencia juzgar los libros chinos no el trabajo de sus traductores; sólo quería explicar que a mí, que como profano del antiguo Oriente sólo conocía la filosofía budista y las relacionadas con el budismo, estos notables libros me han dado a conocer valores totalmente nuevos. El Asia oriental no ha poseído nunca, entre Buda

y Cristo, una filosofía convertida en religión popular cuya activa y hermosa ética estuviera más cerca de la cristiana que la hindú-budista.

(1911)

CONFUCIO

La lectura^[4] no es fácil, y muchas veces se tiene la sensación de respirar un aire extraño cuya composición es distinta del que necesitamos para vivir. Sin embargo, no me arrepiento de haber dedicado mi tiempo a estas

«conversaciones». Aunque el espíritu chino nos cause la impresión de estar contemplando el producto de un lejano cuerpo celeste, es un ejercicio provechoso observarlo algo más que superficialmente. Es muy necesario para nosotros mirar nuestra propia civilización individualista, no como algo evidente, sino en comparación con su antípoda. Y al hacerlo, hay momentos en que al lector le asalta la singular idea de una posibilidad de síntesis entre ambos mundos. Porque en el fondo de ese gran desconocido que es Confucio descubrimos las mismas cualidades que conocemos desde hace mucho tiempo en

los grandes hombres de la historia de Occidente. Cosas que al principio nos parecían grotescas equivocaciones las encontramos ahora naturales, y vemos atracción, e incluso belleza, en cosas que antes se nos antojaban de una tediosa aridez. Y nosotros, los individualistas, envidiamos a este mundo chino la seguridad y grandeza de su pedagogía y sistemática, con las cuales no podemos comparar nada nuestro como no sea nuestro arte y nuestra modestia tal vez mayor ante la naturaleza sobrehumana.

Pongo fin a mi profana recomendación de esta sabiduría

oriental con algunas sentencias elegidas de las *Conversaciones*.

Conocer y ser conocido

No me preocupa que los hombres no me conozcan; me preocupa no conocer a los hombres.

La estrella polar

Quien sabe dominarse a sí mismo es como la estrella polar, que permanece en su sitio y todas las estrellas giran a su alrededor.

Grados de desarrollo del maestro

El maestro habló: «Tenía quince años y mi voluntad era alcanzar la sabiduría, a los treinta la alcancé, a los cuarenta ya no tenía ninguna duda, a los cincuenta conocí la ley de los cielos, a los sesenta mis oídos se abrieron, a los setenta pude seguir los deseos de mi corazón, sin exceder la medida».

(1909)

LAO-TSÉ

... Considerado de acuerdo con la idea que el europeo medio tiene de la

filosofía china, es decir, superficialmente, Lao-Tsé, a causa de su vivacidad, no parece chino. El traductor lo compara directamente con Jesús, y en verdad no existe entre los pensadores más conocidos de Extremo Oriente ninguno cuyos ideales éticos estén más cerca de nosotros, los arios occidentales, que los de Lao-Tsé. Frente a la filosofía hindú, apartada del mundo y a menudo sutilmente abstraída, que tanto estudiamos en Occidente desde hace algún tiempo, esta sabiduría china se nos antoja muy sencilla y práctica, y sólo después de muchas torpes acrobacias mentales llegamos a la

vergonzosa conclusión de que esos chinos antiguos conocieron mejor los valores elementales y trabajaron con mayor eficacia por el desarrollo de la humanidad que muchos occidentales abandonados por el instinto en su anárquica filosofía de especialistas. Como prueba incluimos el último fragmento del *Tao-te-king*, extraído de la traducción alemana de Richard Wilhelm:

Las palabras ciertas no son hermosas.

Las palabras hermosas no son ciertas.

La sensatez no persuade.

La persuasión no es sensata.

El sabio no es erudito.

El erudito no es sabio.

El llamado no acumula riquezas.

Cuanto más hace por los otros.

Tanto más posee.

Cuanto más da a los otros.

Tanto más tiene.

El sentido del cielo es bendecir sin perjudicar.

El sentido del llamado es obrar sin disputar.

(1910)

El filósofo chino Lao-Tsé, desconocido en Europa durante dos mil años, fue traducido a todas las lenguas europeas en los últimos quince años, y su libro el *Tao-te-king* se convirtió en el libro de moda. En Alemania fue Richard Wilhelm quien introdujo con sus traducciones la literatura clásica y la sabiduría de China en una extensión sin precedentes. Y mientras China está débil y políticamente dividida y las potencias occidentales la consideran un inmenso y rico territorio para ser explotado con todo cuidado, la antigua sabiduría china y el antiguo arte chino se introducen no sólo en los museos y bibliotecas de

Occidente, sino también en los corazones de la juventud intelectual. En los últimos diez años, la juventud alemana de las universidades, recién llegada de la guerra, no ha sido influida con tanta fuerza por ningún otro genio como por Lao-Tsé, seguido de Dostoyevski. El hecho de que este movimiento tenga lugar en el seno de una minoría relativamente pequeña no le resta importancia: esta minoría es precisamente la más indicada para recibir el mensaje: la parte más dotada, consciente y responsable de la juventud estudiante.

Nuestros ideales occidentales

modernos son tan opuestos a los chinos, que deberíamos alegrarnos de poseer unas antípodas tan firmes y admirable en la otra mitad del globo terrestre. Sería una insensatez desear que con el tiempo el mundo entero tuviese una civilización europea o una china; pero si deberíamos sentir hacia ese espíritu chino el respeto sin el cual nada puede aprenderse y asimilarse, e incluir en nuestras enseñanzas el Lejano Oriente como lo hacemos desde hace tiempo (¡recordemos solamente a Goethe!), con el Oriente del Asia occidental. Y cuando leamos las estimulantes e inteligentes «conversaciones» de Confucio, no

debemos considerarlas como una curiosidad de tiempos remotos, sino pensar que su doctrina no sólo ha sostenido este gigantesco reino a lo largo de dos mil años, sino que aún hoy los descendientes de Confucio viven en China, llevan su nombre y le recuerdan con orgullo —a su lado, la nobleza más antigua y cultivada de Europa parece casi en pañales—. Lao-Tsé no ha de sustituir para nosotros el Nuevo Testamento, pero ha de enseñarnos que algo similar surgió bajo otro cielo y en tiempos aún más remotos, y esto debe fortalecer nuestra fe en que la humanidad, aunque esté dividida en

razas y culturas dispares e incluso hostiles, constituye una unidad y tiene posibilidades, ideales y objetivos comunes.

Entre nosotros, pese a este joven entusiasmo por China, impera en casi todos los círculos la opinión de que el alma de los chinos es totalmente distinta a la nuestra. Sus virtudes, ante todo su inagotable paciencia y su silenciosa tenacidad, su naturaleza más pasiva, y sus vicios, sobre todo la famosa crueldad china, están infinitamente lejos de nosotros y nos resultan incomprensibles. En realidad, todo esto no son más que necios prejuicios. El

chino puede ser cruel del mismo modo que puede serlo un occidental, y puede ser piadoso y altruista como los son a veces los europeos. Si buscamos en la historia ejemplos de crueldad china, debemos buscar igualmente relatos en que China y su heroísmo han de parecernos tan ejemplares como los relatos aprendidos en nuestras escuelas de las páginas de la Biblia o de los clásicos antiguos.

(1926)

I CHING

Hay libros, libros de santidad y sabiduría, en cuya compañía y atmósfera se puede vivir durante años; libros que es imposible leer como se leen otros libros. Hay partes de la Biblia que pertenecen a esta categoría; y el *Tao-te-king*. Es suficiente una sola frase de estos libros para sentirse colmado, para ocuparse y para reflexionar durante mucho tiempo. Estos libros se tiene al alcance de la mano o se llevan en el bolsillo cuando se va a pasear por el bosque, y nunca se leen durante media hora seguida, sino que cada vez se toma una sentencia, una línea para meditar sobre ella, para conocer un poco más —

después de las futilidades del día, incluidas las otras lecturas— la escala de valores de los grandes y los santos.

Considero una dicha haber encontrado un libro equiparable a estos dos. Evidentemente, como los otros, es un libro muy antiguo, se remonta a miles de años, pero hasta ahora no se había intentado traducirlo al alemán. Se titula *I Ching*, el libro de las transformaciones, y contienen la antigua sabiduría y magia de China. Se puede utilizar como libro de oráculos para hallar consejos en los momentos difíciles de la vida. Se puede utilizar para apreciarlo «sólo» a causa de su sabiduría. Hay en este libro, que

nunca podré comprender más que intuitivamente y en momentos aislados, un sistema de símiles para todo el mundo, basado en ocho cualidades o imágenes; de ellas, las dos primeras son el cielo y la tierra, el padre y la madre, el fuerte y el dócil. Esas ocho cualidades son expresadas por sendos signos de gran sencillez, que se combinan entre sí y ofrecen sesenta y cuatro posibilidades, en las cuales se basa el oráculo. Se pregunta al oráculo y se obtiene más o menos esta respuesta: «Verdad Interior: cerdos y peces. ¡Salvación! Es necesario cruzar el gran río. Es preciso tener perseverancia».

Entonces se puede meditar sobre ello; además dispone de comentarios.

Este libro de las transformaciones está desde medio año en mi dormitorio y nunca he leído más de una página seguida. Cuando miramos una de las combinaciones de signos nos sentimos invadidos por Ch'ien, el Creador, y por Sun, el Bondadoso, por lo que no es una lectura, ni tampoco meditación, sino una contemplación de agua corriente o nubes pasajeras. Todo cuanto podemos pensar o vivir está escrito aquí.

(1925)

EL ZEN CHINO

1

El Zen chino, esta forma dedicada totalmente a la práctica, a la disciplina del alma, adaptación china del budismo hindú, está en su esencia en contraposición con el budismo de la India, y de hecho es contrario categóricamente a la literatura, la especulación, la dogmática y la escolástica. Podría decirse que el budismo hindú y el chino se relacionan del mismo modo que el sánscrito y la lengua china. El primero es un idioma

indogermánico, producto de un pensamiento diferenciante, erudito y abstracto, y al mismo tiempo de una floreciente escolástica; el segundo es una lengua metafórica, flexible, que carece de la mayoría de nuestras sutilezas y complicaciones gramaticales, generosa y en modo alguno inequívoca, cuyas palabras son más bien imágenes o gestos que palabras tal como nosotros las concebimos. No obstante, el Zen también ha desarrollado una especie de literatura, y este año de 1960 ha tenido lugar el acontecimiento de la aparición en traducción alemana de uno de su más venerables libros (aunque sólo una

tercera parte de él), que ha costado a su autor, Wilhelm Gundert, más de una docena de años el libro BI-YAEN-LU, *Meister Yüan-Wu's Niederschrift von der smaragdenen Felswand* (BI-YÄN-LU *Composición del maestro Yüan-Wu sobre la roca de esmeralda*), data de principios del siglo XII y es una colección de cien anécdotas y sentencias de eminentes maestros de Zen y de himnos en verso y comentarios acerca de ellos. De los 100 «ejemplos», la traducción de Gundert incluye los primeros treinta y tres.

Esta notabilísima obra es algo así como un resumen Zen-budista, pero no

en el sentido de una dogmática, sino en el de un libro de ejercicios espirituales. Tras las sentencias de famosos maestros y patriarcas, se explica a los monjes y novicios el modo en que éste o aquel antecesor alcanzó el objetivo, es decir, la revelación, el conocimiento de la realidad, que no es presentada como algo estático, sino cómo el destello de una chispa entre dos polos, el polo *sansara*, que es todo el diverso mundo aparente y sensorial, y el polo *nirvana*, el vado liberación absolutos. En la mayoría de estos ejemplos prácticos, el maestro formula una pregunta a un alumno, que el lector occidental puede

comprender a menudo, mientras que la respuesta del maestro nos sitúa ante un enigma, aparte de que, con frecuencia, no consiste en palabras, sino en un ademán o una acción, y esta acción es a veces una bofetada o un golpe de palo. Estos ejemplos, recopilados en el año 1100 de una tradición de varios siglos, siguen siendo, ochocientos años después, un manual clásico de los maestros de Zen. Ya es mucho que ahora podamos leerlos en alemán, pues cada ejemplo contiene el estímulo para una asombrosa abstracción.

No es un libro que se pueda «leer» sencillamente; es preciso tantear en su

espesura centímetro a centímetro, retroceder muchas veces, y a cada retroceso el texto nos muestra de improviso un nuevo aspecto. Es una obra muy extraña, complicada y difícil de asimilar. Es una nuez de tres o cuatro cáscaras realmente duras. Ahora el contemporáneo medio y normal dirá tal vez que la India antigua, la China antigua, el *nirvana* y el Zen son cosas pasadas, y que ocuparse de ellas, traducir y estudiar esta obra de la Edad Media de Extremo Oriente no sirve de nada, es hacer arqueología histórica o jugar por puro romanticismo.

A esto se podría responder que aún

hoy el Zen existe y se practica en Japón como entre nosotros el cristianismo, que la enseñanza del Shakiamuni en sus diversas formas orientales ha fascinado no solo a Shopenhauer y sus discípulos, sino que también ha cautivado el interés del Occidente actual, que las conferencias y libros de los budistas Zen actuales, en especial los de Suzuki, atraen la mayor atención tanto en Europa como en América, y que, por desgracia, ya existe algo parecido a una moda Zen.

(1960)

Josef Knecht a Carlo Ferrromonte

Amigo, es muy hermoso, y en el fondo consolador, que todo cuanto en apariencia pertenece para siempre al pasado sea capaz de volver y comenzar una nueva vida. Hace poco me informaste de que recientemente muchos de tus colegas se dedican a lecturas budistas, y en especial a la literatura del Zen, ya sea en su forma china o japonesa. Tú te inclinas, según parece, a considerarlo una simple moda y un pasatiempo; y en el fondo estás decidido

a no dedicarle tu tiempo. Ya que me lo mencionas, te diré de buen grado mis ideas al respecto, pues esta «moda» también se deja sentir aquí en Waldzell, y me he propuesto refrescar algo, a través de la lectura, mis escasos conocimientos sobre la materia. Ante todo he releído hace poco *composición sobre la roca de esmeralda* del maestro chino Bi-Yän-Lu.

Conoces desde hace mucho tiempo mi afecto por los chinos. Este afecto no tiene nada que ver con el budismo ni con el Zen, lo ha inspirado siempre la antigua y magnífica china de los clásicos, que aún no conocía a Buda. El

antiguo cancionero, el *I Ching*, los escritos de Kung Fu-Dsi y Lao-Dsi hasta Chuang-Dsi y los que tratan de ellos se cuentan, del mismo modo que Homero, Platón y Aristóteles, entre mis educadores; todos ellos me han ayudado a formarme a mí mismo y a formar mi idea acerca del hombre bueno, sabio y perfecto. La palabra y el concepto de Tao han sido y son para mí más valiosas que el *nirvana*, y lo mismo me ocurre con la pintura china: la tradicional, cuidada, parecida a la caligrafía me gusta más que el arte más poderoso, apasionado y de apariencia más genial de muchos pintores Zen. Muchas veces

me ha parecido singular y también un poco desconcertante que un viajero que visite Oriente y convencido de la verdad de la sentencia «*ex Oriente lux*», llegara a la conclusión de que China heredó su más elevada riqueza espiritual de la India de Occidente. Ahora bien, todo esto son caprichos insignificantes que no deben tomarse más en serio que aquellos deseos pasajeros de un alto en la historia que de vez en cuando nos permitimos en nuestros ensueños, algo así como el deseo de que a Ghirlandaio, Piero della Francesca y Lippi no hubiera seguido un Miguel Angel, ni a Beethoven un Wagner, o que la religión

de Occidente se hubiese detenido en el estado del cristianismo primitivo.

China tampoco se detuvo en la época de los antiguos emperadores, con Kung Fu o Lau Dan; al parecer, algunos siglos después de su primera y hermosa floración necesitó nuevamente una luz. Y la luz, tanto si nos gusta como si no, no vino con la mañana, sino con el patriarca «del lejano Occidente»; la doctrina de Buda llegó de la India, y al principio cautivó a sus discípulos con dogmática hindú, especulación hindú y escolástica hindú. Toda la enorme literatura de las escuelas budistas fue traducida y comentada, en los

monasterios surgieron gigantescas bibliotecas, la luz de Occidente sobrepasó en fulgor a todas las antiguas estrellas locales. Así, durante mucho tiempo, el chino se convirtió, o pareció convertirse, en piadoso y asceta; el dragón estaba domesticado. Pero un día, todo cuanto absorbiera de extranjero y prodigioso se transformó, el dragón se despertó y comenzó el viejo y despiadado juego entre vencedor y vencido, entre padre e hijo, entre el Oeste docente y especulador y el Este arrollador y sereno. El espíritu de Buda adquirió un rostro nuevo, un rostro chino. Así veo yo, completamente como

profano, la prehistoria del Zen.

Sin embargo, creo que te será más útil que te comunique un par de impresiones muy personales que se han grabado en mi mente con especial tenacidad después de estudiar la «composición» de Bi-Yän-Lu. Ignoro si debo recomendarte que te entregues tú también a esta lectura. El libro rebosa de encanto y a la vez de emoción, pero su esencia se oculta tras unas cáscaras muy gruesas y duras, y para un hombre como tú, que ve ante sí sus metas con mucha claridad, la vida es demasiado corta para dedicar días y semanas a descifrar tales jeroglíficos. Para mí es

diferente, yo no estoy concentrado aún con tanta exactitud en tareas determinadas y puedo vagar con apetito de estudioso y conciencia limpia por las ilimitadas praderas de la historia del espíritu humano.

Como ya sabes, el núcleo de la famosa composición consiste en breves anécdotas (en el libro se llaman «ejemplos») que relatan en parte sentencias y en parte actos y prácticas pedagógicos de conocidos maestros del Zen de la antigüedad. Las sentencias — como lo fueron también para los chinos de siglo XI—, su sentido es más o menos descifrable con ayuda de los

comentarios que las acompañan. Te daré dos ejemplos elegidos al azar:

Tsui-yän, al término de los ejercicios estivales aleccionó a sus oyentes con las siguientes palabras:

«Durante todo el verano, hermanos míos, os he hablado con amor una y otra vez. ¡Mirad si Tsui-yän aún conserva sus cejas!».

Bau-fu dijo: «Los hombres que se dedican al robo tienen el corazón vacío».

Tchang-tjing dijo: «¡Ya son maduros!».

Yün-men dijo: «¡Cierra!».

O éste:

Un monje preguntó a Hsiang-lin: «¿Cuál es el sentido de que el Patriarca llegase desde el remoto Oeste?». Hsiang-lin contestó: «Le cansó estar tanto tiempo sentado».

Como ves, se trata de algo parecido a una tabla de multiplicar de brujas. Detrás de todo ello se intuyen alusiones, significados e incluso conjuros, parecen fórmulas mágicas, pero no lo son, sino indicaciones de metas muy precisas, sólo que es necesario poseer la clave y para encontrarla no nos bastan los circunloquios y explicaciones de la

Composición; para ello necesitamos un guía instruido en sinología y budismo.

Y, no obstante, algunas de las palabras de los maestros son sencillas y fáciles de comprender. Una de ellas, la primera del libro, me ha sobrecogido como una revelación; no creo que pueda olvidarla. Un emperador se encuentra con el antiguo patriarca Bodhidharma. Con la presunción e ignorancia del profano y hombre de mundo, le pregunta: «¿Cuál es el sentido más alto de la verdad sagrada?». El patriarca contesta: «La extensión abierta, nada sagrado». La sobria grandeza de esta contestación, Carlo me acarició como un aliento del

espacio, sentí un embeleso y al mismo tiempo un pavor como en esos raros momentos de inmediata cognición o experiencia, que yo llamo «estar despierto» y sobre los cuales hablamos una vez con extraordinaria gravedad. La consecución de este despertar, este estado de identificación con el Todo, que no es cavilación, sino una realidad vivida con alma y cuerpo, esta fusión con la unidad es la meta a la que aspiran todos los discípulos del Zen.

Los caminos que conducen a esta meta son tantos como hombres hay en el mundo, y hay tantos guías como maestros del Zen. Puede decirse, de discípulos y

maestros, que existen entre ellos todos los tipos y clases de hombres chinos. En las anécdotas, los tipos de discípulo no están dibujados con tanta precisión como los caracteres de los maestros, y peso a ello tengo la impresión de que el gran conjunto, al igual que nuestros cuentos, consigue dar más relieve a los modestos y sencillos que a los brillantes y polifacéticos. Pero entre los maestros los hay severos y los hay plácidos; elocuentes, y silenciosos; humildes, y activos, y también coléricos, belicosos y hasta violentos. No he encontrado una sentencia tan magnífica como aquélla de la «extensión abierta», pero sí gran

número de incitaciones sin palabras, incitaciones por medio de una bofetada, un bastonazo, un golpe con el látigo de yak o una vela encendida y apagada inmediatamente de un soplo. Hubo además un maestro, uno de los silenciosos que a preguntas de tus discípulos no respondía con palabras, sino con el índice, que sabía levantar de modo tan expresivo que los discípulos, entrenados y maduros para comprenderlo, a la vista del dedo conocían lo inexpresable. Hay historias que al ser leídas por primera vez se resisten a comunicar algo; suenan como una charla o disputa en el lenguaje de

algún hombre o animal totalmente desconocido, y al leerlas otra vez con más detenimiento se abren de repente puertas y ventanas hacia todos los puntos cardinales.

Como ya te he hablado de mi «despertar» personal, mucho antes de que los dos oyéramos mencionar el Zen, tengo que comunicarte algo más que atrae mi atención y me da que pensar acerca de los iluminados del budismo chino. Yo ya conozco la experiencia, pues he sentido varias veces «el relámpago de la revelación». No era algo desconocido entre nosotros: todos los místicos y muchos de sus discípulos,

grandes y pequeños, lo han vivido; acuérdate de la primera revelación de Jakob Böhmes. Pero en estos chinos el despertar parece prolongarse durante toda la vida, por lo menos en los maestros, que convierten el relámpago en sol y retienen para siempre el instante. Aquí mi comprensión me falla, pues no soy capaz de imaginarme un estado de iluminación eterna, un éxtasis transformado en forma de vida duradera. Probablemente me introduzco en el mundo del Este con una actitud demasiado occidental. Sólo puedo imaginarme que quien ha despertado una vez puede repetir la experiencia con

mayor facilidad que otros hombres y repetirla dos, tres, diez veces, y que, naturalmente, vuelve a sumirse en el sueño y la inconsciencia, pero nunca con tanta profundidad que no pueda despertarle la luz de un siguiente relámpago.

Para terminar quiero contarte otra notable y aleccionadora historia de Bi-Yän-Lu. En el siglo X vivió un maestro llamado Yün-men, acerca del cual se relatan muchas cosas asombrosas. Su residencia era la «Montaña del portal de nubes», en el sur de China, en la provincia de Kwang-tung. Una vez llegó allí desde muy lejos un peregrino, un

hombre sencillo llamado Yüan. Hacía mucho tiempo que estaba de camino, y había recorrido media China y visitado muchos monasterios cuando llegó a la «Montaña del portal de nubes». Yün-men le acogió en su casa y le puso como fámulo a su servicio personal. Al parecer, el gran conocedor de hombres intuyó que el joven peregrino poseía valiosas fuerzas ocultas que el propio Bi-Yän-Lu ni siquiera sospechaba; porque tuvo una paciencia infinita con su torpeza en comprender las cosas. Ahora te oigo preguntar: «¿Cuánto duró su paciencia?». Yo te contesto: «Dieciocho años». Día tras día le llamaba una o más

veces: «¡Sirviente Yüan!». Cada vez Yüan contestaba con humildad y sumisión: «Sí». Y el maestro le interrogaba cada vez: «Sí, dices tú. Pero ¿qué quieres significar con ello?». Inquieto y preocupado, el sirviente intentaba en cada ocasión explicarse y hablar con franqueza, pues con el tiempo llegó a advertir instintivamente que en la llamada y la brusca crítica a su respuesta había algún significado. Se esforzaba por justificar su «sí», a menudo con gran ansiedad; seguramente cavilaba durante toda la víspera sobre la respuesta que daría al maestro a la mañana siguiente. La pregunta de su amo

acerca del significado de su «sí» fue una
nuez que Yüan tuvo que cascar durante
días, semanas y años: dieciocho años.
Un día, en apariencia igual que todos, el
fámulo volvió a oír a su maestro
llamándole por su nombre, pero esta vez
el «Yüan» sonó de modo muy distinto.
¡Era su nombre, era él, mismo, sólo él, a
quien hablaban, mandaban, preferían,
llamaban! Le sonó como un relámpago
bajara del cielo, como un trueno que
retumbase desde otro mundo: «¡Yüan!».
El hechizo estaba roto, el velo, rasgado,
Yüan podía ver y oír, contemplar el
mundo en su verdadera forma y a sí
mismo en él; y la luz se hizo para él.

Esta vez no contestó «sí». Balbuceó quedamente: «He comprendido».

Es una historia maravillosa. Pero aún no ha terminado. El sirviente Yüan no sólo había sido llamado para la revelación, que acaso tuviese que esperar durante mucho tiempo. Estaba destinado a algo más, y parece ser que él lo intuyó y todavía lo intuyó mejor el maestro Yün-men, porque le retuvo tres años más en su compañía y le vigiló de manera especial. Entonces el antiguo sirviente, apto ya para ser maestro, se marchó, peregrinó a través de media China de regreso a su patria, asumió la dirección de un monasterio y trabajó en

él bajo el nombre de Hsiang-lin durante cuarenta años. Muchos le consideraron el más grande de los discípulos de Yün-men. A los ochenta años o más, al presentir próximo su fin, se puso en camino para visitar al príncipe Sung, prefecto del distrito, que era admirador suyo y protector del monasterio, con objeto de darle las gracias y despedirse de él, pues, según dijo, había decidido reanudar su peregrinaje. Uno de los funcionarios del príncipe se burló de él, diciendo que el gran monje se había vuelto senil; ¿cómo podía un hombre frágil y tan anciano peregrinar de un lado a otro? Pero el príncipe defendió al

maestro, no le juzgó, se despidió cortésmente de él y le acompañó hasta la puerta. El anciano regresó al monasterio, mandó llamar a todos sus monjes, tomó asiento y dijo a la silenciosa asamblea: «Este anciano monje... se dobla como una hoja después de cuarenta años». Y en seguida, plácidamente y sin dolor, inició su tránsito hacia la transformación.

Addio, Carlo.

Tuyo, J. K.

(1960)

3

Dos poemas

EL DEDO LEVANTADO

El maestro
Djü-dchi, según nos
relatan.

Era callado,
dulce y tan modesto.

Que renunció a
palabras y
enseñanza.

Pues la palabra
es ficticia, y el
maestro.

Quería evitar la
ficción a toda costa.

Muchos monjes,
novicios y
discípulos.

Solían hablar
con ingenio y
elocuencia.

Del bien
supremo y el
sentido del mundo.

Mientras él
estaba en guardia

silenciosa.

Vigilante de
cualquier exceso.

Cuando tanto
los fatuos como los
graves.

Le preguntaban
sobre el sentido.

De las
Escrituras, del
nombre de Buda.

De la
revelación, del
comienzo del
mundo.

Y de su fin, él

permanecía callado.

Señalando hacia
arriba con un dedo.

Y la seña de
este dedo
silencioso.

Era más íntima
y clara cada día:

Hablaba,
elogiaba, instruía y
daba.

Tan clara
imagen del mundo y
la verdad.

Que los
discípulos, al verlo

en alto.

Comprendían,
temblaban y
despertaban.

JOVEN NOVICIO
EN EL MONASTERIO
ZEN

Aunque todo sea
engaño e ilusión.

Y nombrar a la
verdad sea
imposible.

La montaña me
mira con tesón.

Dentellada y
siempre
reconocible.

Rosa encendida,
cuervo y venado.

Polícromo
mundo y azul del
mar:

Concéntrate, y
se habrán
desintegrado.

Sin nombre ni
estructura que
ostentar.

Concéntrate y

mira en tu interior,

¡Aprende a
mirar, aprende a
leer!

Concéntrate, y
el mundo será
fulgor.

Concéntrate, y
el fulgor se hará
Ser.

UNA MIRADA AL LEJANO ORIENTE

Cuando estuve en la India hace

cincuenta años, el hombre blanco aún era en todo el Oriente el señor de los «indígenas» u «hombres de color». Entre los colonizadores y comerciantes europeos había muchos que se interesaban un poco por la arquitectura india o china, por el arte malayo del batik y por las lenguas, religiones y antiguas costumbres de aquéllos coleccionaban porcelana china o figuras javanesas de Wayang, y admiraban las bellezas naturales de aquellos lejanos países; también había entre los funcionarios coloniales de Java y Sumatra algunos antiguos fanáticos de Multatuli. Pero tampoco a ellos les fue

posible salvar las barreras que, como blancos y señores, les separaban de los indígenas. Un pequeño incidente ocurrido en la época de mi visita a Sumatra ha quedado grabado en mi mente.

Pasamos un par de días en el bungalow de una sociedad mercantil, situado en la parte alta del bosque de Batang Hari. En el bungalow vivíamos los señores, cuatro europeos. En diseminadas chozas de juncos vivían los trabajadores forestales malayos, a los cuales se añadió nuestro cocinero chino. Una tarde apareció en nuestra casa el capataz de los trabajadores, un malayo

de aspecto bello y triste de quien me hablan contado que era de estirpe noble, hijo de un caudillo. Me saludó con la frase de costumbre: «Tabeh tuan». (Te saludo, señor), a lo cual yo contesté con otro cortés «Tabeh tuan». Más tarde, cuando el capataz ya se había ido, el director de la firma me habló en privado para advertirme en tono de reproche que nunca debía llamar *tuan* (señor) a un malayo.

Los dos pueblos «de color» de los que más he aprendido y por los que siento el mayor respeto son los hindúes y los chinos. Ambos han desarrollado una cultura espiritual y artística que es

superior a la nuestra en antigüedad e igual a ella en contenido y belleza.

La época de máxima floración del pensamiento hindú corresponde a la de la europea aproximadamente a los siglos entre Homero y Sócrates. Entonces, tanto en la India como en Grecia se alcanzaron las más altas cumbres del pensamiento sobre el mundo y el hombre y se desarrollaron magníficos sistemas de criterio y de credo que después no han sido fundamentalmente enriquecidos. Ello, por otra parte, no era necesario, pues aún hoy continúan en pleno vigor y ayudan a muchos millones de hombres a enfrentarse con la vida.

Junto a la elevada filosofía de la antigua India —que en la osadía de su especulación y la sutileza de su lógica no es superada por ninguna filosofía occidental— existe una variadísima mitología, rica en profundidad y humor, un mundo popular de dioses y demonios, una cosmología de la más extraordinaria fuerza plástica, que subsiste con plena exuberancia de su poesía y estructura en la creencia popular. Pero de este mundo multicolor y tropical ha surgido también la venerable figura de Buda, tan grande por su doctrina de renunciación, y hoy día el budismo, tanto en su forma hindú original como en la forma posterior

chino-japonesa del Zen, es considerado una religión de la más elevada moral y enorme fuerza de atracción no sólo en su patria asiática, sino en todo Occidente, América incluida. Desde hace doscientos años, el pensamiento occidental se halla bajo la influencia del espíritu hindú, que ha cautivado también a través de Schopenhauer a una élite de la intelectualidad alemana.

Mientras que el espíritu hindú es de carácter primordialmente espiritual y piadoso, el pensamiento chino va dirigido ante todo a la vida práctica, el Estado y la familia. El principal deseo de la mayoría de sabios chinos —como

fue también el deseo de Hesíodo y Platón— consiste en ejercer una dirección buena y eficaz para el bien de todos. Las virtudes del autodomínio, la cortesía, la paciencia y la serenidad son valoradas del mismo modo que en la Stoa occidental. Pero también hay pensadores metafísicos y elementales, ante todo Lao-Tsé y su poético discípulo Chuang-Tsé, y después de la introducción de la doctrina de Buda, China desarrolló de modo paulatino una forma altamente original y extremadamente activa del budismo, el Zen, que al igual que la forma hindú de la doctrina ejerce una sensible

influencia en el Occidente actual. El hecho de que junto a la espiritualidad china existe un arte no menos elevado y de similar evolución es conocido por todos.

La actual situación del mundo ha originado un cambio total de superficie. Apenas liberada de sus amos blancos, Asia se ve invadida por fuerzas muy dispares. Los chinos, que en un tiempo fueron el pueblo más pacífico y más contrario a la guerra y a las actividades militares, se han convertido en la nación más temida y despiadada. Han atacado y conquistado salvajemente el sagrado Tíbet, que con la India es el más

piadoso de todos los pueblos, y amenazan de modo continuado a la India y países limítrofes. Sólo podemos constatarlo. Si comparamos la Francia o la Inglaterra política del siglo XVII con la actual, veremos que el aspecto político de una nación puede sufrir un cambio considerable en el transcurso de pocos siglos, sin que ello signifique un cambio en el carácter fundamental del pueblo. Hemos de desear que también el pueblo chino conserve a través de los años, y pese a este lamentable paréntesis, sus admirables características y facultades.

(1960)

II

MI CREDO

No sólo he hecho ocasionalmente profesión de fe en algún artículo, sino que una vez incluso intenté, hace más de diez años, exponer mi credo en un libro. El libro se llama *Siddharta*, y su contenido ha sido examinado y discutido repetidamente por estudiantes hindúes y sacerdotes japoneses, pero así por sus colegas cristianos.

El hecho de que mi credo reciba en este libro un nombre hindú y un rostro igualmente hindú no se debe a la

casualidad. He vivido la religión en dos formas, como hijo y nieto de protestantes piadosos y como lector de revelaciones hindúes, entre las cuales coloco los *Upanishads*, el *Bhagavad Gita* y las pláticas de Buda. Y tampoco fue casualidad que yo, educado en un ambiente de auténtico cristianismo, experimentara los primeros indicios de religiosidad en forma hindú. Mis padres, así como mi abuelo, estuvieron toda su vida al servicio de la misión cristiana en la India, y aunque uno de mis primos y yo fuimos los primeros en comprender que no existe una categoría de religiones, mis padres y mi abuelo

sentían, además de conocer bastante a fondo las formas hindúes de la fe, una simpatía confesada, solo a medias hacia todas ellas. Ya desde niño respiré y viví a la vez el hinduismo espiritual y el cristianismo.

Sin embargo, el cristianismo que aprendí fue una forma rígida, débil, pasajera y en contraposición con mi vida, que hoy está anticuada y casi ha desaparecido. Lo conocí como un protestantismo teñido de devoción, y la experiencia fue profunda y fuerte; porque la vida de mis padres y abuelos había sido determinada por el reino de Dios y estaba a su servicio. El hecho de

que los hombres consideren la vida como un don de Dios e intenten vivirla, no con egoísmo, sino como un sacrificio ante el altar divino, esta gran experiencia de mi niñez ha influenciado poderosamente mi vida. Jamás he tomado muy en serio al «mundo» y sus habitantes, y lo hago cada vez menos a medida que pasan los años. Pero por grande y noble que fuese este cristianismo de mis padres como vida cotidiana, como servicio y sacrificio, como comunidad y misión, las formas confesionales y en parte sectarias en lo que lo conocimos los niños me resultaron muy pronto sospechosas y

casi insoportables. Se recitaban y cantaban muchos versos y sentencias que ya ofendían al poeta que había en mí, y no se me ocultó, cuando hube pasado la primera infancia, que los hombre como mi padre y mi abuelo sufrían y se lamentaban de que no tuviéramos, como los católicos, una confesión y un dogma establecidos, un ritual auténtico y una verdadera Iglesia.

Que la llamada Iglesia «protestante» no existía, sino que estaba dividida en una multitud de pequeñas iglesias rurales, que la historia de estas iglesias y de sus dirigentes, los príncipes protestantes, no era en nada más que la

de las vituperadas iglesias papistas, que todo el verdadero cristianismo, casi toda la verdadera entrega al reino de Dios no tenía lugar en estas aburridas iglesias de barrio, sino en conventículos de forma aún más dudosa y transitoria, todo esto me resultó evidente en los umbrales de mi juventud, aunque en la casa paterna se hablaba de la Iglesia y de sus formas con mucho respeto (un respeto que no me parecía muy auténtico y del que pronto recelé). De hecho, durante el transcurso de mi juventud cristiana no recibí de la Iglesia ninguna experiencia religiosa. Las oraciones y preces de la casa paterna, la conducta de

mis padres, su digna pobreza, su largueza para con los pobres, sus fraternas relaciones con los demás cristianos, su preocupación por los paganos, el entusiasmado heroísmo de su vida cristiana se alimentaba de la lectura de la Biblia, pero no de la Iglesia, y ni los oficios dominicales, ni las pláticas que precedieron a la confirmación, ni la enseñanza de la doctrina me comunicaron nada trascendente.

En cambio, comparado con este cristianismo reducido, con estos versos dulzones, con estos pastores y predicadores tediosos en su mayoría, el

mundo de la religión y la poesía hindúes era infinitamente más atractivo. Aquí no me acosaba ninguna proximidad, no había púlpitos sombríos no piadosas lecturas de la Biblia; mi fantasía podía correr libremente, recibí sin el menor esfuerzo los primeros mensajes llegados del mundo hindú, y su influencia se ha prolongado durante toda mi vida.

Más tarde, mi religión personal ha cambiado a menudo sus formas, nunca de modo repentino, en el sentido de una conversión, pero siempre paulatinamente en el sentido de crecimiento y desarrollo. El hecho de que mi *Siddharta* no coloque en primer

lugar al conocimiento, sino al amor, que rechace el dogma y sitúe la experiencia de la unidad en el centro, puede parecer una vuelta al cristianismo, e incluso una verdadera tendencia protestante.

Después del mundo espiritual hindú conocí el chino, y hubo nuevos procesos de desarrollo; el clásico concepto chino de la virtud, que me presentó como hermanos a Kung Fu-Tsé y Sócrates, y la oculta sabiduría de Lao-Tsé con su dinámica mística me cautivaron poderosamente. Después fui sometido a una nueva oleada de influencia cristiana a través de mi amistad con algunos católicos de gran categoría espiritual,

como mi amigo Hugo Ball, cuya inflexible crítica de la Reforma pude comprender sin convertirme por ello al catolicismo. Observé entonces un poco la conducta y la política de los católicos, y vi como un carácter puro y grande como el de Hugo Ball era utilizado por su Iglesia y sus representantes espirituales y políticos con fines propagandísticos, o bien simplemente criticado si la coyuntura así lo exigía. Era evidente que tampoco esta Iglesia ofrecía un lugar ideal a la religión, era evidente que también en ella predominaba la ambición, la vanidad, las divergencias y la lucha por

el poder, y que la vida cristiana, se practicaba de manera clandestina.

Por consiguiente, el cristianismo no ocupa el primer lugar en mi vida religiosa, aunque sí un lugar principal, pero es un cristianismo más místico que eclesial, y convive con algún conflicto pero sin guerra con una creencia de matiz más indo-asiático cuyo único dogma es la idea de la unidad. Nunca he vivido sin religión, y no podría vivir sin ella un solo día, pero he podido pasar toda la vida sin ninguna Iglesia. Las Iglesias separadas confesional y políticamente me han parecido siempre, y sobre todo durante la guerra mundial,

caricaturas del nacionalismo, y la incapacidad del protestantismo de aceptar una unidad ultraconfesional se me ha antojado siempre un símbolo acusador de la incapacidad alemana de concebir la unidad. En años pasados experimenté, al asaltarme estos pensamientos, cierto respeto y cierta envidia hacia la Iglesia católica romana, y mi nostalgia protestante de una forma establecida, una tradición y un aspecto visible del espíritu me ayuda aún hoy a seguir respetando esta gran imagen cultural de Occidente. Pero esta admirable Iglesia católica sólo me parece digna de veneración cuando la

veo a distancia, pues en cuanto me
aproximo huele, como toda
configuración humana, a sangre,
violencia, política y vulgaridad. Con
todo, envidio a los católicos la
posibilidad de elevar sus preces ante un
altar, y no en un aposento generalmente
demasiado reducido, y poder descargar
su alma en la intimidad de un
confesionario, en lugar de desnudarle
siempre ante la ironía de la solitaria
autocrítica.

(1931)

UN POCO DE TEOLOGÍA

Recogidas de pensamientos y notas de años precedentes, transcribo hoy algunas frases en que expongo dos de mis conceptos preferidos: el concepto de los tres grados de desarrollo del hombre conocidos por mí y el concepto de dos tipos humanos fundamentales. El primero de ellos es importante, mejor dicho, sagrado para mí, y lo considero sencillamente la verdad. El segundo es puramente subjetivo y espero no tomarlo

más en serio de lo que merece, pero me sirve de mucho en la contemplación de la vida y de la historia. El camino del desarrollo humano comienza en la inocencia (paraíso, infancia, etapa previa de irresponsabilidad). Le sigue el estado de culpa, de conocimiento del bien y del mal, de las exigencias de la cultura, la moral, las religiones, los ideales del hombre, todos cuantos pasan por esta etapa como individuos serios y conscientes, desembocan inevitablemente en la desesperación, es decir, en el convencimiento de que no existe una realización de la virtud, una obediencia total, una sumisión completa,

y de que la justicia y la bondad son inalcanzables. Esta desesperación conduce, o bien a la perdición, o bien a un tercer reino del espíritu, a la experiencia de un estado más allá de la moral y de la ley, a la gracia y la liberación, a una especie más elevada de irresponsabilidad, o dicho en una palabra, a la fe. Cualquiera que sea la forma o expresión de esta fe, su contenido es siempre el mismo: que debemos perseguir el bien en la medida de nuestras fuerzas, pero que no somos responsables de la imperfección del mundo ni de la nuestra propia, que no nos gobernamos a nosotros mismos, sino

que somos gobernados, y que hay un Dios, o por lo menos «algo» por encima de nuestro conocimiento, a quien hemos de servir y en cuyas manos podemos abandonarnos.

Esto está expresado de modo europeo y casi cristiano. El brahmanismo hindú (que, si incluimos a su réplica, el budismo, es la teología más elevada que ha ideado la humanidad) tiene otras categorías cuyo significado es el mismo. En él los grados son más o menos éstos: el hombre ingenuo, dominado por el miedo y la concupiscencia, anhela la liberación. El medio y el camino para

alcanzarla es el yoga, la educación y el dominio de los instintos. Tanto si el yoga se practica como penitencia totalmente material y mecánico o como deporte primordialmente espiritual, siempre significa lo mismo: educación para el desprecio del mundo ficticio de los sentidos, y conocimiento del espíritu, el *atman* que vive en nuestro interior y forma parte del espíritu del mundo. El yoga corresponde exactamente a nuestro segundo grado, es un esfuerzo hacia la liberación por medio de los actos. El pueblo lo admira y lo tiene en demasía; el hombre ingenuo, cuando observa a los penitentes, tiende a ver en ellos a santos

y liberados. Pero el yoga es sólo una categoría y termina en la desesperación. La leyenda de Buda (y centenares de otras) la describen con imágenes muy claras. Solamente cuando el yoga se somete a la gracia, cuando se considera un medio, un ejercicio, un anhelo, cuando el hombre despierta de la vida ficticia y se reconoce como eterno e indestructible, como parte del gran espíritu, como *atman*, se habrá convertido en observador imparcial de la vida, podrá actuar o no actuar, intervenir o inhibirse, sin que en ningún caso se vea implicado su Yo. Su Yo se habrá desarrollado plenamente. Este

«despertar» de los santos (equivalente al *nirvana* de Buda) corresponde a nuestro tercer grado, que, también en otro simbolismo, encontramos en Lao-Tsé, cuyo «camino» es la senda hacia la justicia y después la ausencia de anhelos de la culpa y la moral y, finalmente el Tao, y, para mí, las experiencias espirituales tienen su origen en que, lentamente, y con años y decenio de intervalo, he encontrado el mismo significado de la existencia humana en hindúes, chinos y cristianos, expresado por doquier con símbolos análogos. Nada me ha confirmado con ante fuerza como estas experiencias el

hecho de que los hombres tienen un destino, de que la desgracia y el anhelo de la humanidad ha sido una misma en todos los tiempos y en cualquier lugar. Es indiferente que, como hacen muchos, consideremos la expresión religioso-filosófica de la vida y el pensamiento humano como los de una época anticuada y obsoleta. Lo que aquí llamo «teología» está, en mi opinión, limitado por el tiempo; es, sigo con mi opinión, el producto de una etapa de la humanidad que algún día será superada. También el arte y el lenguaje son tal vez medios de expresión únicamente válidos en determinadas etapas de la historia de

la humanidad, que igualmente pueden ser superados y sustituidos. Pero creo que en todas las etapas, nada será más importante y consolador para el hombre en su búsqueda de la verdad que la revelación de que los diversos colores, razas, lenguas y culturas se basan en una unidad, y que no existen hombres y espíritus diferentes, sino sólo Una Humanidad, sólo Un Espíritu.

Resumiendo una vez más: el camino conduce de la inocencia a la culpa, de la culpa a la desesperación y de la desesperación al fracaso o a la liberación: es decir, a través de la moral y la cultura, no nuevamente al paraíso

infantil, sino más allá, a la vida de la fe.

Naturalmente, después de cada etapa se puede producir un retroceso. Así como sería muy difícil, para un hombre que ya ha despertado, pasar de nuevo a la inocencia a través del reino donde existen el bien y el mal, así que aquél que ya conoce la experiencia de la gracia y de la liberación cae muy a menudo en el segundo grado y se ve sometido una vez más a sus leyes, al temor y a irrealizables exigencias.

Éstas son las etapas que conozco de la historia evolutiva del alma. Las conozco por propia experiencia y por el testimonio de muchas otras almas.

Siempre, en todas las épocas de la historia, en todas las religiones y formas de vida, hay las mismas experiencias típicas y siempre en el mismo orden: pérdida de la inocencia, esfuerzo por alcanzar la justicia bajo la ley, desesperación correspondiente en una vana lucha para vencer la culpa por medio de obras o a través del conocimiento, y, finalmente, huida del infierno y entrada en un mundo transformado y una nueva clase de inocencia. La humanidad se ha representado centenares de veces esta evolución con ayuda de grandiosos símbolos: el que nosotros es el mejor

camino desde el Adán paradisiaco hasta el cristiano redimido.

Muchos de estos símbolos nos muestran otros grados más elevados de la evolución: a Mahatma, a Dios, la pureza absoluta del espíritu, libre de toda materia y de todo tormento. Todas las religiones conocen estos ideales, y también a mí se me ha revelado a menudo el que considero mejor que los demás: la perfección, la inmortalidad, sin dolor y sin mácula. Ignoro totalmente si este ideal es algo más que un hermoso sueño, si ha sido alguna vez experiencia y realidad, si realmente ha habido un hombre que se haya convertido en Dios.

Pero conozco estos grados principales de la historia del alma, como los conoces todos cuantos han pasado por ellos; son realidades. Aunque los otros grados más elevados de la evolución no existiesen, serían bienvenidos como sueños, como ilusión, como poesía, como la meta ideal. Si alguna vez hubo hombres que los vivieron, fueron experiencias que dichos hombres mantuvieron en secreto y que por su esencia no pueden ser comunicadas ni comprendidas por quien no las ha vivido. En las leyendas de los santos de todas las religiones se encuentran alusiones a tales experiencias que

poseen un acento convincente. En las herejías de pequeños sectario y falsos profetas encontramos con mucha frecuencia señales de tales experiencias, pero todas llevan los signos de la alucinación o del fraude deliberado.

Por otra parte, esos últimos grados místicos, estas posibilidades de experiencia del alma no son, en absoluto, los únicos que escapan a la comprensión y a la comunicación directa. Los primeros pasos por el camino del alma tampoco pueden ser comprendidos ni comunicados a alguien que no los haya vivido en sí mismo. Quien vive todavía en la primera

inocencia nunca comprenderá las confesiones de los reinos de a culpa, de la desesperación y de la liberación, y le sonarán tan desprovistas de sentido como a un lector no iniciado las mitologías de los pueblos extranjeros. En cambio, cualquier persona reconoce inmediatamente las experiencias psíquicas que ella misma ha tenido, cuando las encuentra en relatos ajenos—incluso cuando ha de traducir teologías diferentes y desconocidas—. Cualquier Cristo que realmente haya experimentado algo, reconoce las experiencias de Pablo, Pascal, Lutero o Ignacio. Y cualquier Cristo que se haya

acercado un poco más al centro de la fe y evolucionado así más allá de las meras experiencias «cristianas», encuentra en los fieles de otras religiones, aunque hablen con otros símbolos, todas las experiencias fundamentales del alma con todas sus características.

Relatar mis propias experiencias psíquicas comenzando con el cristianismo y desarrollando a partir de él, de modo sistemático, la historia de mi credo personal, sería una empresa imposible; todos mis libros son una tentativa de hacerlo. Entre sus lectores se encuentran muchos para quienes estos

libros tienen un sentido y un valor determinados: porque en ellos han visto confirmadas sus propias y más importantes experiencias, victorias y derrotas. No son muy numerosos, pero tampoco son numerosos los hombres que tienen experiencias psíquicas. La mayoría no llega nunca a la madurez, se queda en el estado primitivo, en la fase infantil de los conflictos y desarrollos; quizá la mayoría no llega ni a conocer el «segundo grado», y se detiene en el irresponsable mundo animal de sus instintos y sueños infantiles, y la saga de un estado más allá de su penumbra, de un bien y un mal, de una desesperación

por el bien y el mal, de una redención a la luz de la gracia, les parece risible.

Puede haber mil maneras de consumir la individualización y la historia psíquica del hombre, pero el camino de esta historia y su progresión son siempre los mismos. Observar cómo las más diversas clases de hombres viven, luchan y soportan este camino, es la pasión más absorbente de historiadores, psicólogos y poetas.

Por encima del intento de nuestra razón de comprender este variado libro de imágenes y clasificarlo sistemáticamente, está el antiquísimo intento de clasificar y ordenar a la

humanidad en distintos tipos.

Si también yo intento ahora a mi manera presentar dos tipos fundamentales de hombres y dos maneras fundamentalmente opuestas de recorrer el invariable camino de la humanidad, sé, mientras lo hago, que toda presentación de los llamados tipos fundamentales de hombres es únicamente un juego. No existe un número limitado o ilimitado de tipos establecidos en los cuales sea posible clasificar a los hombres; nada puede parecer más funesto al filósofo que la fe textual en cualquier doctrina tipo. Sin embargo, existe —y la mayoría de los

hombres se ejercitan en ella— la clasificación en tipos como juego, como intento de dominar nuestra masa de experiencias, como precario medio para ordenar nuestro mundo. Es probable que el niño pequeño divida ya en tipos a todas las personas que se mueven en su proximidad, cuyos modelos serán el padre, la madre, la niñera. Mis experiencias y lecturas me han ayudado a clasificar a los hombre en dos tipos principales que llamo los racionales y los piadosos. Sin más, mi clasificación del mundo se reduce a este mínimo esquema. Naturalmente, este sistema sólo puede ayudarme un breve instante;

después, el mundo vuelve a convertirse en un enigma insoluble. Hace mucho tiempo que he dejado de creer que poseemos un mayor conocimiento y una mayor visión del caos universal que esta aparente clasificación de un momento feliz, que esta pequeña felicidad asequible de vez en cuando; cambiar durante un segundo el caos por el cosmos.

Cuando en uno de estos momentos felices aplico mi esquema de «racionales o piadosos» a la historia del mundo, la humanidad consiste para mí en este momento sólo en estos dos tipos. Me hago la ilusión de saber a qué tipo

pertenece cada figura histórica, y también creo saber con exactitud a qué tipo pertenezco yo, y es al de los piadosos, no al de los racionales. Pero un momento después, cuando se ha desvanecido esta bella experiencia mental, mi magnífica clasificación del mundo se derrumba y se convierte en una confusión sin sentido, y lo que creía ver con tanta claridad, es decir, a cuál de mis dos tipos pertenecía Buda, o Pablo, o César, o Lenin, he dejado repentinamente de verlo; y por desgracia tampoco veo a qué tipo pertenezco yo. Hace un instante sabía con exactitud que soy un piadoso, y ahora descubro en mí

una por una las características de los racionales, y con especial claridad las características menos atrayentes.

Lo mismo ocurre con todo el saber. El saber es acción. El saber es experiencia. No espera. Su duración es un instante. Ahora intentaré, renunciando a toda sistemática, esbozar los dos tipos que me dan el esquema para mis juegos mentales.

El racional cree ante todo en la razón humana. No sólo la considera un hermoso regalo, sino sencillamente lo más alto.

El racional se cree en posesión del «sentido» del mundo y de su vida.

Transmite, al mundo y a la historia, la apariencia de orden y finalidad que tiene una vida individual bien organizada. Por esto cree en el progreso. Ve que actualmente los hombres poseen mejores armas y viajan con mayor rapidez que antes, y no quiere ni puede ver que junto a estos progresos hay mil retrocesos. Cree que el hombre de hoy está más desarrollado y ocupa un lugar más alto que Confucio, Sócrates o Jesús, porque ha cultivado mejor ciertas cualidades técnicas.

El racional cree que la tierra ha sido entregada a los hombres para que la exploten. Su más temible enemigo es la

muerte, la idea de que su vida y su obra son pasajeras. Evita pensar en ella, y cuando no puede eludir la idea de la muerte, se refugia en la actividad y opone ante la muerte un esfuerzo redoblado en busca de bienes, conocimientos, leyes y dominio racional del mundo. Su fe imperecedera es la fe en todos los progresos; como miembro activo de la eterna cadena del progreso, se cree protegido de la desaparición total.

El racional siente en ocasiones odio y resentimiento hacia los piadosos, que no creen en su progreso y constituyen un obstáculo para la realización de sus

ideales. Recordemos el fanatismo de los revolucionarios, recordemos las expresiones de la más violenta impaciencia contra los heterodoxos, de todos los autores progresistas, socialistas y democráticos.

El racional parece estar en la vida práctica más seguro de sí mismo que el piadoso. En nombre de la diosa Razón, se siente justificado para organizar y dar órdenes, para violentar a su prójimo, a quien cree estar regalando un bien: higiene, moral, democracia, etc.

El racional aspira al poder, aunque sólo sea para instaurar el «bien». Su mayor peligro reside aquí, en la lucha

por el poder, en el abuso de este poder, en su voluntad de mando, en el terror. Trotski, para quien resulta insoportable ver golpear a un campesino, permite sin escrúpulos que en defensa de sus ideas centenares de miles de hombres sean asesinados.

El racional se aficiona fácilmente a los sistemas. Los racionales, puesto que buscan el poder y lo consiguen, no sólo pueden despreciar u odiar a los piadosos, sino que también pueden perseguirlos, procesarlos y matarlos. Su responsabilidad es esgrimir el poder y emplearlo «para el bien», y para este fin todos los medios, incluso los cañones,

les parecen justificados. De vez en cuando, el racional puede sentir desesperación, en el caso de que la naturaleza y lo que él llama «estupidez» sean demasiado fuertes. Entonces es cuando ha de perseguir, castigar, matar y, a veces, sufrir intensamente.

Sus mejores momentos son aquellos en que, pese a todas las oposiciones, siente en su interior la firmeza de su fe, precisamente porque la razón está unida al espíritu que creó el mundo y lo dirige.

El racional racionaliza el mundo y le impone la fuerza. Tiende siempre a una torva seriedad. Es un pedagogo.

El racional sospecha siempre de sus

instintos.

El racional se siente siempre inseguro frente a la naturaleza y el arte. Tan pronto los mira con desdén, como los sobreestima supersticiosamente. Es él quien paga millones por viejas obras de arte y hace construir reservas para pájaros, animales salvajes e indios.

La base de la fe y sentido de la vida de los piadosos es un profundo respeto. Este respeto se exterioriza entre otras en dos características principales: en un arraigado sentido de la naturaleza y en la fe en un orden universal por encima de la razón. El piadoso considera ciertamente que la razón es un hermoso

regalo, pero no ve en ella un medio suficiente para alcanzar el conocimiento ni siquiera el dominio del mundo.

El piadoso cree que el hombre es una parte de la tierra. El piadoso, cuando le asalta el miedo a la muerte y la caducidad, se refugia en la fe de que el Creador (o la naturaleza) cumple también sus fines con estos medios aterradores para nosotros, y no ve como virtud el olvido o la lucha por olvidar la idea de la muerte, sino en la respetuosa entrega a una voluntad más excelsa.

No cree en el progreso, porque su modelo no es la razón, sino la naturaleza, y en la naturaleza no ve

ningún progreso, sino solamente una vida intensa y una realización íntima de fuerza ilimitada y sin objetivo reconocible.

El piadoso cede ocasionalmente al odio y a la ira contra los racionales. La Biblia está llena de casos extremos de ira violenta contra los infieles y los ideales mundanos. Sin embargo, en raros momentos culminantes, el piadoso vive también aquella experiencia espiritual que le inspira la creencia de que incluso los fanatismos y los actos violentos de los racionales —todas las guerras, todas las persecuciones y servidumbres en nombre de elevados ideales— han de

servir en definitiva a los designios de Dios.

El piadoso no aspira al poder, le repugna obligar a los demás. No le gusta mandar. Ésta es su mayor virtud. Por este motivo, a menudo es algo tibio en el trabajo de cosas realmente dignas de esfuerzo; cede con facilidad al quietismo y a la contemplación. Muchas veces se contenta con mantener sus ideales, sin hacer nada para su realización. Puesto que Dios (o la naturaleza) es mucho más fuerte que nosotros, no le gusta intervenir.

El piadoso se aficiona fácilmente a las mitologías. Puede odiar o

despreciar, pero no persigue ni mata. Jamás será un Sócrates o un Jesús el perseguidor o el asesino; pero sí lo será siempre el que sufre. En cambio, el piadoso, a menudo con atolondramiento, carga con responsabilidades excesivas. No sólo es responsable de su tibieza en la realización de buenas ideas, sino que también se responsabiliza de su propia pérdida y de la culpa en que incurre su enemigo al asesinarle.

El piadoso mitifica el mundo y después no lo toma con suficiente seriedad. Siempre se inclina un poco hacia el juego. No educa a los niños, sino que los llama bienaventurados. El

piadoso tiende siempre a desconfiar de su juicio.

El piadoso se siente siempre seguro y a gusto ante la naturaleza y el arte, pero en cambio está inseguro ante la cultura y la sabiduría. Tan pronto las desprecia como tonterías, siendo injusto con ellas, como las sobreestima supersticiosamente. Un caso extremo de choque: cuando un piadoso es atrapado por la maquinaria racional —ya sea en un proceso o en una guerra en la que, contra su voluntad, por orden de los racionales, toma parte y encuentra la muerte— en un caso así, los culpables son siempre los dos bandos. El racional

es responsable de que existan las penas de muerte, las prisiones, las guerras, los cañones, pero el piadoso no ha hecho nada para que todo esto sea imposible. Los dos procesos de la historia del mundo en los cuales, con mayor claridad y simbolismo que nunca, un piadoso fue muerto por los racionales —los procesos de Sócrates y del Salvador— tienen momentos de un impresionante doble sentido. ¿No hubieran podido los atenienses, no hubiera podido Pilato encontrar con facilidad el ademán que, sin pérdida de su prestigio, salvase al acusado? Y si tanto Sócrates como Jesús no hubieran actuado con cierta crueldad

heroica, haciendo culpable al enemigo de su muerte y triunfando así sobre él, ¿no habrían evitado con muy poco esfuerzo la tragedia? Ciertamente. Pero las tragedias nunca pueden evitarse, porque no son accidentes, sino choques entre mundos opuestos.

En todos los párrafos anteriores en que opongo el «piadoso» al «racional», el lector debe tener siempre en cuenta el significado puramente psicológico de estas denominaciones. Naturalmente, muy a menudo los «piadosos» han empuñado la espada, y los «racionales» han derramado su sangre (como en la Inquisición). Pero es obvio que yo no

entiendo por piadosos a los sacerdotes, ni incluso entre los racionales a los que se complacen en pensar. Cuando un tribunal español de la Inquisición quemaba a un «hereje», el inquisidor, el organizador, el poderoso era el racional, y su víctima era el piadoso.

Por otra parte, y pese a ciertas licencias de mi esquema, estoy naturalmente muy lejos de negar la fuerza al piadoso y la genialidad al racional. En ambos lados florece el genio, el idealismo, el heroísmo, el sentido de sacrificio. Los «racionales», Hegel, Marx, Lenin (al final, incluso Trotski) son, en mi opinión, todos

genios. En cambio, un piadoso como Tolstoi hizo los mayores sacrificios para «realizarse».

En general, creo que es una característica del hombre genial representar un ejemplar especialmente logrado del tipo al que pertenece, pero teniendo al mismo tiempo una secreta inclinación hacia el polo opuesto, un tácito respeto por el tipo contrario. El hombre que solo calcula no es nunca genial, como tampoco lo es el hombre veleidoso en exceso. Muchos hombre de excepción parecen oscilar entre los dos tipos fundamentales y poseer facultades profundamente contradictorias, que no

se anulan, sino que se refuerzan mutuamente; a los numerosos ejemplos de esta clase pertenecen los matemáticos piadosos (Pascal).

Y así, cuando el genio piadoso y el racional se conocen bien el uno al otro, se aman secretamente y se complementan entre sí, la mayor experiencia espiritual de que somos capaces los hombres es siempre una reconciliación entre la razón y el respeto, un reconocimiento profundo de igualdad entre las grandes contradicciones.

Consideración final

Comparemos ahora, para terminar, los dos esquemas: el de los tres grados de desarrollo humano con el de los dos tipos fundamentales, y descubriremos que el significado de los tres grados es el mismo para ambos tipos, También veremos que los peligros y esperanzas de los dos tipos son también diferentes a este respecto. El estado de la infancia e inocencia natural es similar en ambos, pero ya el primer paso del desarrollo, la entrada en el reino del bien y del mal, no

tiene el mismo rostro para ambos tipos. El piadoso es más infantil, abandona el paraíso y vive el estado de culpa con menos impaciencia y más dificultad. Sin embargo, en la próxima etapa, en el camino de la culpa a la gracia, sus alas son más potentes. En general, piensa lo menos posible y se inhibe todo lo que puede del grado intermedio (llamado por Freud «el malestar de la civilización»). Gracias a su esencial aislamiento del reino del malestar y de la culpa, las circunstancias del paso al siguiente grado de la liberación le resultan más fáciles, y también le es más familiar y menos dificultoso el infantil

regreso al paraíso, al mundo sin responsabilidad donde no existe el bien ni el mal. Para el racional, por el contrario, el segundo grado, el grado de la culpa, de la cultura, de la actividad y la civilización, es verdaderamente su patria. No conserva por mucho tiempo los restos de su infancia, trabaja de buen grado, asume con gusto la responsabilidad, y no siente nostalgia por la infancia perdida ni anhela demasiado la liberación del bien y del mal, aunque esta experiencia también es, para él, deseable y asequible. Adquiere con más facilidad que el piadoso la convicción de que no tardará en realizar

las tareas impuestas por la moral y la cultura; pero le resulta más difícil que al piadoso llegar al estado intermedio de la desesperación, el fracaso de sus esfuerzos y la invalidación de su justicia. Por esto, cuando ha llegado la desesperación, le es tal vez menos fácil que al piadoso sucumbir a aquella tentación de huida hacia el mundo original de la irresponsabilidad.

En el grado de la inocencia, el piadoso y el racional luchan entre sí como niños de caracteres opuestos.

En el segundo grado, ya conscientes, los dos polos opuestos luchan entre sí con la violencia, la pasión y el

dramatismo de las acciones nacionales.

En el tercer grado, los adversarios empiezan a conocerse, ya no en su calidad de extraños, sino en su calidad complementaria. Empiezan a amarse y a necesitarse mutuamente. A partir de aquí, el camino conduce a posibilidades de la humanidad cuya realización aún no ha sido contemplada por ojos humanos.

(1932)

REFLEXIÓN

Divino y eterno es el espíritu.

Hacia él, del que somos obra e imagen.

Va nuestro camino; nuestro mayor anhelo es:

Ser como Él, caminar en su Luz.

Pero somos mortales, hechos de barro.

La inercia de una pesada carga nos abrumba.

Y aunque nos abriga, cálida y maternal, la naturaleza.

Nos amamanta la tierra, nos da
cuna y sepultura.

Y nos invita a permanecer entre sus
flores.

La naturaleza no nos da la paz.

Su hechizo maternal es atravesado.

Por la perentoria chispa del
espíritu inmortal.

Que, como un padre, convierte en
hombre al niño.

Anula la inocencia y nos despierta
a la lucha y a la consciencia.

Así, entre la madre y el padre.

Así, entre el cuerpo y el espíritu.

Vacila el hijo más frágil de la

creación.

El hombre de alma temblorosa,
capaz de sufrimiento.

Como ningún otro ser, y capaz de lo
más alto:

El amor que espera y confía.

Arduo es su camino, pecado y
muerte, su alimento.

A menudo se pierdo en la
oscuridad, a menudo.

Preferiría no haber sido creado.

Pero sobre él resplandece siempre
su misión.

Su destino: la lux, el espíritu.

Y sentimos: es él, el acosado por el
peligro.

A quien ama el Eterno con amor singular.

Por ello, para nosotros, hermanos pecadores.

Es posible el amor en toda desunión.

Y no es el juicio y el odio.

Sino el amor paciente.

La paciencia amante.

Lo que nos conduce hacia la sagrada meta.

*Fragmentos de cartas sobre el poema
«Reflexión»*

Ese poema no es una «inspiración» en el sentido de lo momentáneo e irracional, sino producto de una noche de insomnio, como la mayoría de mis poemas; es una tentativa muy sobria y rigurosa de expresar en palabras la parte de mi credo que considero totalmente mía. Naturalmente, el poema no contiene en absoluto todo mi credo (qué va un poco más allá de lo estrictamente religioso y cristiano), sino sólo sus cimientos espirituales —ante todo el reconocimiento de la primacía del espíritu— y para establecer una diferencia entre creador y criatura: El

«espíritu» de mi poema no es solamente divino; es Dios, y no en el sentido panteístico.

(diciembre de 1933)

Como es natural, usted puede interpretar como mejor quiera el poema *Reflexión*, pero me resulta incomprensible que lo interprete como un intento de privar al hombre de su responsabilidad. Es de suponer que por espíritu usted entiende algo así como inteligencia u otra cosa similar. Yo, es decir, mi poema califica al espíritu de «divino» y «eterno», o sea, el poema

entiende por espíritu lo que entienden desde hace tres mil años todas las filosofías espirituales: la sustancia divina. Es divina, pero no es Dios, aunque existen religiones que le dan este nombre. La creencia de que nuestro ser es trágico, pero sagrado, no exime a quien la sostiene de su responsabilidad. Tampoco puedo comprender por qué mi credo está en contradicción con *Crisis* u otros de mis escritos. Ningún hombre mantiene su credo de modo constante con toda la fuerza y pureza con que puede haberlo formulado en un momento feliz. Y la fe en el espíritu y la espiritualidad del hombre no excluyen el

dolor ni la desesperación de la vida corporal (de los que trata *Crisis*). Si los conceptos no sufrieran actualmente una confusión tan completa y esta confusión no obligase a la práctica a sacar conclusiones tan mortales y diabólicas, tal vez yo no hubiera sentido la necesidad de formular mi credo como lo hago en dicho poema.

(agosto de 1934)

Durante toda mi vida he buscado la religión apropiada para mí, pues aunque me he educado en un hogar auténticamente piadoso, no pude aceptar

el Dios y el credo que en él se me ofrecían. Esto ocurre a muchos jóvenes y les causa un trastorno más o menos importante según el grado de personalidad del que sean capaces. Mi camino fue buscar de manera totalmente individual, es decir, buscarme ante todo a mi mismo, y después, en la medida de mis fuerzas, formar mi personalidad. De esto trata lo que relato en *Demian*. Más tarde y durante muchos años, amé de manera especial los conceptos hindúes de Dios, y entonces, paulatinamente, fui conociendo los clásicos chinos, y ya había dejado atrás la juventud cuando empecé á profundizar de nuevo en la fe

en que había sido educado. En esta fase jugó un papel el cristianismo católico clásico, pero también me sentí impulsado a familiarizarme con las formas protestantes del cristianismo, y también aprendí muchas cosas buenas y provechosas de la literatura judía, en particular de los libros de Chassisim y de obras judías modernas como *El reino de Dios* de Buber. Jamás pertenezco a ninguna comunidad, Iglesia o secta, pero hoy me considero casi un cristiano. La confesión en que traté de exponer con la mayor exactitud posible los fundamentos de mi credo actual es el poema *Reflexión*.

(febrero de 1935)

En mi poema [*Reflexión*], escrito en diciembre de 1933, intenté, ante todo para mí mismo, esbozar con la mayor exactitud posible los fundamentos de mi credo. Al parecer, usted ha interpretado el poema menos textualmente de lo que yo habría deseado; por lo menos, califico de manera explícita al espíritu de «paternal», mientras que usted ha leído «maternal».

Supone usted correctamente que el poema se basa en un cambio, es decir, en una incipiente «reflexión» sobre mi origen, que es cristiano. Pero la

necesidad de formularla surgió de la actual discrepancia sobre el criterio «biocéntrico» o «logocéntrico» y yo quería pronunciarme claramente en favor del «logocéntrico».

Usted ve en mi tentativa un peligro y una intromisión del no cristiano en un terreno y una terminología que usted considera reservados a la teología y a la «Iglesia», y dentro de los cuales, según su carta, sólo es posible el cristianismo. Pues bien, mucho antes del cristianismo existía ya el reconocimiento del espíritu. Y la «Iglesia» de que usted habla me faltó ya en la niñez y hoy está menos a mi alcance que entonces. No estamos de

acuerdo en que exista una «Iglesia» fuera de la católica: no veo en ninguna parte a esta Iglesia ni la he encontrado nunca, mientras que sí he encontrado muchas formas de fe y de cristianismo en innumerables Iglesias nacionales, comunidades, etc. Si algún día llego a no poder vivir sin una Iglesia, me confiaré a la única que puedo reconocer y respetar, la romana. Pero, de momento, pese a mi lento regreso a la atmósfera cristiana de mi juventud, esto me parece muy improbable: en esto también yo soy totalmente protestante, pues tal conversión, a pesar de los muchos atractivos que pueda ofrecer, me parece

en el fondo una debilidad.

El hecho de que exista, como supone su carta, una Iglesia protestante y una teología común y autorizada del protestantismo, me era desconocido hasta ahora. Desde niño he conocido reformados, calvinistas, luteranos; la Iglesia de Wurttemberg, en la que fui confirmado, era una mezcla de luteranismo y Reforma; he tenido además contacto tanto espiritual como personal con círculos pietistas y moravos, y en ninguna parte encontré una Iglesia que prometiese seriamente dar asilo y un dogma a todo el protestantismo. Esta Iglesia puede

existir como ideal, como algo parecido a la que existe en las viejas historias de herejes de Arnold. Pero nunca he encontrado esa Iglesia y esa teología de las que usted habla como de una realidad.

Debo abstenerme de ampliar sin meditación la confesión de mi poema, y detenerme en mi camino, que tal vez haga de mí un cristiano completo.

(marzo de 1935)

Respetado señor vicario:

Dicho con franqueza, responder a su inquisitoria y autoritaria pregunta me

resulta muy difícil. Usted ha visto a un autor que hasta ahora tenía por no cristiano, pero al que estimaba, acercarse a las esferas cristianas, y en seguida concibe ideas de funcionario eclesiástico y teólogo, y me indica que no existe un cristianismo privado fuera del «seno de la Iglesia». Esto me parecería muy comprensible si usted fuera representante de una Iglesia realmente autoritativa, es decir, la romana. Pero como no es éste el caso, debo decir que su intervención me parece doblemente penosa. En primer lugar, me parece extraño que un teólogo, al ver a un hombre de mundo tocado por

el espíritu del cristianismo, le diga inmediatamente en tono imperioso que formule su fe con exactitud y precisión y se someta al control sacerdotal —esta intromisión en un proceso espiritual incipiente me parece lo mismo que triturar el tierno brote de una planta con el tacón de la bota—. Segundo: usted se presenta en nombre de una «Iglesia» sin la cual no existiría el cristianismo. Y yo le pregunto: ¿De qué Iglesia se trata? ¿De la prusiana? ¿De la luterana? ¿Del «protestantismo ortodoxo»? Por cuanto sé, esta Iglesia sólo existe de modo extraoficial, carece totalmente de constitución y dogma y es, por lo tanto,

la última que puede inmiscuirse con autoridad en cuestiones de fe.

En resumen, su carta me indica que usted obra con buena intención, pero se entremete en cosas que yo prefiero confiar a Dios, un juez más benigno y por quien siento un mayor respeto. Ignoro además a qué se refiere usted al hablar de mi «origen espiritual». Al parecer se trata de mi gran inclinación anterior hacia la espiritualidad hindú. Pues bien, este «origen» corresponde a otra persona, es decir, a una infancia y juventud entre una piadosa familia cristiana, cuyo cristianismo pietista-protestante provocó mi antagonismo,

pero también me ayudó a formarme. Entonces llegaron los años en que la India fue mi paisaje espiritual. A esta India, cuyo punto culminante fue para mí el espíritu de los Upanishads, siguió el conocimiento gradual de China. Y en los últimos años ha vuelto a atraerme el espíritu de mis padres y abuelos; empezó a ser importante para mí la pregunta de por qué no pudo cautivarme la profunda y conmovedora piedad de mis padres. A tientas, palabra por palabra, intenté trazar el esbozo de mi credo actual precisamente en el poema que usted ha criticado. En él calificué al espíritu de paternal. Pero usted opina

que para mí debería ser maternal, y yo sólo puedo responderle que hasta ahora no he llegado más allá de esta poesía en la formulación de un credo, y que pese a su requisitoria en nombre de la teología y de la Iglesia, sólo puedo confiarme a fuerzas que me inspiran confianza. No tengo confianza en su «Iglesia», aunque sí la tengo en muchos de sus representantes: respeto grandemente a figuras como J. A. Bengel, Oetinger y otros.

Hasta ahora sólo he intentado una vez, precisamente en ese poema, exteriorizar algo de lo que podría llamarse una vuelta a la fe de mis

padres. Lo he hecho porque, en medio de la lucha actual, necesitaba tender una mano a mis «hermanos». Ahora usted me contesta en nombre de esos hermanos con la exigencia de que presente mi legitimación y mi dogma. Estimado señor: si lo que usted llama «Iglesia» lo fuese realmente, si el protestantismo alemán hubiese logrado formar una «Iglesia» y darle una doctrina universalmente válida, yo me inclinaría con gusto ante él. Pero como no es éste el caso, no puedo hacerlo, ni siquiera hoy, cuando me siento mucho más predispuesto a causa de la persecución de que es objeto esta Iglesia que para mí

no es sagrada. Me veo obligado a decepcionarla, y a rogarle a usted que renuncie a cualquier inútil discusión ulterior sobre el tema. Ignoro si terminaré como usted sentenciaría basándose en su autoridad como cristiano; es de suponer que la «Iglesia» seguirá siendo siempre para mí lo que es en las viejas historias religiosas y de herejes de Arnold: algo posible, tal vez algo que un día existió, tal vez algo que un día será asequible.

(1935)

III

EL CREDO AL QUE ME REFIERO

Mosaico de cartas y reflexiones

(1910-1961)

No creo que las ciencias naturales, las leyes de la lógica, la equidad de todo el mundo, la naturaleza y la historia deban determinar nuestra manera de pensar, ni siquiera en lo religioso, donde sería más necesario que en cualquier otra cosa. El hecho de que yo, pese al carácter mundano de mi vida, haya

conservado un profundo respeto hacia la auténtica piedad, sólo se debe a que pude ser testigo de esta piedad auténtica desde mi niñez. Si se tratara de inculcar esta clase de fe en todos los hombres del mundo, yo sería el último en oponerme. Pero año tras año pude observar lo reducido que es el número de personas verdaderamente piadosas, y que esta fe auténtica, totalmente pura y altruista, se encuentra en todas las religiones principales, mientras que el cristianismo oficial, tal como en su degeneración existe e impera entre nosotros, me parece francamente hostil a la cultura. Sólo por esta razón participo, aunque

sea como anónimo colaborador, en un grande y serio trabajo cultural^[5], que en parte está orientado contra la Iglesia (no contra la fe). Pero ello no significa que mi necesidad personal de religión haya desaparecido, y con ayuda de la Biblia, las leyendas y el Corán llamo a muchas puertas del paraíso.

1^[6] (a mi padre, 1910)

Todo Oriente respira religión, como Occidente respira racionalismo y técnica. La vida espiritual del hombre occidental parece primitiva y abandonada a la casualidad cuando se

compara con la religiosidad protegida, cuidada y llena de confianza del asiático, ya sea budista, mahometano u otra cosa.

Por doquier reconocemos la superioridad de nuestra civilización y técnica, y por doquier vemos a los pueblos religiosos de Oriente disfrutar de un bien que a nosotros nos falta y que precisamente por eso valoramos por encima de nuestra superioridad. Es evidente que ninguna importación de Oriente puede ayudarnos, ningún viaje a la India o a China y tampoco el regreso a cualquier cristianismo de cualquier formulación. Pero también es evidente

que la salvación y subsistencia de la civilización europea sólo es posible a través de la recuperación de un arte espiritual de la vida y de una espiritualidad colectiva. No es importante resolver la cuestión de si la religión es algo que pueda ser suprimido o sustituido. La religión o un sustitutivo es lo que más falta nos hace, y esto no lo he comprendido nunca con tan inexorable claridad como entre los pueblos de Asia.

2 (1914)

Nunca he podido ser protestante o

católico, partidario de Bach o de Wagner; para mí, la vida y la historia sólo tienen sentido y valor total en la diversidad con que Dios se presenta en inagotables configuraciones. Y por eso amo y venero, para disgusto de mi querido prójimo, no solo a Buda y a Jesús en el mismo templo, sino que puedo amar y tratar de comprender a Kant junto a Spinoza y a Nietzsche junto a Görres, no por ansia de cultura y pedantería, sino simplemente por el gozo de contemplar la diversidad del Ser Único, la riqueza de colores que existe entre Aristóteles y Nietzsche, entre Palestrina y Schubert, y que,

cuando uno está seguro del Ser Único, presta a la vida su conmovedora belleza y su variedad aparentemente irracional. Por esto, junto a los espíritus de la libertar y libre investigación, nunca he podido prescindir de aquella silenciosa grandeza cuya libertad jamás estuvo al servicio de la inteligencia y cuya fe y subordinación de lo personal siempre fue una necesidad profunda del corazón.

3 (1915)

Cuando el predicador dice: «¡Escuchad la voz que hay en vosotros!», muchos le preguntan:

«bueno, ¿y qué dice la voz? ¡Explicáenoslo!». Pero el predicador no puede hacerlo, porque no apela a una voz colectiva, no exige el cumplimiento de un deber que pueda expresarse con palabras o con marcos y peniques, sino que anima a cada uno a percibir la voz en su interior y a reflexionar sobre sus dictados.

Lo mismo que tú me preguntas, me lo preguntan otros en sus cartas: «¿qué debemos hacer ahora?». Y yo tengo que contestar: «¡No lo sé!, ignoro el estado de tu consciencia y no conozco tus fuerzas. No puedo pedirte nada, ¡eso debes hacerlo tú mismo!». Y si alguno

se concentra para escuchar la voz, seguramente encontrará un camino como yo lo encuentro y vuelvo a buscarlo día tras día, semana tras semana, desde hace dos años y medio. Uno se contentará con hacer el bien de vez en cuando, otro se reunirá con sus amigos, otro se negará a cumplir el servicio militar, otro se hará más generoso y se dedicará a la loable tentativa de matar a Sonnino en Italia o a Tirpitz en Berlín. Esto es asunto de cada uno. Si yo, por ejemplo, disparo contra Sonnino, cometo un crimen, porque obraría contra un profundo sentimiento que hay en mi interior. Pero existen personas capaces de realizar libremente

un acto semejante, como es natural, también han de ser capaces del correspondiente sacrificio. Yo, por ejemplo, he comprendido hace tiempo que mi postura (también dentro de mi actividad oficial^[7]) puede conducirme algún día a romper con mi patria, posición, familia, nombre, etc, y estoy decidido a enfrentarme con los hechos.

4 (1917)

Comprendo muy bien lo que usted dice acerca de sus sentimientos contradictorios respecto a deberes sociales, etc., pues en parte coinciden

con los míos. Me parece que se trata de la antigua discrepancia entre deberes personales y deberes sociales. Ambos existen, ambos están en nosotros y nunca se ponen de acuerdo. O bien vivimos como nos lo pide el corazón, fieles a nuestros sentimientos personales, valorando todos los actos según la sensación de deso o dolor que nos proporcionan, o bien, vivimos hacia afuera, construimos y organizamos, vivimos para otros, para el Estado, la Iglesia, el prójimo, etc. De ambas maneras podemos ser desgraciados y en el fondo me inspiran gran compasión los que han olvidado el Yo y forcejean con

un rígido sentimiento del deber en la vida social.

Yo he elegido el camino del egoísta o religioso, y considero los deberes externos como secundarios frente a los deberes hacia nuestra propia alma. Se ha renovado en mí la impresión de que mi alma, es, en pequeño, una parte de la evolución de la humanidad y que, en el fondo, cada pequeña convulsión de nuestro interior es tan importante como la guerra y la paz en el mundo exterior. Vivo según esta convicción, y desde que estoy aquí mi trabajo ha sido muy importante^[8]. Mientras dura el trabajo me siento satisfecho en el mundo.

Cuando lo impide una presión interna o un dolor en los ojos, por ejemplo estoy de muy mal humor y entonces voy por las noches a las *grotti* y hablo con el dios del vino. Pero como un sonámbulo, apenas doy un paso que no esté en conexión directa con mi trabajo, ya empiezo en reanudar la lucha con la forma y encontrar la manera de expresar lo que quiero decir. En este proceso hay espinas y heridas, y cuál será el resultado, no lo sé, pero en cambio si sé que debo proceder de este modo.

5 (1919)

Al budista le está prohibido disputar sobre el *nirvana*. Buda no dijo sí por *nirvana* hay que entender un aspecto negativo de reposo o un aspecto positivo de bienaventuranza, y prohibió toda conversación sobre temas similares. Por otra parte, discutir sobre ello es totalmente inútil. Tal como yo lo comprendo, el *nirvana* es el paso liberador que retrocede al *principium individuationis*, o sea, expresado religiosamente, el regreso del alma individual al alma colectiva. Otra cuestión es sí se debe ansiar, buscar y acelerar este regreso. Si Dios me deposita en el mundo y me deja existir

como individuo, es mi deber regresar a formar parte del Todo lo más rápida y fácilmente posible, pero ¿no sería cumplir mucho mejor la voluntad de Dios si me dejara llevar (en mi relato lo llamé «dejarse caer»), satisfaciendo su deseo de dividirse y vivir eternamente en cada uno de sus seres? Aquí me inclino de momento hacia cierta herejía contra Buda, en quien creí con mucha fidelidad durante una parte de mi juventud.

Creo que Buda había alcanzado la madurez y cumplido todas sus reencarnaciones, y que realmente entró en el *nirvana*. Pero no creo que nosotros

podamos, siguiendo su camino, acortar nuestro curso y alcanzar el *nirvana*. Lo alcanzaremos algún día, indudablemente, cuando hayamos llegado a la meta, cuando Dios esté cansado en nuestro interior y la pequeña luz se apague; pero si podemos o debemos ayudar a ello es otra cuestión. En esto ya no me parece tan perfecta la pura sensatez de la doctrina de Buda y, precisamente, lo que más admiraba de ella en mi juventud ahora se me antoja un defecto: esta sensatez y esta impiedad, esta inquietante exactitud y esta falta de teología, de Dios, de sumisión. Ahora pienso muchas veces

que Jesús dio realmente un paso más allá que Buda al vernos como hijos del Padre y no como hombres maduros que pueden ayudarse a sí mismos.

6 (1920)

Usted cree que la vida del propio Yo es puro egoísmo. Pero esto solamente lo piensan los europeos que no saben nada del Yo. El Yo al que se refieren los que buscan y del cual se ocupa, a excepción de la ciencia europea, todo el mundo intelectual no europeo desde hace tres mil años, este Yo no es el hombre individual, su modo de sentir y actuar,

sino que es el núcleo más íntimo y esencial de cada alma, que los hindúes llaman *atman* y que es divino y eterno. Quien encuentra este Yo, sea por el camino de Buda o de los *Vedas* o de Lao-Tsé o de Cristo, está en su ser más íntimo unido al Todo, a Dios, y actúa de común acuerdo con Él.

Usted dice que la búsqueda del Yo es menos importante que encontrar las relaciones justas para con los demás. Pero es que ambas son la misma cosa. Quien busca el auténtico Yo, busca al mismo tiempo la norma de toda la vida, pues este Yo más íntimo es igual en todos los hombres, es Dios, es el

«significado». Por esto dice el brahmán a cada ser desconocido «*Tat twan asi*»: «Ese eres tú». Sabe que no puede hacer daño a ningún otro ser sin hacérselo a sí mismo, y que el egoísmo no tiene sentido.

Los hombres de la actualidad estamos demasiado acostumbrados a fijar las relaciones con los demás mediante leyes y convenciones que no podemos medir según la voluntad de Dios porque no conocemos a Dios, porque lo llevamos en nuestro interior y nunca hemos aprendido a buscarlo, pero fórmúlese usted una pregunta como la que nos hicimos al estallar la guerra:

¿Debe ahora el individuo obedecer la ley que el Estado coloca sobre las cosas, y disparar y matar, o debe seguir su convicción interior que le dice que matar nunca puede conducir a nada bueno? Naturalmente estas preguntas sólo proceden de hombres maduros, sensibles y de sentimientos elevados, pues la inmensa mayoría necesita siempre, en su calidad de rebaño, una ley y unas normas que pueda seguir sin reflexionar. Pero en cada individuo puede surgir esta pregunta, y hay momentos en que se les ocurre a muchos. Ocurrió así con toda la juventud intelectual de Europa durante la guerra.

Entonces muchos despertaron, y ahora, en vista de que las leyes y directrices exteriores han dado mal resultado, buscan orientación en sí mismos.

A mi modo he dicho algo muy similar en mi pequeño ensayo sobre Zaratustra. Lo más perfecto sobre esta cuestión se dijo en la antigua India, y los pensamientos de los *Vedas* siguen siendo para todos los intelectuales de la India de hoy completamente actuales y vigentes. Cuando Jesús dice: «El reino de los cielos está en vosotros», se refiere exactamente a lo mismo, y también lo dice Lao-Tsé. La filosofía europea ha hecho grandes progresos en

la crítica del conocimiento, pero no ha aportado nada nuevo a los pensamientos fundamentales sobre la vida y el ser humano

7 (1920)

No creo en absoluto que exista una religión o doctrina mejor que las demás o que sea la única verdadera —¿para qué, además?—. El budismo es muy bueno y el Antiguo Testamento también, cada uno en su momento y allí donde hace falta. Hay hombre que necesitan el ascetismo, y otros que necesitan otra cosa. E incluso el mismo hombre no

siempre necesita lo mismo, a veces quiere acción y dinamismo, a veces quiere reflexionar, otras juego y otras trabajo. Los hombres somos así, y los intentos de cambiarnos fracasan siempre: Si la condescendencia, la bondad y la compasión son lo más alto, entonces Francisco de Asís es uno de los hombres más grandes, y Calvino, Savonarola y también Lutero fueron criminales fanáticos. Sí, en cambio, se concede un gran valor a la virtud de la integridad y a la heroica obediencia a las exigencias de la propia consciencia, entonces Calvino y Savonarola eran unos hombre verdaderamente grandes.

La verdad tiene siempre dos caras y a todos les asiste la razón.

No veo el ideal humano en ninguna virtud o credo determinado, y considero que lo más alto a que puede aspirar los hombres es la armonía más perfecta en el alma del individuo. Quien alcanza ésta armonía, consigue lo que el psicoanálisis llamaría la libre disponibilidad de la libido, y de la cual el Nuevo Testamento dice: «Todo es vuestro».

8 (1921)

La doctrina de Buda fue durante

muchos años mi credo y mi único consuelo, hasta que, poco a poco, mi actitud cambió y ahora ya no soy budista, sino que me inclino mucha más hacia la India de los dioses y los templos, y sólo en época reciente empecé a perder de modo paulatino el sentido del politeísmo. Veo ahora el budismo en relación con el brahmanismo de modo parecido a como veo la Reforma en relación con la Iglesia católica. Soy protestante y de niño creí firmemente en el valor y el sentido de la Reforma, e incluso un payaso como el rey Gustavo Adolfo nos fue presentado como héroe y espíritu excepcional. Pero

más tarde observé que la Reforma era ciertamente una cosa muy bonita, y que la integridad de los protestantes era muy noble y gloriosa en comparación con la cuestión de las indulgencias, etc., pero que la Iglesia protestante no ofrecía nada a nadie, y que en el protestantismo y sus sectas se propagaba un peligroso sentimiento de inferioridad. Algo muy similar veo ahora en el budismo, que considera el mundo sin dioses como algo puramente racional y sólo busca la salvación en lo espiritual, como una especie de hermoso puritanismo, pero que se ahoga dentro de su estrecho criterio y me decepciona cada vez más.

Siddharta, cuando muera, no deseará el *nirvana*, sino que aceptará su reencarnación y entrará en una nueva vida.

9 (1921)

Así pues, lo confieso abiertamente (pero sólo como respuesta a su pregunta personal y no como tema de discusión para sus colegas y sus espirituales juegos de sociedad): existe naturalmente un solo Dios, una sola verdad, que cada pueblo, cada época, cada individuo interpreta a su manera, y para la cual surgen continuamente formas nuevas.

Una de las formas más hermosas y puras es, desde luego, la del Nuevo Testamento, del que por otra parte sólo comprendo bien los Evangelios y, menos, las cartas paulinas. Considero algunas sentencias del Nuevo Testamento, junto a algunas de Lao-Tsé. y algunas de Buda y los *Upanishads*, como las más verdaderas, concentradas y vivas que se han concebido y pronunciado en la Tierra. Sin embargo, mi camino cristiano hacia Dios se vio interceptado por una educación de rígida piedad, por la ridiculez y las discrepancias de la teología, por el tedio y vacuidad de la Iglesia, etc. Por

consiguiente, busqué a Dios por otros caminos, y pronto encontré el hindú, que estaba muy próximo a mi casa, pues mis antepasados, mi abuelo y mis padres sostenían estrechas relaciones con la India, hablaban lenguas hindúes, etc. Más adelante encontré también el camino chino a través de Lao-Tsé, el cual fue para mí la experiencia más consoladora. Naturalmente, no por ello me ocupaba con menor intensidad de los estudios y problemas modernos a través de Nietzsche, Tolstoi, Dostoyevski, pero lo más profundo lo hallé en los *Upanishads*, en Buda, en Confucio y en Lao-Tsé, y entonces, cuando disminuyó

poco a poco mi antigua aversión hacia la especial forma cristiana de la verdad, también lo hallé en el Nuevo Testamento. No obstante, continué fiel al camino hindú, aunque no lo considero mejor que el cristiano. Lo hice porque la presunción cristiana, el monopolio de Dios y la pretensión de ser los únicos poseedores de la verdad me resultaban antipáticos, y también porque los hindúes conocen formas mucho mejores, prácticas, inteligentes y profundas de la búsqueda de la verdad con ayuda de los métodos de yoga.

Con esto queda contestada su pregunta. No es que considere la

sabiduría hindú mejor que la cristiana; es sólo que la encuentro un poco más espiritual, un poco menos intolerante y un poco más amplia y libre. Esto se debe a que la verdad cristiana me fue inculcada en mi juventud en formas deficientes. Al hindú Sundar Singh^[9] le ocurrió exactamente lo contrario: le impusieron la doctrina hindú, encontró en la India esta magnífica y antigua religión desfigurada y adulterada, como yo aquí la cristiana, y eligió el cristianismo, es decir, no lo eligió, sino que sencillamente le convenció, colmó y cautivó la doctrina de amor de Jesús, del mismo modo que a mí la doctrina

hindú de la unidad. Otros hombres necesitan otros caminos para llegar a Dios, al centro del mundo.

Pero la experiencia en sí es siempre la misma. El hombre que empieza a intuir la verdad (al principio también a él, como a usted, todo le parece confusión), que intuye lo esencial de la vida y trata de acercarse a ello, que siente, ya sea por el camino cristiano o por cualquier otro, de modo inequívoco, la realidad de Dios —o si usted quiere, de la vida, de la cual formamos parte—, puede resistirse a ella o entregarse totalmente. Pero cuando ha despertado ya no puede ni quiere vivir sin ella.

Si los versículos del Nuevo Testamento no se toman como mandamientos, sino como expresiones de una sabiduría extraordinariamente profunda de los secretos de nuestra alma, entonces la palabra más sabia que se ha dicho jamás, la suma de todo el arte de vivir y la doctrina de la felicidad es la frase «Ama a tu prójimo como a ti mismo», que también está contenida en el Antiguo Testamento. Se puede amar al prójimo menos que a sí mismo, y entonces se es el egoísta, el ambicioso, el capitalista, el burgués, y se puede

acumular dinero y poder, pero no tener alegría en el corazón, no ser capaz de disfrutar de los más delicados goces del alma. O bien se puede amar al prójimo más que a sí misma, y entonces se es un pobre diablo, abrumado por un sentimiento de inferioridad, impulsado a amarlo todo, pero lleno de rencor y odio hacia sí mismo y viviendo en un infierno que uno mismo aviva diariamente. En cambio, el equilibrio del amor, ese poder amar sin deber nada a nadie, ese amor hacia sí mismo que no se roba a nadie, ese amor hacia los demás que no disminuye ni violenta al Yo, contiene el secreto de toda la felicidad, de toda la

bienaventuranza. Y si se quiere, uno puede volverse también hacia el lado hindú y decirle: ¡Ama al prójimo, porque es parte de ti mismo!, lo cual es una traducción cristiana del «tat twam asi». ¡Ah, toda la sabiduría es tan sencilla y ha sido formulada tan exacta e inequívocamente! ¿Por qué nos pertenece sólo a ratos, sólo en los días buenos; por qué no siempre?

He reflexionado sobre la razón de que, aunque me contaran en mi infancia que la ventaja del cristianismo estriba principalmente en que no conoce dioses ni ídolos, cuando me he ido haciendo

más viejo y más culto me he dado cuenta de que precisamente la gran desventaja de esta religión es que, a excepción de la maravillosa María de los católicos, carezca de dioses e ídolos. Daría mucho para que, por ejemplo, los apóstoles, en lugar de ser predicadores algo aburridos y demasiado timoratos, fuesen dioses con toda clase de magníficos poderes, y sólo veo un débil, pero agradable sustituto en los símbolos animales de los evangelistas.

11 (1923)

Si fuera posible que un hombre

eligiese personalmente una religión, es seguro que yo, por convencimiento íntimo, me habría adherido a una religión conservadora: a Confucio, al brahmanismo o a la Iglesia romana. Pero el motivo de mi elección hubiera sido el anhelo hacia el polo opuesto y no una inclinación innata, pues no sólo he nacido por casualidad en el seno de piadosos protestantes, sino que también mis facultades afectivas y modo de ser son protestantes (lo cual no representa ninguna contradicción de mi profunda antipatía hacia las confesiones protestantes existentes). Porque el auténtico protestante recela tanto de su

propia Iglesia como de cualquier otra, ya que en esencia se siente más atraído por lo que será que por lo que es. Y, en este sentido, Buda fue también protestante.

12 (1925)

La Navidad es una suma, un almacén de regalos de todos los sentimentalismos y mendacidades burgueses. Es un motivo de desenfrenadas orgías para la industria y el comercio, el artículo más sensacional de los almacenes, huele a hojalata lacada, a ramas de abeto y a gramófonos, a agotados carteros y

chicos de reparto que murmuran por lo bajo, a alborotadas fiestas familiares bajo el árbol engalanado, a suplementos de los periódicos y a una gran publicidad; en resumen, a mil cosas que me resultan extremadamente odiosas y que me serían indiferentes y ridículas si no hicieran un uso tan lamentable del nombre del Salvador y del recuerdo de nuestros años más tiernos.

13 (1927)

Del mismo modo que el «conocimiento», o sea, el despertar del espíritu, es calificado de pecado por la

Biblia (representado por la serpiente del paraíso), así el proceso de convertirse en hombre, la individualización, la lucha del individuo por apartarse de la masa y alcanzar la personalidad es siempre considerado con recelo por las costumbres y la tradición, al igual que las discrepancias entre el joven y la familia, entre padre e hijo, que es algo natural y muy antiguo, son consideradas siempre por cada padre como una rebelión inaudita. Y por eso me parece a mí que podría concebirse muy bien a Caín, el criminal maldito, el primer asesino, como un Prometeo desfigurado, como un representante del espíritu y la

libertad al que se castiga por su petulancia y osadía.

No me importa lo que puedan pensar de esto los teólogos, ni si sería comprendido y aprobado por los desconocidos autores de los libros de Moisés. Los relatos de la Biblia, como todos los mitos de la humanidad, carecen de valor para nosotros mientras no tratemos de interpretarlos personalmente para nosotros y nuestra época. Sólo así pueden adquirir mucha importancia.

14 (1930)

El concepto de «espíritu» y «alma» que has encontrado leyendo la historia de la vidente de Prevorst^[10], también se encuentra de vez en cuando entre los hindúes antiguos, y a menudo en un sentido tan moderno que podría llamarse sistema nervioso central en lugar de «alma». Este concepto tiene mucho de convincente. Pero, como es natural, en el fondo es sólo una cuestión de *palabras*, y no es en el espíritu donde la actual psicología analítica descubre algo que va más allá del individuo y del tiempo, sino precisamente en el alma (en la vida anímica subconsciente, en sueños, visiones y también alucinaciones de

enfermos). Ocurre, por ejemplo, que un hombre sencillo y sin educación sueña dormido o despierto cosas que coinciden exactamente con un sistema o culto religioso mitológico poco conocido y antiquísimo. En la actualidad esto se llama «el inconsciente colectivo», y por ello se entiende un tesoro común a todos los hombres de imágenes y símbolos, que está presente, sin que él lo sepa, en el alma de cada individuo, del mismo modo que en cada hombre deben subsistir recuerdos de su vida anterior como animal.

Así pues, toda mi vida se halla bajo el signo de una inclinación hacia la sumisión y la entrega, hacia la religión. No concibo, ni para mí ni para los demás, algo así como una religión nueva; no espero encontrar fórmula nueva alguna ni nuevas posibilidades de entregarme, pero en cambio creo firmemente en permanecer en mi puesto y, aunque desespere de mi época y de mí mismo, no perder el respeto a la vida y su posible significado, incluso aunque me quede solo y resulte ridículo. No lo hago porque espere algo mejor para el mundo o para mí; lo hago sencillamente porque no puedo vivir sin respeto y sin

entrega hacia un Dios.

16 (1930)

Ciertamente, no considero que la no existencia sea mejor que la existencia, pero comparto la opinión de todos los sabios de la antigüedad: que cierta superioridad sobre el dolor y las penas sólo puede venir de un «despertar» interior, de la intuición o, mucho mejor, la experiencia, de que el mundo visible y los acontecimientos externos son insignificantes e ilusorios, y de que ni la entrega a las puerilidades y preocupaciones de la vida ni la ascética

renuncia a todas ellas puede liberarnos, sino sólo la visión de la unidad de Dios, existente tras el tupido velo de los sucesos de la vida. Lo liberador de esta visión no estriba solamente en una gran serenidad frente a las exigencias del mundo y las propias concupiscencias, sino también en una resignación ante la imposibilidad de realizar nuestras pretensiones morales, pues nuestra vida *no* depende de nosotros, somos hilos de este velo y nada más. Así es poco más o menos el credo y el consuelo de mis horas de reflexión.

Sin embargo, no siento la necesidad de predicar este credo a los demás.

Cuando la vida me acerca a hombres muy desgraciados, trato de decir alguna palabra, pero nunca en otro caso, ni siquiera a mis propios hijos...

... La verdadera sabiduría y las verdaderas posibilidades de liberación no pueden enseñarse ni servir de tema de conversación; son sólo para aquéllos que están a punto de ahogarse.

17 (1930)

El credo al que me refiero no es fácil de expresar con palabras. Podría explicarse así: Creo que, pese a su aparente absurdo, la vida tiene un

sentido, reconozco que este sentido último no puede ser captado por la razón, pero estoy dispuesto a servirlo, incluso aunque ello signifique sacrificarme a mí mismo. Oigo la voz de este sentido en mi interior, en los momentos en que estoy verdadera y totalmente vivo y despierto.

Intentaré realizar todo cuanto la vida exija de mí en tales momentos, incluso aunque vaya contra las modas y leyes tradicionales.

Este credo no obedece órdenes ni se deja percibir por la fuerza. Sólo es posible experimentarlo, del mismo modo que Cristo no puede merecer,

forzar o conjurar la «gracia», sino solamente sentirla con fe. Los que no la encuentran, buscan su fe en la Iglesia, en la ciencia, entre los patriotas o socialistas, o dondequiera que haya una moral, programas y preceptos establecidos.

Me es imposible juzgar si un hombre es capaz de seguir el difícil y hermoso camino que conduce a una vida y un sentido propios, incluso aunque le esté viendo. Miles sienten la llamada, muchos recorren un tramo del camino, pocos lo siguen más allá de la frontera de la juventud, y tal vez nadie consigue llegar hasta el final.

No soy representante de ninguna doctrina fija y establecida. Soy un hombre de cambios y transformaciones, y por eso en mis libros, especialmente en todo el Siddharta, junto al «cada uno está solo», aparece una confesión de amor patente en todas sus páginas.

Seguramente no exigirá usted de mí que demuestre más fe de la que yo mismo tengo. He dicho varias veces con honda convicción que es totalmente imposible llevar una vida perfecta en el espíritu de nuestro tiempo. De esto no me cabe la menor duda. El hecho de que

yo viva, de que este tiempo, esta atmósfera de mentiras, codicia, fanatismo y vulgaridad ño me haya matado lo debo a dos felices circunstancias: a la gran herencia de responsabilidad natural que hay en mí, y a que puedo ser productivo aunque sólo sea en calidad de denunciante y adversario de mi época. Sin esto no podría vivir, y aun así mi vida es muchas veces un infierno.

Mi actitud frente a la actualidad no cambiará mucho. No creo en nuestra ciencia, ni en nuestra política, ni en nuestro modo de pensar, de creer, de contentarnos, y no comparto ni uno solo

de los ideales de nuestro tiempo. Pero no carezco de fe. Creo en leyes milenarias de la humanidad, y creo que sobrevivirán a toda la confusión de nuestra época actual.

No me es posible indicar el camino de los ideales humanos que considero eternos y al mismo tiempo creer en los ideales, metas y compensaciones de la actualidad. Además, no lo haría aunque pudiera. En cambio, durante toda mi vida he probado muchos caminos en los cuales se puede vencer al tiempo y vivir independientemente de él (y he descrito a menudo estos caminos, tanto en forma superficial como seria).

Cuando me encuentro con jóvenes lectores, de *El lobo estepario*, por ejemplo, veo que en muchos casos se toman muy en serio lo que digo en este libro sobre el extravío de nuestra época, pero no ven, o por lo menos no creen, lo que para mí es mil veces más importante. No se adelanta nada con tachar de erróneos la guerra, la técnica, el ansia de dinero, el nacionalismo, etc. Es preciso reemplazar con un credo los ídolos de nuestro tiempo. Esto es lo que yo he hecho siempre; en *El lobo estepario*, es Mozart, y los inmortales, y el teatro mágico; y en *Demian* y *Siddharta* se mencionan los mismos

valores con otros nombres.

Con la fe en lo que Siddharta llama el amor, y con la fe de Harry en los inmortales, se puede vivir, de eso estoy seguro. Con ella no sólo se puede soportar la vida, sino también vencer al tiempo.

Veo que no consigo expresarme con la claridad que sería de desear. Siempre me desanimo cuando constato que aquello en lo que creo y que contienen mis libros no es comprendido por los lectores.

Será mejor que cuando haya leído mi carta relea uno de mis libros y compruebe si no contiene de vez en

cuando dogmas de un credo que ayude a vivir. Si no los encuentra, ya puede tirar mis libros. Si encuentra algo, siga buscando.

Recientemente, una mujer joven me preguntó qué significado daba yo al teatro mágico de *El lobo estepario*; la había decepcionado mucho que yo bromease acerca de mí mismo y de todo en una especie de borrachera de opio. Yo le dije que leyera una vez más aquellas páginas, y ante todo pensando que nada de lo que he dicho en mi vida es más importante y sagrado para mí que este teatro mágico, imagen de todo lo más valioso e importante para mí. Me

volvió a escribir algún tiempo después para comunicarme que ahora lo había comprendido.

Entiendo muy bien su pregunta, señor B., y es muy posible que de momento mis libros no le sirvan de nada, y que antes le sea preciso arrinconarlos y olvidar la primera impresión. Como es natural, en esto no puedo aconsejarle; sólo puedo repetir lo que he vivido y escrito, incluyendo las contradicciones, las tortuosidades y el desorden. Mi tarea no consiste en indicar a los demás la perfección objetiva, sino mi propia manera de buscarla (y aunque sólo sea una pena, un

lamento) con la mayor claridad y honestidad posibles.

19 (1931)

Aunque no pueda dividir la religión en dogmas estrictamente verdaderos, estrictamente salvadores, conozco la experiencia de la reconciliación y de la entrega gracias a un credo que está dentro de mí y así no me siento en absoluto ateo, extraviado o protestante, sino que estoy contento y hondamente agradecido de que lo inexpresable pueda vivirse e interpretarse de tantas maneras diferentes.

Es frecuente encontrar fanáticos de Gandhi que sostienen la opinión de que el *mahatma* es una especie de maestro de la sabiduría, heredero y propagador de antiquísimas enseñanzas hindúes cuya procedencia es a menudo oculta. No hay nada más falso. Gandhi es ciertamente un auténtico religioso y un auténtico hindú, pero su conocimiento de las doctrinas hindúes es escaso, como también lo es su herencia de la fe y el pensamiento tradicionales de la India; puede incluso decirse que desde sus tiempos hindúes y africanos, su

religiosidad personal se ha visto notablemente influida por el cristianismo disidente inglés. Lo realmente único y maravilloso de Gandhi no reside en un conocimiento de secretos piadosos ni en un don especial para la formulación de conceptos religiosos, sino en la valentía e Incondicional espíritu de sacrificio con que pone a su persona al servicio de la verdad y del bien.

Lo admirable en él es que se mantiene fiel a su ideal y no exige a los demás, sino ante todo a si mismo, obediencia y sacrificio. No hay muchos políticos, oradores o predicadores del

mundo actual de quienes podemos afirmar que sufrirían o morirían por su causa si ello fuese necesario. De Gandhi lo afirmamos sin vacilar, pues ya lo ha demostrado repetidas veces. Un hombre puro, dispuesto a sufrir y morir por su ideal, es siempre y en todas partes un tesoro insólito.

21 (1931)

¡No hay más que comparar su persona^[11] y su vida con cualquiera de nuestros políticos y propagandistas para observar la diferencia entre la codicia del poder y el don auténtico y ejemplar

de un caudillo nato!

22 (1932)

Los que se dirigen a mí en busca de «sabiduría» son casi siempre sin excepción hombres a los cuales no podría ayudar ningún credo tradicional. He recomendado a muchos de ellos la lectura de antiguas enseñanzas, y en especial los escritos de algunos católicos actuales de rango elevado. Pero la mayoría de mis lectores sienten necesidad, como yo, de adorar a un Dios Invisible. Tal vez sean solamente los enfermos, neuróticos o antisociales los

que experimentan atracción hacia mí y mía escritos; tal vez el único consuelo que encuentran en mí es ver reflejadas en un hombre de fama las propias deficiencias y debilidades. No es de mi incumbencia darles una «clave», como usted sugiere, sino hacer todo cuanto me sea posible en el lugar donde me ha colocado el destino. En ello va incluido, entre muchas otras cosas, no dar (o prometer) más de lo que tengo. Sufro como los demás las penas de nuestro tiempo, y no sé enseñar el camino para salir de ellas; quiero soportarlas como quien soporta un infierno, con la esperanza de hallar más allá una nueva

inocencia y una vida más digna, pero no estoy en situación de mostrar, ahora ni aquí éste más allá. No creo que mi vida carezca de sentido ni que yo no tenga alguna misión. La resistencia en medio del caos, el saber esperar, la humildad ante la vida, incluso cuando aterra el aparente absurdo, también son virtudes, sobre todo en un tiempo en que tanto abundan nuevas explicaciones de la historia universal, nuevas interpretaciones de la vida y nuevos programas de variada índole.

23 (1932)

Tus circunstancias no están ciertamente supeditadas a la razón ni pueden regirse únicamente por ella, pero se hallan a su alcance y hasta cierto punto pueden experimentar su influencia. El ejemplo más perfecto de ello se encuentra en el sistema hindú Samkhya, probablemente muy parecido al de Buda. Los que lo practicaban conseguían separar de modo tan total el Yo consciente del Yo codicioso (y, por tanto, desgraciado), que alcanzaban verdaderamente el *nirvana*. Los hombres de la actualidad somos demasiado indisciplinados para ello. El autodomínio hindú es también represión

de los instintos, pero conduce a su sublimación. Nosotros no nos sentimos con la fuerza ni la fe suficientes, y por esto hemos de tomar el camino inverso y enfrentarnos siempre con nuestra miseria y desesperación. Entonces queda demostrado que podemos escapar a cualquier dolor cuando éste se hace realmente insoportable. Mediante la muerte, cuando el propio cuerpo ya no puede seguir resistiendo. Mediante el suicidio, cuando nos resulta imposible seguir adelante. Puesto que esta puerta está siempre abierta ante nosotros, mientras continuamos soportando el tormento tenemos razón al preguntarnos:

¿Qué nos retiene aquí? ¿Acaso hay algo en nuestro interior que se aferra a la vida? Naturalmente que sí, y entonces comprobamos casi siempre que el sufrimiento es tanto mayor cuanto más nos revolvemos contra él, cuanto más nos acusamos a nosotros mismos y al destino y cuanto más queremos cambiarlo. Ceder, dejarse llevar, renunciar a pensar y a buscar, hundirse en el sufrimiento, no es el peor de los caminos para descubrir que todo sufrimiento tiene un fondo.

24 (1933)

Acaso lo que tengo contra los protestantes no sea su «teología», que usted mismo describe en su carta como una aventura espiritual puramente genuina del teólogo; de hecho, me resulta muy fácil comprender semejantes distracciones y vicios de las mentes solitarios. Lo que no me gusta de los teólogos protestantes es que no tienen nada que enseñar, nada que dar a la gente, y por ello se ponen sin crítica ni insistencia, a disposición del poder material del Estado, de los príncipes, de los cleros, de los generales; siempre lo han hecho y continúan haciéndolo, y el pueblo no obtiene de ellos la menor

ayuda contra las imposiciones de la gran maquinaria. No comparto en su totalidad los conceptos de mi amigo Hugo Ball (o Theodor Häckers) sobre la historia alemana, pero siempre estoy de acuerdo con sus reproches contra el protestantismo alemán. Es cierto que el cisma de Lutero ni es ni mucho menos, como dicen a menudo los católicos, la causa fundamental de las desgracias de Alemania, pero sí es su más flagrante síntoma. Se aspira a la más alta espiritualidad y se termina ante los cañones. Se abandonan los rezos, se reniega de sus buenas obras, para lanzarse de cabeza a todos los infiernos,

contra los cuales se debería oponer la firmeza de una roca. No tengo por qué callarle todo esto a usted, que pese a ello seguirá su camino pero haría bien en recordar que es muy angosto y que podemos amar y lanzarnos a todas las aventuras privadas del espíritu, y que el pueblo no paga por ellas a su pastor. No es mi intención condenarlas a todas ni tampoco hablar de ellas objetivamente, sino que las comento de modo totalmente subjetivo.

25 (1933)

No reprocho a Lutero

«obscenidades» sexuales sino su cobarde actitud para con los campesinos y su servilismo frente a los príncipes. De esos comienzos nació la teología germano-protestante, que en la Universidad habla de libertad, personalidad, dinamismo, etc., y que después, en la práctica, hace del pastor y de la Iglesia un instrumento a merced del Estado, el capitalismo, la guerra, etc.

Lo que usted llama teología y con la cual identifica sin motivo al cristianismo protestante, es una filosofía, nada más, y las filosofías son libres, son el derecho y el hermoso lujo del individuo. Su

teología puede estar cerca de la de Kierkegaard o incluso superarla, pero no capacita al pastor y a la Iglesia para hacer el bien, repudiar el mal, inspirar el amor y desterrar el odio, sino todo lo contrario. Tampoco se arregla nada desacreditando a los católicos. Nosotros los viejos, que ya hemos tenido toda clase de experiencias, conocemos muy bien la capacidad del hombre para cualquier maldad, y también su capacidad para justificarlas teológicamente; por ello agradecemos a la Iglesia católica que no se avergüence de cosas tan ingenuas como la enseñanza de la moral, la condenación del pecado,

etc., en su intento de domar a la bestia.

En la Alemania actual, esto sería más necesario que cualquier otra cosa.

26 (1933)

No está bien que usted, como teólogo, tenga tantas dudas respecto a dónde se encuentran los valores y dónde se halla el consuelo. Y tampoco está bien que espere usted de *mí* que mediante una apología de mí mismo le facilite preservar en mi camino. Será mejor que no persevere; siga el camino de la época, desde el espíritu al poder, desde la fe en el espíritu a la fe en los

cañones, y tenga la seguridad de que ninguno de los buenos espíritus del pasado aprobará su camino. Es más fácil de recorrer que el nuestro; en él no se siente el «cansancio» que le preocupa ver en mí y que debe atribuirse a varios decenios de lucha en favor del espíritu contra la brutalidad del poder.

27 (1934)

Es posible que tenga usted razón acerca de Lutero. Pero yo no creo lo relativo a su actitud con los príncipes y su vil traición a los campesinos... Es un hombre temible, grande, pero

fundamentalmente odioso, dotado de todas las grandezas y todos los vicios germánicos. Creo también que atormentó, utilizó y vilipendió al pobre y sensible Melanchton. Y, sin embargo, hoy debemos estar contentos de que aún quede un pequeño resto de luteranismo para recordarnos la persecución de los cristianos.

28 (1934)

La meta de todos los sueños y estímulos humanos es siempre nueva, la evolución del hombre está siempre y por doquier contra lo habitual, lo profano, lo

cotidiano, y los miembros de confesiones y órdenes establecidas aparecen siempre como fariseo ante los jóvenes y los creyentes. Yo creo asimismo que la élite y la mejor fuerza vital del cristianismo reside en aquellos para quienes lo formulado ha perdido profundidad y que, pese a ello anheladas órdenes «nuevas» son las mismas de antes, y que las antiguas formulaciones recuperan su atractivo original en la medida en que los que buscan están dispuestos a aceptar la fórmula como símbolo.

En el curso de los siglos ha habido mil «concepciones», partidos y programas, mil revoluciones que han cambiado y (tal vez) mejorado al mundo. Pero ninguno de estos programas y confesiones ha sobrevivido a su tiempo. Han sobrevivido a los siglos los cuadros y palabras de algunos artistas auténticos y también las palabras de algunos auténticos sabios, filántropos y altruistas, y miles de veces, una palabra de Jesús, o una palabra de un poeta griego o, de otra parte, ha emocionado y despertado a los hombres a través de los siglos, abriéndoles los ojos al sufrimiento y al milagro de la

humanidad. Ser uno más entre los miles de estos hombres que predicán el amor sería mi deseo y mi ambición, y no pasar por «genial» o algo parecido.

30 (1937)

Creo que la gracia no es lo que han enseñado muchos teólogos, por ejemplo Calvino: que es únicamente cosa de Dios e inasequible para los hombres. Cuando uno contempla el retrato de Calvino, piensa que no podía saber mucho sobre el misterio de la gracia. Creo que la gracia, o el *tao*, o como queramos llamarla, está siempre a

nuestro alrededor, es la luz y es el mismo Dios, y cuando nos entregamos durante un solo instante, entra en nosotros, tanto en un niño como en un sabio. Tengo en gran estima la santidad, pero no soy un santo ni mucho menos, y todo cuanto sé sobre el misterio no lo sé por revelación, sino que lo he buscado y aprendido, ha entrado en mí por el camino de la lectura, de la reflexión y del estudio, y aunque no sea el más divino y directo, no deja de ser un camino. Una vez en Buda, otra en la Biblia, otra en Lao-Tsé o Chuang-Dsi, otra vez también en Goethe u otros poetas, me he sentido rozado por el

misterio, y con el tiempo he ido observando que siempre se trata del mismo misterio, y que siempre procede de la misma fuente, a través de todos los lenguajes, tiempos y modos de pensar.

31 (1937)

Usted intuye en mí algo parecido a un credo, algo que me sostiene, una herencia mitad cristianismo y mitad humanidad que no es sólo inculcada ni sólo intelectual. En esto tiene razón, pero no encuentro la manera de formular mi credo. Creo en el hombre como en una maravillosa posibilidad que no se

extingue ni en el más turbio lodo y que le ayuda a salvarse de las peores degeneraciones, y creo que esta posibilidad es tan fuerte y tiene tal poder de seducción que se siente una y otra vez como una esperanza y un desafío, y que la fuerza que hace soñar a los hombres en sus más elevadas posibilidades y les aparta constantemente de su condición animal es siempre la misma, aunque hoy se llame religión, mañana razón, y pasado mañana con otro nombre. La oscilación entre el hombre real y el hombre posible equivale al concepto de las religiones de la relación entre el hombre y Dios.

Esta fe en los hombres, esta creencia de que el sentido de la verdad y la necesidad de orden son innatos en el hombre y no pueden ser destruidos, me mantiene a flote. Por otra parte, veo el mundo actual como un manicomio y una mala pieza sensacionalista, y muy a menudo siento náuseas, pero siempre pensando, como cuando se contempla a un loco o un borracho: «¡Qué avergonzados se sentirán cuando recobren el juicio!».

32 (1938)

No soy en modo alguno antipapista,

sino que, por el contrario, tanto el Vaticano como las «sumas» de Tomás de Aquino, que usted ridiculiza, me inspiran un gran respeto; creo incluso que la filosofía escolástica es acaso, junto con la música, la disciplina en la que la Europa cristiana ha alcanzado una mayor perfección. En mi opinión, hay dos clases posibles de cristianismo, uno puramente práctico, personal, libre de dogmas, y otro eclesiástico y teológico. El individuo que profesa el cristianismo moral del que usted habla no necesita, creo yo, ninguna teología. Pero como Iglesia, como forma, como tradición, como potencia civilizadora y protectora

de la civilización, el cristianismo católico no sólo es muy superior al protestante, sino que es incluso de una flexibilidad y fidelidad casi ideales en el vaivén de conservación y adaptación.

El cristianismo al que usted se refiere es infinitamente más puro, más parecido a Jesús y de moral más elevada que todo lo eclesiástico. Pero no tiene basílicas ni catedrales góticas, ni nada como el texto de la misa romana ni como la música de Palestrina o de Bach, y nunca lo tendrá. Desde su punto de vista, lo mágico en la religión es algo tonto y obsoleto, como lo son los dioses y las mitologías para el budista puro.

Pero yo sé por experiencia que se puede pasar, y con buenos resultados, de la moral y la filosofía más puras a los dioses o ídolos. La necesidad del polo opuesto en la sabiduría serena, carente de imágenes y dioses de Buda, la grandeza salvaje y airada de Siva y la sonrisa infantil de Visnú son llaves igualmente buenas del misterio del mundo que el conocimiento moral-causal de Buda.

Y, naturalmente, tampoco creo que la ortodoxia sea la madre del espíritu sanguinario y las hogueras. Lo cierto es que la bestia y el demonio que hay en los hombres incitan siempre a matar y

torturar, y siempre encuentran alguna ideología «ortodoxa» que lo justifique, del mismo modo que Hitler y Stalin sirven a las mismas fuerzas con ortodoxias opuestas.

Si la humanidad fuese un individuo, podría salvarse con el cristianismo «puro» y bestia y demonio serían derrotados, Pero no es así. Las religiones «puras» son para una clase de hombre elevados, mientras que los pueblos necesitan las magias y mitologías. No creo en un proceso de evolución de abajo arriba. Desde la turbia masa de la humanidad surgen una y otra vez individuos puros y

salvadores, que no son adorados por la mayoría hasta que han sido crucificados y convertidos en dioses.

33 (1939)

He dicho que la gente necesita siempre algo como el catolicismo, etc., pero nunca he dicho que debemos animarla a ello. Sé, naturalmente, y siempre lo he sabido, que hace uso de su derecho y cuenta con las ventajas de la mayoría. Lo que tengo que decir en favor de la ortodoxia y en favor de los necios y perezosos es únicamente esto: existen y forman la mayor parte del

mundo y de la realidad. «Luchan» dondequiera que haga falta, y es muy posible que ésta sea su misión, pero no es la mía. Por el contrario, como artista, como órgano de la más pura contemplación, tengo que respetar la realidad y tomarla en serio, no ética, sino estéticamente, lo cual es una misión auténtica e importante como la del pensador, el crítico o el moralista.

Puedo imaginarme hasta cierto punto sus categorías religiosas, en analogía con sus «grados del conocimiento». Simpatizo con las tipologías, siempre que no se empleen demasiado dogmáticamente, y como artista me

inclino hacia un concepto aristocrático del mundo. Estoy totalmente de acuerdo con usted cuando, por ejemplo, coloca a la ortodoxia en un segundo o tercer rango. Otra cuestión es saber si es correcto introducir entre los diversos rangos las luchas por el poder o la competencia. Esto sólo tendría sentido si fuera posible trasladar a un hombre de un rango a otro, por medio de la educación, persuasión, etc. Si el noble puede realmente ennoblecer al que no lo es, tiene sentido el que le considere un enemigo en tanto no sea noble. En mi concepto, para el que no tengo ningún sistema y pocas posibilidades de

expresión, el innoble no será nunca noble, mientras que, naturalmente, cada «rango» tiene sus fronteras, en las cuales se entremezclan los grados y cualidades. Del mismo modo que en cada hombre hay algo masculino y femenino, también hay en todos ellos la semilla del noble y del innoble, pero me parece que siempre se está predestinado para ser una de las dos cosas. Si los ortodoxos son de un rango inferior al de los nobles puedo imaginar cómo deben ser ennoblecidos y si no puedo, ni la enseñanza ni la persuasión me servirán de nada. En mi opinión, el más noble no tiene nada más que hacer que ser y vivir tal como es, y

si a su esencia se añaden la tolerancia y la caballerosidad hacia los menos nobles, tanto mejor. Vivirá siempre como noble tanto si tiene conciencia de su misión como si no, tanto si reconoce la calidad inferior de los demás como si no, y participará en la nobleza y la tragedia de la humanidad más elevadas. Y estas elevadas experiencias, aunque sean en gran parte o en su mayor parte sufrimientos constituyen la ventaja que tiene sobre el ortodoxo y sobre la mayoría, ventaja a la que no puede renunciar y que no puede poner al alcance de sus inferiores por mucho que lo desee.

Usted habla del «Yo» como si fuera una cantidad conocida y objetiva, lo cual precisamente no es. En cada uno de nosotros hay dos Yoes, y si alguien supiera dónde comienza el uno y termina el otro, sería infinitamente sabio.

Cuando observamos un poco a nuestro Yo subjetivo, empírico, individual, vemos que se muestra muy caprichoso y variable, que depende mucho de las influencias externas. Por consiguiente, no podemos confiar mucho en él, y aún menos convertirlo en nuestro modelo y nuestro portavoz. Este Yo no

nos enseña absolutamente nada, aparte de que somos, como dice tan a menudo la Biblia, una raza débil, altanera y cobarde.

Pero existe además el otro Yo, oculto tras el primero, mezclado con él, pero inconfundible. Este segundo Yo, sublime y sagrado (el *atman* de los hindúes, que usted equipara a Brahma), no es personal, sino nuestra parte de Dios, de la vida, del todo, de lo impersonal y ultrapersonal. Entregarse a este Yo, seguirle, siempre vale la pena. Pero resulta difícil, porque este Yo eterno es silencioso y paciente, mientras que el otro Yo es impaciente y ruidoso.

Las religiones son en parte conocimientos sobre Dios y el Yo, y en parte prácticas psíquicas, ejercicios para independizarse del caprichoso Yo privado y acercarse a lo divino que hay en nosotros.

Creo que una religión es más o menos igual a otra. No existe ninguna que convierta al hombre en un sabio, ninguna que no se pueda utilizar como la más necia idolatría. Pero en las religiones está compendiada casi toda la verdadera sabiduría, sobre todo en las mitologías. Toda mitología es «falsa» mientras no la consideremos a lo sumo como piadosa; pero cada una de ellas es

una llave del corazón del mundo. Cada una de ellas conoce los caminos para hacer de la idolatría del Yo una adoración divina.

Siento no ser sacerdote, pero quizá en tal caso exigiría de usted cosas que de momento no puede realizar. Así es mejor; me dirijo a usted sencillamente con el saludo de un vagabundo que, al igual que usted, camina en la oscuridad, pero que conoce la luz y la busca.

35 (1943)

Era de esperar y no me sorprende que los frailes^[12] de la Alemania actual

dirijan contra nosotros la intransigencia y la agresividad que no dirigieron contra Hitler. Acéptelo usted también con tranquilidad y archívelo *ad acta*.

Los frailes no me han inspirado nunca miedo ni respeto, sea cual sea su confesión; los romanos son aún peores que los luteranos, porque su autoridad está mucho mejor fundada. Sería una lástima que consiguieran inyectar en nosotros, después del asco por Alemania, el asco por el cristianismo; hemos de intentar guardarnos de ello por todos los medios.

Me envía usted un par de escritos edificantes y añade: «Existe un Dios vivo. ¿Dónde está escrito que no puedo comunicárselo también a usted? Todos los otros dioses están muertos».

Por supuesto no está escrito en ninguna parte que usted no pueda hacerme esta declaración. Pero como todos los intentos precipitados de conversión se me antoja algo singular y, en el fondo, innecesario. Usted comunica la existencia de Dios a un anciano cuyos padres y abuelos no sólo llevaron el nombre de cristianos, sino que fueron cristianos de hecho y dedicaron toda su vida al servicio del

reino de Dios. Ellos me educaron, de ellos heredé la Biblia y la doctrina, y el cristianismo que no predicaron, sino que vivieron, se encuentra entre las fuerzas más potentes que me han educado y formado. Por esto su declaración me parece un poco superflua, algo así como si alguien me comunicase en abril que ha llegado la primavera, y en octubre, que ha llegado el otoño.

Esto es lo único en que me aparto un poco de sus tan bien intencionadas frases. Pero en ellas hay algo más, y este algo es lo que me mueve a contestarte.

En su brevísima carta hay otra frase, una frase falsa e irresponsable que me

obliga a darle una respuesta. La frase dice: «Todos los otros dioses están muertos».

Ignoro en cuántos países del mundo ha vivido usted, y cuántos pueblos, lenguas y literaturas conoce. Pero aunque hubiese estudiado a fondo diez o veinte lenguas, religiones y literaturas, no tendría derecho a esta frase falsa, insensata y presuntuosa.

Usted afirma: «Existe un Dios vivo», y en esto le doy la razón. Deduzco por el pequeño tratado que me envía, a qué Dios llama usted vivo, mientras todos los otros están muertos. Es el Dios de los cristianos protestantes en el mejor

de los casos, el de una Iglesia, o tal vez sólo el de un secta, una pequeña comunidad de gente piadosa que toma muy en serio su cristianismo. Este Dios es para usted el Dios «vivo», todos los demás, según su categórica afirmación, han muerto.

Pues bien, fuera de su comunidad, o, si usted quiere, fuera de la Iglesia a que usted pertenece, existen muchos cientos de millones de hombres de todas las razas y lenguas, que también creen en un Dios vivo y le sirven. El Dios de estos creyentes, cuyo número es muy superior a los de su Iglesia, es seguramente para muchos de sus fieles (no para todos) el

único Dios vivo, y todos los otros dioses, y por tanto también el de usted, están muertos.

Por ejemplo, el Dios de los judíos no es en absoluto el de usted, que se ha formado según su modelo; el Dios de los judíos no es ciertamente aquel Dios que hizo hombre a su Hijo. Y todos los dioses que adoran los mahometanos, los hindúes, los tibetanos, los japoneses, son muy diferentes del de usted, y pese a ello están todos muy vivos, son muy activos, cada uno de ellos ayuda a innumerables seres humanos a sobrellevar la vida, a santificarla, a resignarse al dolor y a enfrentarse con la

muerte.

A todos estos millones de creyentes piadosos que buscan consuelo, dignidad y santificación para su pobre vida y a los cuales el Dios vivo se ha revelado de modo distinto que a usted y su Iglesia, les niega usted, impávido y omnisapiente, sus dioses, sus doctrinas, las formas de su fe. Hacer esto requiere una valentía sin igual por la que yo podría admirarle, si no se tratara de una valentía triste y barata. No se basa en la superioridad, sino en el desconocimiento de la realidad, en un espíritu partidista.

Yo seguiré creyendo en el Dios vivo

y estaré siempre convencido de su existencia precisamente porque no se ha revelado una sola vez y en solo lugar, sino cientos de veces y en cien formas, imágenes y lenguas.

No, los otros dioses (los que tienen un aspecto diferente del suyo) no están muertos, se lo aseguro. Gracias a Dios, viven, y cuando una de estas numerosas formas del único Dios, se gaste por la edad, el Dios vivo tiene preparadas desde hace mucho tiempo nuevas formas en las que puede volver a revelarse. Sobrevive a los pueblos, sobrevive a religiones e Iglesias, incluyendo la de usted.

Usted es cristiano en el sentido de que cree en la unidad y la única fuerza santificadora del cristianismo. Según usted, los creyentes de otras religiones inspiran lástima, porque no tienen un Salvador y Redentor. Sin embargo, por lo menos en mi opinión y experiencia, esto es un craso error. El monje budista del Japón o el hindú que cree en Krishna, vive y muere en su fe con idéntica piedad, confianza y santidad que Cristo. Además, esas religiones orientales cuentan con otra cosa a su favor: no han tenido cruzadas, ni

inquisiciones, ni *pogroms* de judíos, todo ello reservado a los cristianos y al Islam. Lutero escribió palabras sobre los judíos que no han sido superadas en brutalidad y cruel ergotismo ni por Hitler ni por Stalin. Ciertamente que Jesús no tiene la culpa de todo esto. Pero es posible amar a Jesús y al mismo tiempo conceder todo su valor a los otros caminos de la bienaventuranza que Dios ha mostrado a los hombres.

38 (ca. 1950)

En la India nadie cree posible aprender a meditar sin un guru, un

maestro particular. Probablemente tampoco cree nadie allí que un occidental pueda pasar de los grados inferiores del yoga. Pero esto no impide que podamos esforzarnos por alcanzar al menos esos grados. Ciertos círculos americanos lo han reconocido así, y allí hay algunos maestros hindúes. Aldous Huxley podría informarle bien a este respecto.

En cuanto a mí, no he tenido nunca un guru ni he alcanzado los grados más altos. Pero he podido experimentar que la mejor ayuda externa para llegar a un estado de concentración y serenidad interior reside de hecho en los

ejercicios respiratorios, de los cuales Occidente se burla tanto como de la contemplación umbilical. Practique usted ejercicios respiratorios, tal como los conoce cualquier buen fisioterapeuta, y procure no forzar nunca la inspiración, sino sólo la expiración. De otro modo se perjudicaría. Lo esencial en los ejercicios respiratorios es no preocuparse de nada que no sea respirar lo más profundamente posible, concentrarse en esta única función. Es una gran ayuda. Ayuda a ganar distancia de lo actual, prepara para la serenidad, para la concentración. Y si añade a estos ejercicios un acto de la imaginación, si

quiere darles una interpretación, un contenido espiritual imagínese que no respira aire, sino a Brahma, que con cada aliento inspira y vuelve a expirar algo divina y le vendrá a las mientes lo del «diván este-oeste».

Tanto si llega o no lejos con sus ejercicios, alcanzará, si los practica en serio, un estado de ánimo que nosotros los occidentales sólo somos capaces de sentir en la plegaria religiosa o en la entrega a la belleza, Ya no respirará solamente aire, sino el Todo, a Dios, y experimentará, no por caminos intelectuales, sino por caminos corporales e inocentes, algo de la

libertad, piedad y bienaventuranza de la entrega y la distensión de la voluntad.

Cualquier *Ramakrishna* relata de vez en cuando en sus alegorías historias que podrían figurar igualmente en las anécdotas de Chuang-Dsi. La sabiduría de todos los pueblos es una y la misma; no hay dos o más, solamente una. Lo único que tengo contra las religiones e Iglesias es su inclinación a la intolerancia: ni cristiano ni mahometano admitirá de buen grado que su credo, además de bueno y santo, no es también el privilegiado y patentado, sino hermano de todos los otros credos en los que la verdad intenta hacerse visible.

Una de las pequeñas historias de *Ramakrishna*, que de igual modo podría atribuirse a Chuang-Dsi refiere lo siguiente:

Un sabio vio un día desfilando por una pradera una comitiva nupcial muy fastuosa, acompañada del sonido de tambores y trompetas. Cerca de allí observó a un cazador que estaba tan concentrado en apuntar a una liebre, que no oía el estruendo de la música ni advertía el paso de la comitiva. El sabio saludó al cazador y habló: «Honorable amigo, sois mi guru. ¡Ojalá mis pensamientos, cuando medite, se posen en el objeto de su consideración como

los vuestros en esta liebre!».

¡Ojalá un cazador se cruce en su camino y se convierta en su maestro!
¡Ojalá sus esfuerzos por alcanzar la verdad sean certeros como la puntería del cazador!

39 (1950)

En mi opinión, y según mi experiencia el peor enemigo y corruptor del hombre es la tendencia nacida de la pereza mental y de la calma, hacia lo colectivo, hacia comunidades de dogmática absolutamente fija, ya sean religiosas o políticas. En tiempos

infortunados como el presente vemos a viejos intelectuales que, cansados de su actividad, se convierten y refugian en una Iglesia, católica o comunista, hay suficientes de ambas clases. Yo no reprocho a nadie que ya no pueda resistir más la soledad. Pero durante toda mi vida, tanto leyendo como escribiendo, me he ocupado del hombre solo, no del colectivo, y mis esfuerzos no han sido totalmente en vano, pues algunas docenas de lectores han seguido mi camino, han aceptado mi influencia y mi apoyo; son seres solitarios como yo, que, con la conciencia despierta, inmunes a lamas y a la hipnosis masiva,

están dispuestos a ayudar al prójimo, pero desconfían de programas, alianzas y colectividad. No he conseguido nada más en mi vida que apoyar a estos pocos hombres, a estos pocos discípulos y camaradas en su lucha por una existencia digna y valerosa.

40 (1950)

Lo que usted cita en su pliego sobre el cristianismo primitivo y el comunismo no me parece mal. Como es natural, el paralelo coincide sólo muy parcialmente, y el motivo es que tras el cristianismo está la persona y la historia

de Jesús, una realidad algo real y sustancial, mientras que tras el comunismo hay sólo una idea, aunque sea importante y justa. Que las condiciones sociales del fin de la época capitalista ya no son viables y que serán abolidas por los propios perjudicados, es un hecho, y en esto, Truman libra una batalla tan inútil como Hitler. Pero que del derecho de todos los hombres a disfrutar los bienes de la Tierra surgiera la «dictadura del proletariado», demuestra hasta qué punto se deforma y se abusa de la idea.

No sé más del tema para poder discutirlo. Por el momento, ambos

frentes me son igualmente extraños, ambos son militantes, ambos intolerantes, ambos, en el fondo, carecen de fantasía y, por tanto, no son creadores. Gandhi era más que todos los presidentes americanos de este siglo y todos los representantes y fundadores del comunismo, desde Marx a Stalin.

41 (1950)

Sí, la fuerza es lo malo, y la no violencia el único camino de aquéllos que están despiertos. Este camino no será nunca el de todos ni el de los que gobiernan, hacen la historia del mundo y

libran las guerras. Por consiguiente, la Tierra no será nunca un paraíso y la humanidad no se unirá ni se reconciliará nunca con Dios. Los malos gobernarán y alimentarán su codicia, los indiferentes les seguirán, jubilosos o torvos, y los pocos hombres despiertos se mantendrán al margen, pero también se enfrentarán al mundo de los malos y de la fuerza con tentativas de salvación tan maravillosas como las de Buda, Sócrates, Jesús, como el cristianismo primitivo, los cuáqueros, el espíritu de Gandhi.

Se equivoca usted al suponer que yo, después de ser educado entre cristianos, he seguido a otros dioses y he vivido sin Cristo. Esto no es cierto: he vuelto a Cristo muchas veces en mi vida, y sigo haciéndolo hoy cada vez que oigo la *Pasión* de Bach leo a un Padre de la Iglesia o pienso en mis padres y en mi niñez...

Me alegra saber que su fe no se aparta ni se contradice con la mía. Pero yo hubiese leído Igualmente con agrado su carta aunque hubiera significado una despedida o una ruptura conmigo. Soy un poeta, un hombre que busca y confiesa, tengo que servir a la verdad y

la sinceridad (y a la verdad también pertenece lo bello, que es una de sus formas visibles), tengo una misión, pequeña y reducida: debo ayudar a otros, hombres que buscan a comprender y soportar el mundo, aunque solo sea dándoles el consuelo de saber que no están solos. Pero Cristo no fue un poeta, su luz no se limitó a una sola lengua y a una breve época, fue y sigue siendo una estrella, un Ser eterno. Si sus Iglesias y sacerdotes fuesen como él, nadie necesitaría a un poeta.

Tu pregunta sobre qué clase de «credo» es el que encuentro en Thomas Mann y en mí la calificas tú mismo de mera retórica, pero, a pesar de ello, creo que requiere una breve contestación, lo que ambos creemos, él y yo, pese a la resignación y no poco escepticismo, no es, naturalmente, nada teológico; ninguno de los dos cree en un gobierno y una irrupción de fuerzas «más altas» independientes de la voluntad humana, pero creemos en un fondo. Imposible de expresar con números, de decencia, buena voluntad y amor a la paz en la mayoría de los hombres, y creemos también hasta cierto

punto en la posibilidad de despertar y reforzar en nuestros lectores estas modestas cualidades. No somos los únicos en creer esto.

44 (1950)

He presentado en *Juego de abalorios* el mundo de la intelectualidad humanística, que ciertamente respeta las religiones, pero vive al margen de ellas. También, hace treinta años, representé en *Siddharta* al hijo de un brahmán que busca fuera de la tradición de su casta y religión una especie de piedad o sabiduría.

Esto es todo lo que puedo dar. Sobre los valores y bendiciones de la religión cristiana, cualquier sacerdote y cualquier catecismo le dirá más de cuanto yo podría decirle.

Para mí, el ideal humanístico no es más respetable que el religioso, y entre las religiones tampoco sabría dar la preferencia a ninguna de ellas. Precisamente por esto no he podido pertenecer a ninguna Iglesia, porque en ellas falta la elevación y la libertad del espíritu, porque cada una se considera la mejor, la única, y llama descarriados a cuantos no están acogidos a ella. Los frailes son los responsables de esto, y

de ellos no quiero hablar, me son antipáticos.

Así pues a usted le toca elegir. El camino de las Iglesias es fácil de encontrar, sus puertas están abiertas de par en par, y la propaganda no falta. El camino de Castalia, y aún más allá, es difícil. Nadie recibe la invitación de recorrerlo, y aunque también Castalia sea perecedera, comparte esta suerte con todas las obras humanas. Mirar a la cara a esta fugacidad es una prueba de valentía espiritual.

45 (ca. 1951)

Respecto a la «fe» sobre la que me escribe, ignoro que fe es ésta que usted ha profesado y perdido. En cualquier caso, era una fe que no le convenía, tal vez era demasiado dogmática, formulada con excesiva exactitud. El hecho de que ya no la tenga no es ninguna pérdida, es una irrupción en lo individual, lo personal, y si algún día quiere volver a ella, tendrá un rostro muy distinto y le presentará exigencias muy distintas de las de cualquier catecismo.

46 (1953)

Nuestra conducta en la vida no

depende tanto de nuestros pensamientos como de nuestras creencias. Yo no creo en ningún dogmatismo religioso tampoco en un Dios que ha creado a los hombres y les ha capacitado para el progreso de matarse primero a golpes de hacha y después con armas atómicas, y ahora está orgulloso de ellos. Por lo tanto, no creo que esta sangrienta historia universal un «sentido» a nivel de un superior regente divino, que nos prepare con ella algo incomprendible para nosotros, pero divino y sublime. Sin embargo tengo una fe, una sabiduría o intuición convertida en instinto, acerca del sentido de la vida. De la historia

universal no puedo deducir que el hombre sea bueno, noble, pacífico y altruista, pero creo, y además sé con certeza, que entre las posibilidades que tiene a su alcance se encuentra también esta noble y hermosa posibilidad, la tendencia hacia el bien, la paz y la belleza, que puede florecer en circunstancias favorables, y si esta fe tuviera necesidad de una confirmación, la encontraría en la historia universal, junto a los conquistadores, dictadores, guerreros y lanzadores de bombas, en las apariciones de Buda, Sócrates, Jesús, los escritos sagrados de los hindúes, judíos, chinos y todas las

maravillosas obras del espíritu humano en el mundo del arte. Una cabeza de profeta en el pórtico de una catedral, un par de acordes de la música de Monteverdi, Bach, Beethoven, un trozo de lienzo de Guardi o de Renoir, son suficientes para contradecir todo el teatro bélico de la brutal historia universal y presentar otro mundo, espiritual y dichoso. Y por añadidura, las obras artísticas tienen una duración mucho más segura y prolongada que las obras de la violencia, a las que sobreviven durante milenios.

La comprensión verdadera y fructífera entre Éste y Oeste no es sólo una exigencia aún no cumplida de nuestro tiempo en el terreno político y social; también es una exigencia y una cuestión vital en el terreno del espíritu y de la cultura. Hoy día ya no se trata de convertir al cristianismo a los japoneses o al budismo o al taoísmo a los europeos. No debemos ni queremos convertir ni ser convertidos, sino abrirnos y desarrollamos; ya no reconocemos a la sabiduría oriental y occidental como dos fuerzas hostiles, perpetuamente en guerra, sino como polos entre los cuales oscila una vida

fructífera.

48 (1955)

Tampoco siento nunca la necesidad de tener razón; me gusta la diversidad, tanto de opiniones como de formas de fe. Esto me impide ser un cristiano verdadero, pues ni creo que Dios haya tenido un solo Hijo, ni que la fe en El sea el único camino hacia Dios o la bienaventuranza. La piedad me es siempre simpática, mientras que las autoritarias teologías, con su pretensión de ser las únicas válidos, me inspiran antipatía.

El error de nuestras preguntas y lamentaciones estriba probablemente en que nos gustaría recibir, del exterior un regalo que sólo podemos conseguir nosotros mismos, con la entrega propia. Nos empañamos en que la vida ha de tener un sentido, pero lo cierto es que tiene exactamente el sentido que nosotros somos capaces de darle. Como el individuo sólo puede hacerlo de modo imperfecto, en las religiones y filosofías se ha intentado dar una respuesta consoladora.

Estas respuestas son siempre las

mismas: la vida solamente encuentra sentido a través del amor. Es decir: cuanto más amamos y mejor sabemos entregarnos, tanto más sentido tendrá nuestra vida.

50 (1956)

A su pregunta de «si se podría crear una religión universal» tengo que responder que no. Ni siquiera las religiones auténticas, de origen orgánico, pueden salvar a sus fieles de la necesidad y la rudeza, con excepción de un reducido número, de una élite de verdaderos creyentes. Y todavía se

puede esperar menos de la religión sintética y artificial que usted propondría. Ocorre lo mismo que con las lenguas. Una y otra vez concibe un cerebro inteligente la idea de que es sólo la diversidad de lenguas lo que separa a los pueblos, y que si se inventara un lenguaje universal, todos se entenderían entre sí, etcétera, etcétera. Han aparecido ya varias lenguas sintéticas que procuran gran alegría a sus partidarios, pero los pueblos no las utilizan, tienen otras cosas que hacer y no sienten deseos de molestarse en aprender, y además, cada uno de ellos ama demasiado su propia lengua

tradicional para preferir una de origen artificioso. En resumen: querer mejorar a la humanidad resulta siempre inútil. Por este motivo yo siempre he explicado mi credo a individuos aislados, pues el individuo es susceptible de educación y perfeccionamiento, y según mi credo, es y siempre ha sido la pequeña élite de hombres de buena voluntad, sacrificados y valientes la que ha preservado en el mundo el bien y la belleza.

51 (1956)

Usted pertenece a una Iglesia y a un orden establecido, y yo encuentro muy

bien que siga perteneciendo a este orden y se beneficie de sus grandes bendiciones. Pero en tal caso será mejor que no lea usted libros como *Demian*.

La propia vida se encargará de enfrentarle con la problemática de los órdenes incluso mejor organizados; le pondré un ejemplo actual: usted podría ser educado y entrenado como soldado y ser puesto frente a algún enemigo. Entonces tendrá a su lado a sus sacerdotes, su Iglesia y su patria si mata al enemigo de un disparo. Pero al mismo tiempo tendrá contra usted la prohibición divina de matar. Entonces dependerá de su conciencia si debe

obedecer los mandamientos de Dios o los de su Iglesia y su patria. Probablemente concederá usted entonces más autoridad al sacerdote y la patria que a Dios. Pero si no lo hace y empieza a dudar de la autoridad de Iglesia y patria, pertenecerá a la clase de hombres a los cuales *Demian* tiene algo que decir.

52 (1956)

Cuando encuentro en alguna parte una repulsa especialmente fuerte, un odio instintivo o una negativa rotunda a comprender, veo que casi siempre van

dirigidos contra el impacto del espíritu del Asia antigua, al que me refiero en mis relatos. Este temor instintivo ante lo extranjero, lo no europeo de la vida y el pensamiento chino e hindú, equivale, según creo, a la prevención o el odio entre las razas. Es algo corriente, histórica y psicológicamente comprensible, pero también algo retrógrado, estéril, que debe ser vencido. Este espíritu retrógrado no sólo es fomentado por el entusiasmo occidental ante el progreso y la técnica, sino también por la pretensión del cristianismo eclesiástico-dogmático ser la única religión válida.

Acercó de los «Grados» podría decirse: el poema pertenece a *Juego de abalorios*, un libro en el que, entre otras, juegan un papel las religiones y filosofías de India y China. En ellas domina la Idea de la resurrección de todos los seres, pero no en el sentido de un más allá cristiano, con paraíso, purgatorio e infierno. Esta idea me es muy familiar, y también lo es para el autor de dicho poema, Josef Knecht. Por consiguiente, he pensado seriamente en una continuación de la vida o una nueva vida después de la muerte, aunque no

creo en absoluto, de un modo craso y material, en las reencarnaciones. Las religiones y mitologías, al igual que la poesía, son una tentativa de la humanidad para expresar en imágenes aquellas cosas indecibles que usted trata en vano de traducir a lo llanamente racional.

54 (1957)

Sobre Lutero ya hemos discutido en diversas ocasiones. Yo le admiro, le amo incluso como un hombre completo y grandilocuente, y no obstante, considero infortunado su papel en la historia

universal. Si hubiera sido sencillamente un protestante, un rebelde contra los frailes, etc., un individuo violento contra la Iglesia y el Estado, no diría ni una sola palabra contra él. Pero fundó otra Iglesia, en nada mejor que las antiguas, ayudó al Estado y a los príncipes, abandonó a los campesinos, y Alemania le debe el cisma, la Guerra de los Treinta Años, la posterior ortodoxia de su Iglesia y muchas cosas más. Fue una figura brillante, pero infortunada. Perdona, no lo digo con mala intención, y sé que el iniciador de una idea o un movimiento no puede ser hecho responsable de todas las consecuencias;

históricas de su obra. Pero no quiero expresar una verdad objetiva, sino sólo mi reacción enteramente subjetiva ante el fenómeno de Lutero.

55 (1960)

Evito siempre desconcertar en su fe a los fieles de una Iglesia y comunidad religiosa. Está muy bien para la mayoría de hombres pertenecer a una Iglesia y profesar un credo. El que se aparta de ellos se enfrenta a una soledad que muy a menudo le obliga a añorar su antigua condición de miembro de su comunidad. Sólo al final de su camino descubrirá

que ha entrado en el seno de otra comunidad, grande pero invisible, que abarca a todos los pueblos y religiones. Será más pobre en dogmática y nacionalismo, pero tendrá la riqueza de la fraternidad con los espíritus de todas las épocas y todas las naciones y lenguas.

56 (marzo 1960)

En lo que se refiere a Lutero y Roma, opino que ninguno de los dos existirían si no correspondieran a una necesidad. Lo explicare: si Lutero es el guía y más alto representante de

aquellos cristianos para quienes la sed de libertad es algo natural y evidente — o sea de los individualistas, diferenciados del término medio por su espíritu, carácter y conciencia—, queda todavía la gran mayoría de la humanidad, que prefiere obedecer a decidir que tiene carácter débil pero es de buena voluntad y que desconoce en absoluto las luchas intelectuales y de conciencia de los primeros. Las Iglesias como la de Roma son buenas para mantener el orden dentro de esta parte de la humanidad, para evitar que caiga en el vicio o se descarríe, para consolarla en la vida y en la muerte, y

para proporcionarle, además, muchas hermosas fiestas. Han ayudado a millones a soportar la vida y hacerla más bella, y por añadidura, nos han regalado a los demás espléndidos edificios, mosaicos, frescos y esculturas, cosas que los protestantes pueden destruir o atesorar, pero nunca crear.

57 (setiembre 1960)

Existe una mesa, una silla, un pan, un vino, un padre, una madre, pero cada pueblo y cada civilización los llama de un modo distinto. Lo mismo ocurre con

Dios, con la piedad, con la fe. Griegos y persas, hindúes y chinos, cristianos y budistas, todos se refieren a lo mismo y esperan, desean y creen lo mismo, pero no emplean para designarlo el mismo nombre que nosotros. En el pensamiento político de personas progresistas, el nacionalismo es algo que ya pertenece al pasado; en cambio, en las religiones predomina todavía la creencia infantil en la validez única de la propia fe. Hace tiempo que la ciencia ha reconocido la unidad de todas las formas de fe que hay en el mundo; la investigación de las religiones ya no admite ninguna religión como la única verdadera.

No soy católico ni tampoco muy buen cristiano, aunque a pesar de ello soy piadoso. Por lo tanto, para mí no significan nada las estigmatizaciones y si Francisco de Asís fuera conocido sólo por sus estigmatizaciones y no por su maravillosa vida, tampoco él significaría nada para mí.

Pero como usted es un católico ferviente, creo que no debe regatear ningún esfuerzo para aumentar su fe y perseverar en su conducta y en sus ideas. ¡No se desvíe de ellas! Todo aquél que cree en un sentido de la vida y

en el alto destino de los hombres es muy valioso en medio del caos actual, sea cual sea la confesión a que pertenezca y los signos en que crea.

59 (mayo 1961)

El (Guardini) y Reinhold Schneider son ambos buenos católicos en la literatura alemana de nuestro tiempo, ambos sabios, ambos generosos y libres de fanatismo. Y, sin embargo, ambos, o por lo menos Guardini, entienden por «fe» la exacta, única válida y única verdadera dogmática católica, que ya siglos atrás fue rechazada como

inaceptable por todos los herejes y reformadores piadosos, y que desde entonces aún se ha complicado más. Para Guardini, la historia universal es una cuestión terrenal y humana, pero la aparición de Cristo, una cuestión divina. Como si, creyendo en Dios, la historia universal no fuera también una creación o un intento divino, y como si millones de hombres no hubiesen vivido piadosamente y muerto en olor de santidad, exactamente igual que en la fe de Jesús, en la fe inquebrantable de Krishna, Buda o Mahoma. La aceptación de lo que Guardini llama «fe» es imposible sin el sacrificio de la razón.

Para mí, este sacrificio significa renunciar al don máspreciado que nos ha dado Dios. Y sin embargo siento un gran respeto por hombres como Guardini.

60 (diciembre 1961)

MISTERIOS

De vez en cuando el poeta, y seguramente muchos otros hombres, siente la necesidad de olvidar durante un rato las simplificaciones, sistemas, abstracciones y otras mentiras totales o parciales y contemplar el mundo tal como realmente es, es decir, como un sistema de conceptos muy complicado, pero en definitiva descifrable y comprensible, sino como la selva virgen de misterios sobrecogedores, siempre nuevos y totalmente incomprensibles que

en realidad. Por ejemplo, todos los días vemos los llamados acontecimientos mundiales presentados en el periódico, sobre papel, visibles, reducidos a dos dimensiones, desde las tensiones entre Oriente y Occidente hasta la investigación del potencial bélico japonés, desde la curva del índice de armamento hasta la aseveración de un ministro de que precisamente el peligro y la dinámica increíble de más recientes armas de guerra conducirá a deponer dichas armas y transformarlas en rejas de arado, y aunque nosotros sabemos que todo esto no es realidades, sino en parte mentiras y en parte artimañas de

juglar en una lengua surrealista, divertida, inventada e irresponsable, esta imagen mundial repetida cotidianamente, aunque de un día para otro se contradiga de manera tan flagrante, nos produce cada vez un cierto placer o nos comunica una cierta tranquilidad, porque durante unos momentos el mundo parece realmente plano, visible sin misterios, y dispuesto a dar cualquier explicación que interese a los suscriptores. Y el periódico es sólo uno entre mil ejemplos, no ha inventado la falsificación del mundo y la supresión de los misterios ni es su único practicante y beneficiario. No, del

mismo modo que el suscriptor, cuando ha echado una ojeada al periódico, goza de la ilusión de saber qué ha ocurrido en el mundo durante veinticuatro horas, y que en el fondo no ha pasado nada que no hubieran pronosticado en parte los inteligentes redactores en el número del jueves, así también cada uno de nosotros pinta o falsea todos los días y todas las horas la selva virgen de los misterios como un bonito jardín o como un mapa plano y detallado, el moralista con ayuda de sus máximas, el religioso con ayuda de su fe, el ingeniero con ayuda de su calculador, el pintor con ayuda de su paleta y el poeta con ayuda de su

modelos e ideales, y, cada uno de nosotros vive satisfecho y tranquilo en su mundo ilusorio y en su mapa hasta que la rotura de un dique o alguna tremenda revelación provoca la irrupción repentina de la realidad, de lo inaudito, de la belleza o la fealdad sobrecogedoras, y se siente irremediable y mortalmente atrapado. Esta situación, esta revelación o este despertar, esta vida en la realidad desnuda no dura nunca mucho, lleva la muerte consigo; cuando un hombre es atacado por ella y lanzado al temible remolino, dura solamente lo que un hombre puede soportar, y entonces

termina con la muerte o con la desordenada huida hacia lo ilusorio, lo soportable, lo ordenado, lo comprensible. En esta soportable y tibia zona de los conceptos, los sistemas y las alegorías, vivimos nueve décimas partes de nuestra vida. Así vive el hombre insignificante, satisfecho y tranquilo, aunque tal vez haciendo rechinar los dientes, en su casita o en su apartamento, con un techo sobre la cabeza y la tierra bajo sus pies, y más lejos, con un recuerdo del pasado, de su origen, de sus abuelos, que casi todos eran y vivían como él, y a su alrededor, con un orden, un Estado, una ley, un derecho, un

ejército hasta que todo, en un instante, desaparece y se hunde el orden y el derecho en el fracaso y el caos, la tranquilidad y el bienestar en una amenaza de muerte, hasta que todo este mundo ilusorio, tan seguro, respetable y digno de confianza, desaparece entre llamas y cascotes y no queda nada que lo inaudito, la realidad. Lo inaudito e incomprensible, lo terrible y, en su realidad, tan convincente, podemos llamarlo Dios, pero el nombre no nos facilita insuma comprensión, explicación ni serenidad. El conocimiento de la realidad, que siempre es sólo momentáneo, puede

obtenerse mediante la lluvia de bombas de una guerra, mediante aquellas mismas armas que, según las palabras de muchos ministros, nos obligarán algún día a fabricar con ellas rejas de arado; para el individuo es suficiente a veces una enfermedad, una desgracia ocurrida a su alrededor, y a veces también una momentánea desaparición de su estado de ánimo, el despertar de una pesadilla, una noche de insomnio, para enfrentarte a lo ineludible y obligarle durante un rato a poner en duda todo el orden, todo el bienestar, toda la seguridad toda la fe, toda la sabiduría.

Ya basta, todo el mundo lo sabe,

cada uno de nosotros conoce lo ocurrido aunque la experiencia le haya rozado sólo una vez o pocas veces, y crea que ha pasado y que ha conseguido olvidarla. Pero la experiencia volverá y aunque la consciencia la cubra, la filosofía o la fe la desmienta y el cerebro la deseche, se ocultará en la sangren en el hígado, en el dedo gordo del pie, y un día, inevitablemente, reaparecerá con la misma fuerza y claridad. Por otra parte, yo no querría filosofar más sobre lo real, sobre la selva virgen de los misterios, sobre lo numinoso y otros nombres de la experiencia; esto compete a otra clase

de hombres, pues incluso esto ha logrado el inteligente y nunca bien admirado espíritu humano: hacer de lo Incomprensible, único, demoníaco, insoportable, una filosofía con sistemas, profesores y autores. No soy competente en este terreno, y jamás he sentido deseos de leer a los especialistas en los enigmas de la vida. Querría solamente, porque así lo exige mi época y me siento obligado a ello, señalar desde la vulgaridad de mi profesión sin tendencia ni orden, algo de las relaciones del autor con las mentiras de la vida, y también algo de los relámpagos del misterio que atraviesan las paredes de estas mentiras.

Añadiré que el autor, como tal, no está más cerca del misterio del mundo que cualquier otro hombre; como ellos, no puede vivir ni trabajar sin tierra bajo sus pies y un techo sobre su cabeza, y sin rodear su lecho con un espesa red de sistemas, convenciones, abstracciones, simplificaciones y trivialidades. También él, igual que el periódico, hace de la oscuridad del mundo un orden y un mapa, prefiere vivir en una superficie que en una multidimensión, prefiere oír que explosiones de bombas, y se dirige a sus lectores con sus escritos animado por la mimada ilusión de que exista una norma, una lengua, un sistema que le

permitan comunicar sus pensamientos y experiencias de manera que el lector pueda compartirlos y aceptarlos. En general, hace lo mismo que todos, ejerce su profesión del mejor modo posible, y procura no pensar en la profundidad de la tierra bajo sus pies y hasta qué punto sus lectores comprenden, sienten y comparten sus pensamientos y experiencias, y hasta qué punto su credo, su concepto del mundo, su moral, su mentalidad se parecen a los de sus lectores.

Recientemente me escribió un joven, calificándome de «viejo y sabio».

«Tengo confianza en usted —dice su carta— porque sé que es viejo y sabio». Yo tenía un momento algo más inspirado que de costumbre y no tomé la carta, que por otra parte era muy parecida a cientos de otras cartas, de manera global, sino que pesqué una frase aquí y allá, un par de palabras, la estudié con mucha atención y le pregunté su identidad. «Viejo y sabio», leí, y esto podía mover a risa a un hombre viejo, fatigado y últimamente gruñón, que en su rica y larga vida ha creído muchas veces estar infinitamente más cerca de la sabiduría que ahora, en su estado reducido y poco satisfactorio. Viejo, sí,

es cierto, soy viejo y estoy agotado y desengañado. ¡Y sin embargo, la palabra «viejo» podía expresar algo muy diferente! Cuando se habla de viejas sagas, viejas ciudades y casas, viejos árboles, viejas comunidades y culturas, la palabra «viejo» no tiene nada de despectivo o burlón. Así pues, yo no podía atribuirme más que muy parcialmente las cualidades de la edad; de los muchos significados de la palabra, sólo su mitad negativa era aplicable a mí. No obstante, para mi joven correspondiente, la palabra «viejo» dirigida a mí podía tener también un valor y un sentido pictórico, evocar la

imagen de un hombre de barba canosa y sonrisa serena, mitad conmovedor, mitad venerable; por lo menos, éste era el sentido que tenía para mí en los tiempos en que yo aún no era viejo. Muy bien, podía interpretar la palabra como un saludo respetuoso.

Pero ¡la palabra «sabio»! ¿Cuál sería su significado real? Si lo que quería significar no era nada, algo general, confuso, vago, un epíteto o una frase usual, entonces podía olvidarme de ella. ¿Y si no era así, si realmente significaba algo, cómo podría desentrañar lo que ocultaba? Recordé un viejo método, que empleaba con

frecuencia; el de la libre asociación. Descansé un poco, paseé un rato por la habitación, me repetí una vez más la palabra «sabio», y esperé lo primero que pudiera ocurrírseme. Y he aquí que de pronto surgió otra palabra, la palabra Sócrates. Esto ya era algo: no sólo una palabra, sino un nombre, y detrás del nombre no había una abstracción sino una figura, un hombre. ¿Qué tenía que ver el sutil concepto de la sabiduría con el muy real nombre de Sócrates? Esto era fácil de determinar. Sabiduría era precisamente la cualidad que pronunciaban primero cuando hablaban de Sócrates los maestros de escuela y

los profesores de universidad, los conferenciantes distinguidos ante un sala llena de oyentes y los autores de editoriales y folletines. El sabio Sócrates. La sabiduría de Sócrates o, como diría el distinguido conferenciante: la sabiduría de un Sócrates. Nada más podía decirse sobre esta sabiduría. Pero apenas escuchada la frase, se anunció una realidad, una verdad, es decir, el verdadero Sócrates, una figura fuerte y convincente pese a todo el cúmulo de leyendas. Y esta figura, este anciano ateniense de rostro feo y bondadoso me había informado de manera totalmente inequívoca acerca de

su propia sabiduría; había reconocido enfáticamente que no sabía nada, nada en absoluto, y que no tenía ningún derecho al predicado de la sabiduría.

Así pues, yo había vuelto a apartarme del camino recto y caído en las redes de las realidades y los misterios. La cuestión era ésta: cuando caía en la tentación de tomar en serio los pensamientos y las palabras, me encontraba indefectiblemente en el vacío, en la incertidumbre, en la oscuridad. Si el mundo de los científicos, frasistas y conferenciantes sobre arte tuviera razón, y la cátedra y los ensayos estuvieran en lo cierto,

entonces Sócrates era un hombre completamente ignorante, un hombre que no sabía nada ni creía en ninguna sabiduría, y que derivaba de esta ignorancia y de esta falta de fe en la sabiduría su fuerza y su instrumento de emancipación de la realidad.

Así pues, yo, el hombre viejo y sabio, me enfrentaba al viejo e ignorante Sócrates, y tenía que ponerme a la defensiva o avergonzarme. No me faltaban motivos para avergonzarme, pues pese a todas las tretas y sutilezas, yo sabía muy bien que el joven que me otorgaba el título de sabio no lo hacían en modo alguno impulsado por la

inconsciencia o ignorancia juvenil, sino provocado por mí, por muchas de mis palabras poéticas, en las que insinuaba algo de experiencia, de enseñanza y de la sabiduría propia de la vejez, y aunque creo que pues he contradicho o puesto en duda la mayo de mis poéticas «sabidurías», es irrefutable que en conjunto, durante toda mi vida he afirmado más que negado, aprobado más que desmentido las tradiciones del espíritu, de la fe, de la lengua, de la moral. Era innegable que en mis escritos surgía aquí y allá un relámpago, un claro entre las nubes y los velos de los retablos tradicionales, trasluciendo de

modo apocalíptico que el bien más seguro del hombre era su pobreza, que el pan más auténtico del hombre era su hambre; pero en general, como hacen todos los demás hombres, me he inclinado más hacia el mundo de las formas bellas y las tradiciones, he preferido a todas las otras experiencias los jardines de las sonatas, fugas, sinfonías de todos los empirismos apocalípticos y juegos y consuelos del idioma, en los cuales el idioma se desvanece y se funde en la nada, y durante un momento de belleza inenarrable, tal vez sagrado, tal vez mortal, lo indecible, lo inimaginable de

los misterios más íntimos nos está mirando a la cara. Si mi joven corresponsal no veía en mí al ignorante Sócrates, sino a un sabio en el sentido de los profesores y folletinistas, yo era el primer responsable.

Sin embargo, continuaba siendo un enigma el concepto que tenía de la sabiduría el joven en cuestión. Acaso su viejo sabio fuera sólo una figura teatral, acaso una ilusión, acaso la serie de asociaciones que ya he reseñado. Quizá la palabra «sabio» le hacía pensar involuntariamente en Sócrates, para llegar poco después a la conclusión de

que era precisamente Sócrates quien no pretendía poseer ni quería saber nada de la sabiduría.

Por tanto, la investigación de las palabras «viejo y sabio» no me había dado ningún resultado. Me dediqué ahora, para olvidarme de una vez de la carta, a recorrer el camino inverso, y en lugar de buscar una aclaración en las palabras sueltas, empecé a buscarla en el contenido global de la carta. Lo esencial en ella era una pregunta en apariencia muy sencilla, que parecía requerir una respuesta de equivalente sencillez. Decía así: «¿Tiene la vida un sentido, y no sería mejor dispararse un

tiro en la cabeza?». A primera vista, esta pregunta no parece insinuar muchas respuestas. Yo podía contestar. «No, querido amigo, la vida no tiene ningún sentido y dé hecho sería mejor...». O bien, podía decir: «La vida, querido amigo, tiene un sentido, y acabarla con una bala es una insensatez». O bien: «Es cierto que la vida carece de sentido, pero no por ello hay que dispararse un tiro en la cabeza». O bien: «La vida tiene ciertamente un sentido, pero es tan difícil comprenderlo, que lo mejor es acabar con una bala en la cabeza», etc.

Esto es lo que a primera vista podría contestarse a la pregunta del muchacho.

Pero en cuanto empiezo a investigar las posibilidades, veo que no hay cuatro u ocho, sino cien y mil contestaciones. Y sin embargo podría jurar que en el fondo, para esta carta y para quien la escribe, hay una respuesta única, una puerta única hacia la libertad, una única salida del infierno de su tribulación.

Para encontrar esta respuesta única no me ayuda ni la sabiduría ni la edad. La pregunta de esta carta me sume en las tinieblas, pues las cosas que yo sé, las cosas que saben padres espirituales aún más viejos y más experimentados que yo, sólo se hallan en libros y sermones, en conferencias y artículos, pero no se

refieren a este caso único y real, a este paciente determinado, que estima en exceso el valor de la edad y la sabiduría, y que en su necesidad extrema esgrime un arma peor que todas las demás: «Tengo confianza en usted».

¿Quién puede encontrar una respuesta a la pregunta tan infantil como sería formulada en esta carta?

La carta me ha inspirado algo que siento más con los nervios que con la razón, más con el estómago o el simpático que con la experiencia y la sabiduría: un aliento de realidad, un repentino claro entre las nubes, una llamada lejana, desde más allá de las

convenciones, y ante la cual sólo es posible el retraimiento y el silencio, o la aceptación y la obediencia. Tal vez aún me queda una elección, tal vez aún puedo decirme a mí mismo: no puedo ayudar al pobre muchacho, sé tan poco como él, quizá consiga olvidar sus problemas si oculto su carta bajo un montón de otras similares. Pero incluso mientras lo pienso, sé que no podré olvidarlos hasta que le dé una respuesta satisfactoria. Que yo sepa esto, que esté convencido de ello, no procede de la experiencia y la sabiduría, procede de la fuerza de la llamada, del encuentro con la realidad. Así pues, la fuerza con la

que daré forma a mi respuesta no procederá de mí, de la experiencia, de la inteligencia, de la práctica, de la humanidad, sino de la realidad misma, de la diminuta porción de realidad que esta carta ha traído consigo. La fuerza, que contestará a esta carta está en la propia carta que se contestará a sí misma; el joven se dará a sí mismo la respuesta. Aunque sea en mí, la piedra, el viejo y el sabio, donde provoca una chispa, es únicamente un martillo, su golpe, su necesidad, su fuerza lo que ha hecho surgir esa chispa.

No puedo callar el hecho de que he recibido muchas veces cartas en que se

me hacía esta misma pregunta, y que las he leído y contestado, o dejado sin contestación. Lo único que cambia es la fuerza de la necesidad; no son sólo las almas fuertes y puras las que en un momento determinado formulan preguntas semejantes, sino también los jóvenes de familia acomodada con sus pequeños sufrimientos y su pequeña entrega. Muchos de ellos me han escrito para decirme que la decisión está en mis manos: un sí mío y sanará, un no, y morirá; y por muy gravemente que suene la frase, yo percibía la llamada a mi vanidad, a mi propia debilidad, y llegaba a esta conclusión: quien ha

escrito esta carta no sanará con un sí mío ni morirá con un no, sino que seguirá cultivando su problemática y tal vez dirigirá su pregunta a otros muchos viejos y sabios, encontrará en las respuestas un poco de consuelo y un poco de diversión, y las recopilará en un álbum.

Si no creo tal cosa de este corresponsal de hoy, si le tomo en serio, si correspondo a su confianza y siento deseos de ayudarle, esto no ocurre a través de mí, sino a través de él; es su fuerza la que guía mi mano, su realidad la que penetra en mi convencional sabiduría de viejo, su pureza la que me

obliga a ser sincero, y no lo hago movido por alguna virtud, por el amor al prójimo, por humanidad, sino por la realidad y por la vida, del mismo modo que cuando respiramos, pese a todos los propósitos o ideologías necesitamos volver a respirar. No lo hacemos, ocurre simplemente en nosotros.

Y si ahora yo, conmovido por su necesidad, iluminado por el relámpago de la verdadera vida, me siento obligado a una rápida acción para aliviar el aire enrarecido que respira, no opondré a esta carta más pensamientos y dudas, no la someteré a más exámenes y diagnosis, sino que seguiré su llamada, y

en vez de ofrecerle mis consejos y mi sabiduría, le ofreceré lo único que puede ayudarlo, es decir, la respuesta que quiere recibir el joven, y que sólo necesita oír de otros labios para saber que la ha conjurado su propia respuesta y su propia necesidad.

Es difícil que una carta, la pregunta de un desconocido, alcance realmente al destinatario, porque quien la escribe puede expresarse, pese a su auténtica y acuciante necesidad, por medio de signos convencionales. Pregunta: «¿Tiene un sentido la vida?», y la frase suena vaga y confusa como una melancolía de adolescente. Pero él no se

refiere a «la» vida, no le interesan las filosofías, dogmáticas o los derechos humanos, se refiere únicamente a su vida, y de mi supuesta sabiduría no quiere oír una sentencia o una indicación sobre el arte de dar sentido a su vida; no, lo que quiere es que su verdadera necesidad sea vista por un hombre real, compartida durante un momento por él, y así, vencerla por esta vez. Y si yo le proporciono esta ayuda, no seré yo quien le ha ayudado, sino su propia necesidad, que por un momento me ha despojado, a mí, el viejo y el sabio, de mi vejez y mi sabiduría, inundándome con una fría y deslumbrante oleada de

realidad.

Basta sobre esta carta. Lo que ocupa a menudo al autor después de leer las cartas de sus lectores son preguntas como ésta: Al escribir mis libros, aparte del simple placer de la escritura, ¿qué he pensado, querido, intentado, pretendido realmente? Y también preguntas como éstas: ¿Qué parte de lo que has intentado y pretendido con tu trabajo es aprobada o rechazada por tus lectores? ¿Hasta qué punto los lectores la captan y asimilan? Y la preguntar ¿Tiene lo que el autor quiere significar con su trabajo, tienen su intención, su ética, su autocrítica, su moral algo que

ver con las causas que originan sus libros? Según mi experiencia, tiene muy poco que ver. Ni siquiera juega en realidad un gran papel aquella cuestión que suele ser la más importante para el autor, la cuestión del valor estético de su trabajo, de su contenido en belleza objetiva. Un libro puede carecer de valor estético y literario y pese a ello, ejercer una influencia poderosa. Aparentemente, gran parte de esta influencia es razonable y previsible, ha sido prevista y es muy probable. Pero, en la realidad, los sucesos del mundo son incluso aquí totalmente irracionales y rebeldes a todas las leyes.

Volviendo una vez más al tema del suicidio, tan atractivo para la juventud, en repetidas ocasiones he recibido cartas de lectores en las que me comunicaban estar a punto de quitarse la vida cuando ha caído en sus manos este libro, que les ha liberado y aclarado sus dudas e impulsado a seguir adelante. Sin embargo, sobre este mismo libro, que podía producir efectos tan bienhechores, el padre de un suicida me escribió en términos acusadores: mi maldito libro se encontraba en los últimos tiempos entre los que su pobre hijo tenía sobre la mesilla de noche, y sólo a él podía imputársele lo ocurrido. Yo podía

ciertamente contestar a este padre indignado que era muy pobre la responsabilidad atribuible a un solo libro, pero tardé mucho tiempo en «olvidar» la carta de aquel padre, y ahora queda patente que no fue tal olvido.

Cuando Alemania había casi alcanzado el cenit de su fiebre nacional, una mujer de Berlín me escribió sobre otro de mis libros: un libro infame como el mío debía ser quemado, y ella se encargaría de que así se hiciera, y de que todas las madres alemanas pusieran este libro fuera del alcance de sus hijos. Esta mujer, si realmente tiene hijos, se

habrá asegurado, sin duda, de que no conozcan este libro vergonzoso, pero no los ha protegido de la destrucción de medio mundo, del asesinato en masa de víctimas indefensas y de todo lo demás. Lo notable fue que casi al mismo tiempo me escribió sobre el mismo libro otra mujer alemana: si tuviera hijos, les daría a leer este libro para que aprendiesen a ver la vida y el amor con los ojos de esta obra mía. Sin embargo, mi intención al escribirla no fue ni pervertir a los jóvenes ni darles lecciones sobre la vida; no pensé ni por un momento en ninguna de las dos cosas.

Algo muy distinto, en lo cual es

probable que no piense nunca ningún lector, puede ser para el autor motivo de inquietud y preocupación: ¿por qué tengo que exponer ante ojos extraños todos mis sentimientos más íntimos, mis creaciones, los hijos más queridos de mi imaginación, las fibras hechas con la mejor sustancia de mi vida, y contemplar cómo salen al mercado y su valor es exagerado o menospreciado, encomiado o escarnecido, respetado o burlado? ¿Por qué no puedo guardarlos, enseñarlos a lo sumo a algún amigo, y no publicarlos, o hacerlo solamente después de mi muerte? ¿Es ambición, vanidad, agresividad o un deseo

inconsciente de ser atacado lo que siempre me ha impulsado a presentar una y otra vez ante el mundo a mis hijos más queridos y entregarlos a la incomprensión, al azar, a la rudeza?

Ésta es una pregunta para la cual ningún artista encuentra jamás la respuesta. Porque el mundo nos paga ciertamente nuestras creaciones, muchas veces incluso con creces, pero no nos paga con vida, con alma, con felicidad, con sustancia, sino con aquello que tiene para dar, con dinero, con honores, con inclusión en la lista de personas prominentes. Sí, el mundo da las respuestas más inverosímiles al trabajo

del artista. Por ejemplo, ésta: un artista trabaja para un pueblo que es su natural mercado y campo de acción, pero el pueblo desprecia el trabajo que le ha encargado y se niega a reconocer al artista y, por lo tanto, le suprime el pan. De improviso, sin embargo, un pueblo extranjero se acuerda de él y da al incomprendido lo que más o menos se ha ganado: reconocimiento y pan. Instantáneamente, aquel pueblo para el cual iba dedicado su trabajo recibe con gran júbilo al artista, satisfecho de que un miembro suyo haya merecido tal distinción. Y esto no es ni con mucho lo más extraño que puede ocurrir entre el

artista y el pueblo.

No sirve de mucho lamentarse de lo inevitable y deplorar la pérdida de la inocencia, pero se hace, y al menos el autor lo hace de vez en cuando. Por esta razón me atrae enormemente la idea de que fuera posible, por arte de encantamiento, recuperar todos mis escritos para mi exclusiva propiedad y disfrutar de ellos como un desconocido caballero llamado Rumpelstiltskin. Hay algo que no funciona bien en las relaciones entre el artista y el mundo, y aún cuando el mundo lo advierta en ocasiones, ¿cómo no el artista, con más intensidad? Algo del desengaño sentido

por el artista, aunque obtenga muchos éxitos, por haber entregado su obra al mundo, algo de su dolor por haber vendido y abandonado un tesoro secreto, amado e inocente, me llegó, y me impresionó durante mi juventud en muchas de mis obras preferidas, particularmente en un pequeño cuento de Grimm, uno de sus cuentos de sapos. Nunca he sido capaz de releerlo sin un estremecimiento y una vaga nostalgia. Como tal mágica narración no puede ser referida, copio textualmente el cuento como punto final de mis apuntes.

Una huerfanita hilaba, sentada sobre

el muro de la ciudad, cuando vio salir un sapo de una hendidura. Rápidamente extendió junto a ella su pañuelo de seda azul, que los sapos aman con pasión y sólo a ellos se dirigen. En cuanto el sapo lo vio, dio media vuelta, volvió con una pequeña corona de oro, la colocó sobre el pañuelo y se fue de nuevo. La niña tomó la corona; centelleaba, y la formaban los más delicados hilos de oro. Al poco rato, el sapo volvió y, al no ver la corona, se deslizó por el muro y golpeó contra él su cabecita, lleno de dolor, hasta que sus fuerzas se agotaron y cayó muerto. Si la niña no hubiese tocado la corona, el

sapo habría sacado más tesoros de la hendidura.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

OC = Obras completas en siete tomos, 1957, Suhrkamp Verlag.

OCS = Obras completas en ediciones sueltas (en tela azul), Suhrkamp Verlag.

OE = Obras completas en doce tomos. Edición de lujo 1970, Suhrkamp Verlag.

Del alma: escrito en 1917; publicado por primera vez en *Wieland* 3, 1917/18, cuaderno 7, pág. 8, OE 10, 33 ss.

Sobre la unidad: Cuatro pasajes, los tres primeros proceden de *Kurgast* (El bañista); *Kurgast* fue escrito en 1923; publicado por primera vez en edición privada bajo el título de *Psychologia Balnearia oder Glossen eines Badener Kurgasts* (Psicología balnearia o glosas de un bañista de Baden). OE 7, 61 s., 108 y 112 s. El cuarto texto procede del prólogo de una colección *Dergeist der Romantik* (El espíritu del

romanticismo), planeada en 1926 y que no fue llevada a cabo. Es un manuscrito de las obras póstumas y publicado aquí por primera vez.

Die Sehnsucht unserer Zeit nach liner Weltanschauung (La nostalgia de nuestro tiempo por una ideología), escrito en 1926, publicado por primera vez en *UHU* 3, 1926. Aquí en forma de libro por vez primera.

Blick nach dem fernen Osten (Una mirada al Lejano Oriente)

Die Reden Buddhas (Los coloquios de Buda)

Hinduismus (El hinduismo)

Chinesisches (El espíritu chino)

Konfuzius (Confucio)

Laotse (Lao-Tsé)

I Ging (I Ching)

Estos textos proceden de reseñas. *La fecha de su creación figura en el texto. Contenidos en OE 12, 16.*

El Zen chino.

1. Reseña del libro BI-YÄN-LU: *Composición del maestro Yüan-Wu sobre la roca de esmeralda.* De *Universitas* 16, 1961; OE 12, 35.
2. Texto de una carta ficticia *Josef Knecht a Carlo Ferromonte,*

escrito en 1960. Publicado por vez primera en *Neue Zürcher Zeitung* del 10-2-1961, contenido en la edición privada de *ZEN*, 1961. Aquí en forma de libro por primera vez.

3. Dos poemas:

El dedo levantado: contenido en la edición privada de *ZEN*, 1961, OE 1, 147.

Joven novicio en el monasterio Zen: contenido en la edición privada de *ZEN*, 1961, OE I, 149

Una mirada al Lejano Oriente: publicado por primera vez en

Universitas 15, 1960. Aquí en versión completa. Por primera vez en forma de libro.

II

Mi credo: escrito en 1931. Publicado en su primera edición en *La fe de un autor. Voces de una experiencia religiosa*. Harald Braun, 1931, Eckart-Verlag. Incluido en 1957 en OC 7, OE 10, 70.

Un poco de teología: Publicado por primera vez en *Neuen Rundschau* 43, 1932, I, pág. 736. En 1947, como

edición privada con el título *Grados de evolución del hombre*. Incluido en 1957 en OC 7 y OE 10, 74.

Reflexión: El poema fue escrito probablemente en noviembre de 1933. Existen tres versiones. La primera fue publicada por vez primera en el *Nationalzeitung* de Basilea, el 26-11-1933. Se publicó en segunda edición en el *Neuen Rundschau* 45, 1934, I, pág. 131. La segunda versión fue publicada en *Insel Bücherei* número 454, *Del árbol de la vida; poemas elegidos*, pág. 76. La tercera y última versión en *Los poemas de Hermann*

Hesse, Zürich, 1942. OE 1, 104.

La presente edición, teniendo en cuenta las reacciones de los lectores, reproduce el poema en la versión del *Neuen Rundschau* de 1934.

Cartas sobre el poema: Las cartas de diciembre de 1933 y de alrededor de 1935 se publican aquí por primera vez.

Las cartas de agosto de 1934, febrero de 1935, marzo de 1935 están contenidas en *Cartas. Edición ampliada*, edición especial, Suhrkamp Verlag, Frankfurt 1964.

El credo el que me refiero: extractos de cartas (1), reseñas, folletines, impresiones privadas (2), *El bañista* (3) y *Biografía breve* (4).

Cartas.

1. *Cartas, edición ampliada* 1964: 14, 16, 17, 18, 19, 23, 27, 29, 30, 32, 33, 34, 35, 37, 39, 40, 41, 42, 46, 47, 50, 51, 52, 54, 55, 56, 57, 58.

b) Cartas inéditas: 1, 4, 5, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 14, 15, 20, 24, 25, 26, 28, 31, 36, 38, 43, 44, 45, 48, 49, 59, 60.

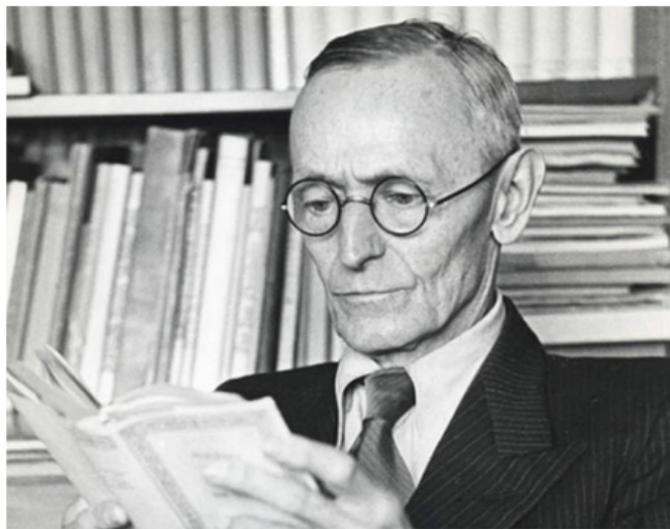
2. Reseñas, folletines, impresiones

privadas (inéditos): 2, 3, 6, 13, 21, 22, 53.

3. *El bañista*, OE 7, 105, 90: II.

4. *Biografía breve*, OE 6, 404: 12.

Misterios: Publicado por vez primera en *Neue Schweizer Rundschau*, Serie nueva 14, 1946/47, pág. 643. OE 10, 265.



HERMANN HESSE. Nació el 2 de julio de 1877 en Calw, Alemania y murió en Montagnola, Cantón del Tesino, Suiza, el 9 de agosto de 1962. Novelista y poeta alemán, nacionalizado suizo. A su muerte, se convirtió en una figura de culto en el mundo occidental, en general, por su celebración del misticismo

oriental y la búsqueda del propio yo.

Hijo de un antiguo misionero, ingresó en un seminario, pero pronto abandonó la escuela; su rebeldía contra la educación formal la expresó en la novela *Bajo las ruedas* (1906). En consecuencia, se educó él mismo a base de lecturas. De joven trabajó en una librería y se dedicó al periodismo por libre, lo que le inspiró su primera novela, *Peter Camenzind* (1904), la historia de un escritor bohemio que rechaza a la sociedad para acabar llevando una existencia de vagabundo.

Durante la I Guerra Mundial, Hesse, que

era pacifista, se trasladó a Montagnola, Suiza; se hizo ciudadano suizo en 1923. La desesperanza y la desilusión que le produjeron la guerra y una serie de tragedias domésticas, y sus intentos por encontrar soluciones, se convirtieron en el asunto de su posterior obra novelística. Sus escritos se fueron enfocando hacia la búsqueda espiritual de nuevos objetivos y valores que sustituyeran a los tradicionales, que ya no eran válidos. *Demian* (1919), por ejemplo, estaba fuertemente influenciada por la obra del psiquiatra suizo Carl Jung, al que Hesse descubrió en el curso de su propio (breve) psicoanálisis. El

tratamiento que el libro da a la dualidad simbólica entre Demian, el personaje de sueño, y su homólogo en la vida real, Sinclair, despertó un enorme interés entre los intelectuales europeos coetáneos (fue el primer libro de Hesse traducido al español, y lo hizo Luis López Ballesteros en 1930). Las novelas de Hesse desde entonces se fueron haciendo cada vez más simbólicas y acercándose más al psicoanálisis. Por ejemplo, *Viaje al Este* (1932) examina en términos junguianos las cualidades míticas de la experiencia humana. *Siddharta* (1922), por otra parte, refleja el interés de Hesse por el misticismo

oriental —el resultado de un viaje a la India—; es una lírica novela corta de la relación entre un padre y un hijo, basada en la vida del joven Buda. *El lobo estepario* (1927) es quizás la novela más innovadora de Hesse. La doble naturaleza del artista-héroe —humana y licantrópica— le lleva a un laberinto de experiencias llenas de pesadillas; así, la obra simboliza la escisión entre la individualidad rebelde y las convenciones burguesas, al igual que su obra posterior *Narciso y Goldmundo* (1930). La última novela de Hesse, *El juego de abalorios* (1943), situada en un futuro utópico, es de hecho una

resolución de las inquietudes del autor. También en 1952 se han publicado varios volúmenes de su poesía nostálgica y lúgubre. Hesse, que ganó el Premio Nobel de Literatura en 1946, murió el 9 de agosto de 1962 en Suiza.

Notas

[1] Hermann Hesse. *Politische Betrachtungen*. Seleccionadas por Siegfried Unseld. Biblioteca Suhrkamp, tomo 244. Suhrkamp Verlag. Frankfurt, 1970. <<

[2] Karl Eugen Neumann, *Die Reden Gotamo, Buddhos (Pláticas de Gautama Buda)*, Piper Verlag, München, 1921. <<

[3] Helmuth v. Glasenapp, *Der Hinduismus* (el hinduismo). Kurt Wolff Verlag, München, 1923. <<

[4] Kungfu-Tsé. *Gespräche*
(*Conversaciones*). Diedrichs Verlag,
Jena, 1909. <<

[5] De 1906 a 1912, Hesse fue editor, junto con Albert Langen y Ludwig Thoma, de la revista cultural *März*, «cuya parte política culminó en la lucha contra el regimiento personal de Guillermo II». (H. H.). <<

[6] Las fuentes de la cita figuran en la parte III de las notas bibliográficas. <<

[7] Durante la Primera Guerra Mundial, Hesse trabajaba en la «Asistencia Alemana a prisioneros de guerra en Berna». <<

[8] *Klein y Wagner, El regreso de Zarathustra, Alma infantil, El último verano de Klingsor.* <<

[9] Sundar Singh: evangelista hindú (1889), desaparecido desde 1929. <<

[10] Justinus Kerner, *Die Seherin von Prevorst*, 1829. <<

[11] (Gandhi). <<

[12] Esta palabra, «fraile» (*pfaffe*), es una consigna de guerra, una denominación de aquellos sacerdotes (y también seculares) que anteponen la parte dogmática de su fe al contenido esencial. Cuando he usado esta palabra (que ha sido con muy poca frecuencia), no he pensado nunca en los numerosos sacerdotes buenos, fieles y humanos que existen y de los cuales conozco a muchos, sino en los que quemaban a los herejes, y desde luego, de todas las confesiones; los «frailes» protestantes me son aún menos simpáticos que los

romanos. Pero en todo caso, jamás he pensado ni por un momento en la totalidad de los sacerdotes cuando he usado esa palabra. Siempre, pese a no pertenecer a ninguna iglesia, he tenido amigos entre los sacerdotes y personas piadosas.

Creo que ningún sacerdote verdadero puede darse por aludido cuando oye semejante apodo. También a los poetas se nos dan todos los días nombres desdeñosos como «escritorzuelo» o «erudito a la violeta», sin que a un lector sensato se le ocurra que dichos nombres se refieren a Tolstoi, Goethe o cualquier otro autentico poeta. (De una

carta inédita, 1951). <<